

# Momentos bala de cañón

Testimonios de conversión



*Ver nuevas todas las cosas en Cristo*

Editor:  
Xavier Jeyaraj, SJ



Secretariado para la Justicia Social y la Ecología

# Momentos bala de cañón

Testimonios de conversión

Editor:  
**Xavier Jeyaraj, SJ**



**Secretariado para la Justicia Social y la Ecología**

Curia General de la Compañía de Jesús

Borgo Santo Spirito 4

00193 Rome

Phone: +39-06698681

[www.sjesjesuits.global](http://www.sjesjesuits.global)

Primera edición: julio 2023

Publicado por

**Secretariado para la Justicia Social y la Ecología (SJES)**

Curia General de la Compañía de Jesús

Borgo Santo Spirito 4

00193 Roma

Tel: +39-06698681

[www.sjesjesuits.global/es/](http://www.sjesjesuits.global/es/)

Libro diseñado por:

*Rakesh Mondol, SJ y*

*Foka Wadem Boris, SJ*

Imagen de portada:

Jesuit Media

Nº de páginas : vi, 126

(Para circulación privada)

# ÍNDICE

<b>Editorial.....</b>	<b>iii</b>
<b>Prólogo.....</b>	<b>v</b>
<b>CONFERENCIA DE AMÉRICA LATINA (CPAL) .....</b>	<b>1</b>
<b>Un migrante acompañando migrantes.....</b>	<b>3</b>
<i>Arturo Estrada Acosta, SJ</i>	
<b>Algo nuevo está naciendo.....</b>	<b>6</b>
<i>Carmen Rosa de los Ríos Baertl</i>	
<b>Cómo alimentar de esperanzas nuestro apostolado social.....</b>	<b>10</b>
<i>Ismael Moreno, SJ</i>	
<b>Exportación no tradicional.....</b>	<b>15</b>
<i>José Fco. Yuraszeck Krebs, SJ</i>	
<b>CONFERENCIA DE ÁFRICA Y MADAGASCAR (JCAM) .....</b>	<b>19</b>
<b>Transformación a través de los Jóvenes.....</b>	<b>21</b>
<i>Alain Nzadi, SJ</i>	
<b>Feliz de formar parte del esfuerzo colectivo.....</b>	<b>24</b>
<i>Charles B. Chilufya, SJ</i>	
<b>Devolver el pulso, la alegría y el gusto por la vida a los niños.....</b>	<b>29</b>
<i>Stanislas Kimpeye Mundibi, SJ</i>	
<b>CONFERENCIA DE ASIA Y EL PACÍFICO (JCAP) .....</b>	<b>33</b>
<b>Seguir adelante con los exiliados.....</b>	<b>35</b>
<i>Andrew Hamilton, SJ</i>	
<b>La alegría del servicio.....</b>	<b>40</b>
<i>Erik John J. Gerilla, SJ</i>	
<b>El poder de hacer buenas elecciones.....</b>	<b>45</b>
<i>Gabriel Lamug-Nañawa, SJ</i>	
<b>Ser “universal”, ser un rostro compasivo de Dios para todos los suyos.....</b>	<b>50</b>
<i>Girish Santiago, SJ</i>	

---

<b>Una noche de confluencia llena de gracia</b> .....	54
<i>Jojo M. Fung, SJ</i>	
<b>Ver nuevas todas las cosas en Cristo</b> .....	59
<i>Ms. Vilaiwan Phokthavi</i>	
<b>CONFERENCIA DE CANADÁ Y ESTADOS UNIDOS (JCCU) ....</b>	63
<b>Caminar con el Crucificado</b> .....	65
<i>Brian Christopher, SJ</i>	
<b>Un ministerio que transforma la vida</b> .....	69
<i>John Baumann, SJ</i>	
<b>“El don de escuchar a los pobres y excluidos”</b> .....	74
<i>Mary Baudouin</i>	
<b>“La invitación a permanecer con: humanizando relaciones en la misión de Dios”</b> .....	79
<i>Matthew Ippel, SJ</i>	
<b>Creciendo en la fe, llamados a la escucha y la humildad</b> .....	85
<i>Ted Penton, SJ</i>	
<b>CONFERENCIA DE EUROPA (JCEP) .....</b>	91
<b>La espiritualidad como palanca para afrontar los desafíos de hoy</b> ...93	
<i>Claire Brandeleer</i>	
<b>Sector social: descubrimiento y conversión permanente</b> .....	96
<i>Filipe Martins, SJ</i>	
<b>Amar a un Dios desplazado</b> .....	100
<i>Pau Vidal Sas, SJ</i>	
<b>CONFERENCIA DE ASIA MERIDIONAL (JCSA) .....</b>	105
<b>Acompañar a trabajadores migrantes en apuros</b> .....	107
<i>Martin Puthussery, SJ</i>	
<b>Agnipuri: un pueblo en marcha hacia la liberación</b> .....	112
<i>Peter Daniel, SJ</i>	
<b>“Padre, Ud. es Dios, ¿verdad?”</b> .....	118
<i>Trevor Miranda, SJ</i>	
<b>¡No estoy solo!</b> .....	122
<i>Xavier Jeyaraj, SJ</i>	

---

# Editorial

¡La batalla de Pamplona!

¡Bum! Tras seis horas de bombardeo, una bala de cañón destrozó las piernas de un soldado vasco, Íñigo López de Loyola, el 20 de mayo de 1521. No sólo las piernas de Íñigo, sino también sus sueños y ambiciones quedaron destrozados: un fracaso absoluto desde el punto de vista humano. Pero ahí comenzó el momento de la conversión del joven Íñigo, que más tarde fundaría la Compañía de Jesús.

Como dijo el P. General Arturo Sosa: “La herida que sufrió Ignacio en Pamplona no fue tanto un final feliz, sino más bien un comienzo feliz. La conversión consiste a veces en grandes momentos de cambio, pero es también un proceso interminable. Este proceso es una peregrinación por caminos sinuosos, con subidas y bajadas, a veces teniendo que volver sobre nuestros pasos, a veces sintiéndonos perdidos. Pero encontrando en el camino a personas que nos indican el camino y nos tienden la mano”. Cambian la trayectoria de nuestras vidas.

Los momentos de conversión personal son únicos y hermosos, a menudo imposibles de describir con palabras. Es una experiencia de recibir la gracia de Dios sin pedirla. No hay dos procesos de conversión semejantes. Un momento de bala de cañón para uno puede ser una experiencia cotidiana y rutinaria para otro. Para Ignacio, comenzó en la batalla de Pamplona hace 502 años. Cada uno de nosotros pasa por experiencias de cambio, conversión y transformación. Como dice Arturo, es un “proceso interminable”. Cada nuevo momento es una invitación a probar la chispa que comenzó en algún momento de la vida.

Como le ocurrió a San Ignacio, las historias reales, las narraciones o los testimonios pueden conmover el corazón de las personas. Durante su convalecencia, San Ignacio no tuvo más remedio que leer el libro sobre la vida de Jesús y una colección de relatos de vidas de santos, lo que inició su proceso de conversión. Reconociendo el poder de las historias personales que transforman a los lectores u oyentes, el Secretariado comenzó a publicar una narración al mes (ahora llamada Testimonios) en

abril de 2009. Hasta diciembre de 2022, el Secretariado ha acogido unos 150 testimonios. Los 25 testimonios publicados en este “Momentos bala de cañón” proceden de la recopilación de esos 150 testimonios. Han sido seleccionados por un equipo de miembros de los delegados sociales de la Conferencia y del Comité Asesor del SJES.

Estos testimonios son también historias de su conversión. Cuentan cómo una experiencia interior se convirtió en una pasión por trabajar con personas en situación de vulnerabilidad en distintas partes del mundo. Los testimonios describen “por qué lo hacen, qué hacen”; “su implicación en los ministerios sociales les aporta esperanza, alegría y un sentido de misión. Pueden ver a Dios presente en las personas y situaciones a las que sirven”.

Comenzamos este proyecto de publicar los testimonios en forma de libro durante el año jubilar ignaciano. Estoy encantado de haberlo hecho en un año. Estoy profundamente agradecido a los 25 colaboradores que revisaron sus relatos, los reescribieron y permitieron su publicación en el formato actual. Al editar, he intentado mantener el estilo del autor en la medida de lo posible. Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a todo nuestro personal del SJES, pasado y presente, que ha apoyado enormemente esta empresa. Un agradecimiento especial al P. Paul Béré por su Prólogo, que nos ofrece una perspectiva teológica de los testimonios.

(Original en inglés)



Xavier Jeyaraj, SJ  
Secretario, SJES

---

# Prólogo

*“Pon aquí tu dedo y mételo en el costado” (Jn 20,27)*

Con ocasión del jubileo de la conversión de San Ignacio, los compañeros/as en la misión de Cristo sufriente, que atienden a los marginados (cf. Lc 10,30-37), han recopilado sus experiencias de misión. Del mismo modo que la herida de Ignacio dio origen al santo a través de un largo camino de conversión, los compañeros/as del apostolado social dan testimonio de las transformaciones que se han producido a través de su labor misionera. En otras palabras, su camino de conversión fue desencadenado por sus experiencias místicas personales con el sufrimiento humano, bien a través de su propio sufrimiento personal, bien a través de la empatía (en el sentido de sufrir con...). Crecer en la fe es revivir la experiencia del apóstol Tomás, que dijo: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré” (Jn 20,25). Esta “incredulidad” es un instinto natural de los creyentes cuando se enfrentan a un misterio abrumador. Para expresar nuestro asombro, ¿no decimos: “¡Esto es increíble!”? A través de cada uno de los relatos de este libro, el Resucitado parece decirnos de nuevo: “Pon tu dedo aquí y mira mis manos; saca tu mano y métela en mi costado; deja de ser incrédulo y conviértete en una persona de fe” (Juan 20, 27).

El sufrimiento humano es repugnante. Provoca repulsión y puede inspirar odio y violencia en quienes tienen el corazón puro y herido y se indignan ante todo sufrimiento. Pero los testimonios de este libro confirman el poder transformador de los creyentes, que ven a personas en apuros, aplastadas por la vida, solas y desamparadas, aprisionadas por la mirada indiferente de la sociedad y entorpecidas por el odio y la injusticia. Cada historia ilustra las palabras del Rey eterno: “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme” (Mateo 25:35-36). Esto inspira sentimientos de alegría, compasión, amor y mucho más. Sentimos la gracia en acción cuando realiza esfuerzos fructíferos, que pueden ser tan pequeños como



cinco panes para alimentar a cinco mil personas o una gota de agua en un océano. Sin embargo, Dios se sirve de ella para transformar y fermentar la masa humana.

Lo que también conmueve de estos testimonios es la diversidad de puntos de vista y caminos, iniciativas y actividades. Aún más conmovedora es la transformación que se produce en quienes asumen el sufrimiento de sus hermanos y hermanas en humanidad, al verse conmovidos por experiencias personales de violencia. A partir de su “momento bala de cañón”, crecen. Vemos cómo sus ojos se transforman, sus corazones se llenan de compasión, sus manos ungen con ternura y aman las heridas visibles e invisibles de los migrantes, los marginados y las personas solas, y sus pies caminan con los exiliados y los crucificados hacia el Resucitado. El poder transformador de su llamada a estar con Cristo conduce gradualmente al lector de este libro a la figura del santo jesuita Alberto Hurtado, modelo de compromiso social que fue “sal de la tierra” entre los pobres y, como santo, se convirtió en “luz del mundo” sobre rostros invisibles, porque están oscurecidos y desfigurados por la violencia de la vida y las injusticias estructurales. Cada testigo de este libro se me aparece como un “Hurtado” en ciernes, y sus relatos me inspiran para volver a empezar desde mi “¡experiencia de bala de cañón!”.

(Original en francés)

**Paul Béré, SJ**, jesuita de Burkina Faso, en misión docente en el Pontificio Instituto Bíblico (Roma), tras una primera misión en el Instituto Teológico de la Compañía de Jesús (ITCJ) de Abiyán (Costa de Marfil).





# JESUITAS

CONFERENCIA DE PROVINCIALES EN  
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - CPAL



## Un migrante acompañando migrantes

*Arturo Estrada Acosta, SJ*

Desde que me destinaron a estudiar teología a Brasil, supe que iba a ser un reto: nueva cultura, nuevo idioma, nuevo estilo de ser jesuita. Y no me equivoqué, los primeros meses fueron desconcertantes y duros, muchas veces me pregunté qué estaba haciendo aquí, mientras en otras gozaba la delicia de estar en medio de una nueva cultura que es fascinante. Sin embargo, en medio de eso, una certeza era clara: vivir con jesuitas de toda América Latina inflamaba mi corazón. Esto me llevó a una búsqueda personal y comunitaria, que fue acompañada de la claridad de que el Señor pedía más de mí, me invitaba a ir más allá de mis prejuicios, a dejarme sorprender por la realidad, y que, al mismo tiempo, me llamaba a soñar la Compañía junto con otros.

Fue en este contexto que un compañero jesuita me invitó a dar clases de portugués dos horas a la semana a inmigrantes haitianos que estaban llegando a la ciudad. Mi primera reacción fue de extrañamiento. ¡Un extranjero dando clases de una lengua que no es la suya a otro extranjero! Qué cosa tan absurda, pensé. Sin embargo, acepté el reto, tal vez porque en el fondo creía que más allá de lo que pudiera saber de la lengua portuguesa y de su lengua, tenía algo que compartir, una experiencia que transmitir. Y otra vez, no me equivoqué.

Dos horas diarias se convirtieron en todo el fin de semana. Comencé a conocer nuevos amigos que tenían dificultad con la lengua, que se desconcertaban por la nueva cultura, que experimentaban momentos de felicidad y momentos de tristeza, es decir, que tenían una experiencia parecida a la mía. Ahí me comencé a sentir migrante en medio de migrantes. Sin embargo, también fui descubriendo las diferencias, sus historias, los



caminos que habían tenido que recorrer, no sin peligro, para llegar hasta Brasil. La tristeza de no estar cerca de sus familiares y la dificultad de ser aceptados dentro de una sociedad que no está preparada para recibir extranjeros. Simplemente me sentí, junto con mis compañeros (jesuitas y no jesuitas, hombres y mujeres de distintas nacionalidades) identificado, hermanado. Esto nos llevó a dar respuestas cada vez más adecuadas y pensadas, lo cual se tradujo en una oficina de atención a migrantes.

A partir del 15 de noviembre de 2013, de la mano de mis compañeros y compañeras, de la Compañía de Jesús (Provincia de Brasil), de las Hijas de Jesús, de brasileños y brasileñas, de instituciones locales y nacionales



y, sobre todo, de muchos haitianos y haitianas que han caminado con nosotros y otros tantos que siguen su camino en otros países, comenzamos a dar respuestas más organizadas. A través de un proyecto a corto y mediano plazo queremos ofrecer un acompañamiento que permita a nuestros amigos haitianos y haitianas, y a nosotros mismos, insertarnos en la sociedad brasileña, con las mismas oportunidades.

Personalmente, dos cosas han sido claves en este proceso. Primero, tener un equipo con el cual soñar una realidad que hasta entonces estaba escondida a los ojos de la mayoría. Una realidad de injusticia estructural que supone que no somos iguales y que, por lo tanto, establece fronteras basadas en índices económicos. Una realidad que ha sido responsable del empobrecimiento de países. Segundo, relacionarme con los haitianos

y haitianas como amigo. No regalamos despensas, ni damos dinero, ni ofrecemos trabajo, simplemente ofrecemos un camino que ya hemos hecho nosotros mismos: aprendizaje de la lengua, tramitaciones en la policía federal, relación con brasileños, etc.

En ningún momento he hablado de Jesús, del Reino o del Evangelio, pues los inmigrantes haitianos y el equipo con el que trabajo, somos de diferentes creencias religiosas. Pero en todo momento he sentido que sigo a Jesús, que vivo pedacitos de Reino y que el Evangelio se encarna acompañando a las y los migrantes. Soñamos con una sociedad incluyente, con un mundo donde las fronteras no existan, donde ningún ser humano sea ilegal. Donde las diferencias de color y raza sean motivo de alegría y no de violencia.

Mis estudios de teología han tomado sentido. Sé que no se trata de un esfuerzo meramente intelectual, sino de mirar con los ojos de Jesús, de entender la realidad con herramientas teológicas. Me siento un jesuita en acto, y no en potencia, esperando a ser ordenado para entregarme a la promoción de la fe y la justicia. Creo en una Compañía cada vez más latinoamericana y cercana a los que más sufren, no por opción simplemente, sino porque estar con ellos nos hace felices, y cuando amamos y los queremos profundamente, queremos lo mejor para ellos.

(Original en español)



**Arturo Estrada Acosta, SJ** actualmente trabaja para Plan Internacional como oficial nacional de monitoreo, evaluación, investigación y aprendizaje en México. Continúa ligado a la experiencia migrante, pero ahora del sur se su país. Asimismo colabora en el Loyola Institute of Spirituality en Orange, CA, como instructor de discernimiento ignaciano, desde donde acompaña a agentes de pastoral que acompañan a migrantes de la vida.

## Algo nuevo está naciendo...

*Carmen Rosa de los Ríos Baertl*

Las cifras se dicen rápidamente, pero los rostros y los nombres de cada uno te revelan que son personas las que están falleciendo, son familias enteras las que están sufriendo, el dolor y la muerte están tocando a la puerta de más de 11 000 familias peruanas que no han podido ni velar, ni enterrar a sus muertos, y sigue creciendo el número de contagiados sin percibirse cuándo terminará esta pandemia.

Con mucho dolor compruebo que por más esfuerzos que hace el gobierno por combatir el covid-19, por evitar las muertes, los contagios y los fallecimientos aumentan día a día.

Esta pandemia ha desvelado las enormes brechas estructurales que hay en nuestra sociedad, las mismas que se han agudizado a raíz de décadas de corrupción en las altas esferas del gobierno; tenemos varios presidentes en proceso penal por ese motivo. La población antes decía: “no importa que robe, pero que haga algo”. Hoy se dan cuenta que sí importa. Ese enriquecimiento ilícito produce la muerte de miles, no se mejoró el sistema de salud, ni el sistema educativo, y hoy vemos las consecuencias.



Un sistema de salud precario que colapsa en la capital y en las regiones. Un sistema educativo que no llega a todos, ampliando nuevamente las brechas entre los peruanos. Miles se quedaron sin su precario trabajo. Subempleo disfrazado de empleo. El desarrollo ficticio que afirmaba que el Perú había salido de la pobreza se reveló crudamente: un tercio



de la población no tiene refrigeradora y debe salir a comprar sus víveres todos los días, la mayoría trabaja de manera informal, ganando el pan – literalmente cada día- con el sudor de su frente: si no trabajan, no comen. Por ello, al decretarse la cuarentena, más de 100.000 personas salieron a las calles intentando retornar a pie a sus regiones, a las zonas rurales de donde habían salido para buscar una vida mejor en la capital, la misma que hoy los expulsa. Y llegaron a decir: “Prefiero morir de covid que de hambre”.

No sólo sufrimos la pandemia del covid-19, sino sufrimos la pandemia de la injusticia, de la corrupción, de la falta de búsqueda del bien común. Los pobres, las mujeres, los migrantes, los internos de los penales, los excluidos de siempre, son los que más sufren esta situación.

¿Qué nos quiere decir Dios en todo esto? Oímos su voz en el llanto de los pobres y en el grito de la naturaleza. Oímos su voz en el liderazgo profético del papa Francisco: “hemos continuado imperturbables pensando en



mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo". Realmente esto no es posible y luego de la pandemia no podemos seguir como si nada hubiera pasado. Tenemos la tarea de sanar nuestro mundo enfermo.

Como seguidores de Jesús de Nazaret, creemos firmemente que el evangelio es la fuerza salvadora de Dios "sembrada" por Jesús en el corazón del mundo y de la vida de todas las personas. En medio de la pandemia también encontramos bondad, generosidad, amor, solidaridad. La cuarentena ha ampliado en muchos el deseo de vivir como humanos, de rescatar lo más valioso de la vida, la vida en familia, la amistad, la vida



sencilla, el cuidado de la naturaleza, la paz y hasta el deseo de mayor profundidad, de buscar lo que trasciende, de encontrar un sentido a la vida más allá del consumir o de trabajar sin rumbo descuidando lo principal.

La energía transformadora del evangelio está trabajando a la humanidad. La sed de justicia y de amor seguirá creciendo. Él nos fortalece para sanar este mundo, no sólo del coronavirus, sino de la pandemia del hambre, del racismo, de la injusticia, de todo tipo de exclusión. Sanar este mundo enfermo es construir de otra manera la sociedad, la Iglesia, nuestras vidas personales, familiares, nuestra relación con la naturaleza.

Dios Padre nos llama a manifestar una fraternidad real. La fraternidad

real se manifiesta en un cambio de estructuras, un cambio de la manera en que está construida la sociedad. Se trata de reconstruirla desde los pobres, desde los vulnerables, para que todos tengan agua, todos tengan comida, todos tengan trabajo. Derechos humanos básicos, negados para gran parte de la humanidad.

Con la conciencia de que todo está interconectado, el bien que hacemos tiene su efecto transformador más allá de nuestra pequeña realidad. Ser más hermanos, más humanos, es construir el bien común desde los más vulnerables. No permitir la antigua normalidad de la injusticia, construir una nueva normalidad al estilo de Jesús de Nazaret que no se conformó sino que introdujo una nueva manera de ver las cosas, de actuar, de priorizar. Él es fuerza transformadora, pero necesita de nosotros para ejercerla.

(Original en español)



**Carmen Rosa de los Ríos Baertl** (Lima, Perú) ha sido parte del cuerpo apostólico de la provincia jesuita de Perú por más de cuatro décadas. Se desempeñó durante varios años como directora de los centros sociales de Moquegua y Ayacucho, así como secretaria ejecutiva del Consorcio Ignaciano de Educación del Perú - CONSIGNA. Ella actualmente es la delegada del apostolado social de la Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina y El Caribe (CPAL).

## Cómo alimentar de esperanzas nuestro apostolado social

*Ismael Moreno, SJ*

Cualquier referencia que haga a mi vida de jesuita en los 42 años que ya cumpliré, está inevitablemente remitida a la misión de fe y justicia, y a la amistad con jesuitas de mi provincia, de la provincia mexicana y de muchas otras provincias, con quienes he compartido este andar de una vida entera de regalo de Dios y de encuentro con los pobres desde el apostolado social. Nada podría ser más hermoso para mi vida que haber recibido este regalo de defender los derechos humanos de la gente más indefensa y oprimida, y hacerlo en nombre de Dios y desde mi fragilidad como jesuita. Vienen a mi mente tantas experiencias de amistad con mucha gente con rostro rudo y curtido por el sol y la angustia por sacar adelante la vida en medio de múltiples adversidades.

Vengo de un país que, ante los medios de comunicación, pero también para diversos sectores de influencia en el mundo, incluyendo la Iglesia, es prácticamente inexistente. Ya no sólo es país descartado, como diría el papa, sino inexistente. Yo le llamo el país etcétera porque ya no sólo cuesta encontrarlo en un mapa, sino que, aun sabiendo de su remota existencia, ni siquiera se le nombra. Por eso mismo, agradezco a los organizadores que me dan esta voz para hablar de mi experiencia de Fe y Justicia, porque así nombro a esta Honduras, necesitada de verla, oírla, acercarse, acompañarla, protegerla y defenderla. Y con ella a millones de voces que se retuercen entre la muerte ingrata y las ansias de vivir. Por eso huyen de su tierra, donde sea, porque se aferran a la vida que en su patria se les arrebató.

Mucha gente me pregunta, y de dónde sacas esperanzas en medio de un país empobrecido y miserable, inexistente y abandonado a las migajas de los ricos, las remesas y del gobierno de los Estados Unidos. No dudo en decir que es justamente desde la realidad de mi país y de Centroamérica en donde encuentro alimento a mi esperanza. Y esto es así porque cuanto más angustias y caminos cerrados encuentro en la lucha por defender la vida y los derechos de los pobres, más necesidad siento de alimentarme de la fe en el Dios de la Vida. En medio de la violencia y la muerte, incluso de amenazas, es cuando más vida recibo, y más fuerte es mi fe en mi realidad

portadora del Señor de los amaneceres, que nos hace amanecer justamente cuando más oscura es la senda y más tinieblas encuentro en el camino. Cuánta más ingrata es la realidad, más ansias de Dios experimento.

Pero también alimento mi esperanza en la memoria de los mártires. Son muchas, son muchos. En estos 42 años de jesuita he conocido y



he sido amigo de decenas de mujeres y hombres, sencillos y recios, pensadores y activistas, creyentes y no creyentes, académicos y sobre todo luchadores sociales, políticos y ambientales, que fueron asesinados por sus convicciones, por su amor y compromiso con la justicia. Con varios de ellos compartí la mesa y el abrazo, la palabra y la mirada, con varios de ellos debatí y me peleé, varios de ellos me cuestionaron, me incriminaron por mis tibiezas en mis ideas y en mis inseguridades. Y los mataron. Puedo mencionar muchos nombres, hoy hace 30 años despedazaron a tiros de ametralladoras a seis compañeros nuestros jesuitas con las dos laicas colaboradoras. Y me basta nombrar a Berta Cáceres. Esa noche de su asesinato pude haber estado con ella, pero algo me detuvo, y la recriminé que por qué me había convocado tan a destiempo. “Tengo muchas ocupaciones para moverme hasta donde estás”, le dije tajantemente. Y la mataron. Ella me impulsaba, me cuestionaba, me respetaba y me animaba en tiempos de desaliento. Los mártires son de rostro conocido, los conocí en sus fragilidades, como seres humanos imperfectos. Pero los conocí listos para dar su vida. Su memoria no me deja en paz, y alimentan mis

sueños y mis días, y me remiten a Jesús de Nazaret.

También me alimenta la esperanza la generosidad de las comunidades, que muy dueñas de su pobreza, están conformadas por familias que, con sólo una visita que haga, gozan y somos alimento para sus vidas, y si es necesario dejan de comer para gozar viéndonos comer de su comida cargada de sencillez y a la vez de amor y gratuidad. No pocas veces he llegado a alguna de los hogares, y la familia te ofrece la mejor cama para mi descanso, y para ellos, dormir esa noche en incomodidades, se convierte en una bendición porque su felicidad se encuentra justamente en ver que sus visitas están cómodas y reposan en paz. Esa generosidad no se compra ni se vende, no tiene precio, y jamás la encontraré en el mercado. Y cuestiona de frente nuestras prácticas y normas de hospitalidad comunitaria. He debido pasar terribles vergüenzas cuando una de esas familias que desplegó toda su generosidad, llega a mi comunidad, y se encuentra con el ceño fruncido de compañeros jesuitas, para quienes la sola presencia de



“gente extraña” desestabiliza sus comodidades cotidianas. Ese contraste entre la generosidad de las familias pobres, y la frialdad de nuestros espacios comunitarios, se convierte en un atentado a la generosidad a la que nos llama nuestro voto de pobreza y nuestra misión histórica de fe y justicia.

Me alimento de la esperanza que me transmite mi equipo de trabajo,

conformado por un gran número de laicas y laicos que, inspirados en la espiritualidad de la Compañía de Jesús, dedican por entero su vida y arriesgan sus comodidades hasta renunciar a ellas por un trabajo no siempre comprendido ni por los mismos jesuitas, y por un salario a través del cual jamás harán fortuna. Y, sin embargo, lo hacen con entusiasmo y alegría. Se esfuerzan día con día en escudriñar los dinamismos productores de la inequidad y la violencia, y convertirla en propuesta alternativa al modelo neoliberal, desde la perspectiva de los pobres. Nunca falta que, en medio de amenazas y cuando los peligros acechan, salga una guitarra o un ritmo de bachata, merengue, cumbia o salsa, muchas de los sinsabores se alivien al ritmo tropical. Y tras el alivio, vuelven a la carga de un apostolado que enamora y desafía cotidianamente.

La comunidad jesuita, en medio de sus ambientes frecuentemente lúgubres, sigue siendo fuente de esperanza, cuando me toca pensar que en esas comunidades específicas se encarna una misión en hombres de carne y hueso, con sus austeras vidas y su espiritualidad sosegada y a prueba de los sabores y sinsabores de la realidad. En esas condiciones comunitarias, es cuando toca confesar la fe que alimenta la esperanza, desde realidades desesperanzadas de hombres avejentados, curtidos por los años de servicio, con frecuencia con cargas de amargura. Es la esperanza en las sobrias y recias espiritualidades cotidianas de nuestras comunidades, tan necesitadas de nuevos aires y de nuevas fronteras, de abrazos y sueños laicales para descubrir aquello que nos dijo la CG-34: las comunidades de solidaridad. Es la amistad de una comunidad que se expresa en un lugar específico, pero no se reduce al mismo, porque la comunidad jesuita es ante todo los amigos en el Señor desparramados a lo largo de diversos territorios y países. Y a fin de cuentas es la comunidad plenamente abierta a la convivencia y búsqueda con muchas mujeres y hombres con quienes compartimos la misma misión.

No puedo dejar de decir en esta experiencia personal, que esto de enamorarse del apostolado inserto en las realidades clamorosas de los pueblos, lo prepara a uno a no pocos vituperios, tanto en la sociedad de los bien situados, como dentro de la Iglesia y también de la misma Compañía de Jesús. El apostolado social, en general, lo deja a uno expuesto a la mirada sospechosa de la institucionalidad, no sólo de los poderes muy bien establecidos de este mundo, sino de la misma institucionalidad de la Compañía de Jesús. Mientras uno se va metiendo a fondo en esta misión

apostólica, va experimentando no poca de la dosis de marginalidad que experimenta nuestro pueblo cuando queda orillado de los lugares y puestos donde se toman las decisiones. Solemos ser jesuitas sospechosos de heterodoxia, imprudencia y política y religiosamente incorrectos. Algo de ese aire que, sin merecerlo, nos hace recordar a un tal Jesús de Nazaret, no propiamente bien visto y aceptado por los poderes establecidos de su tiempo. Ese rasgo de sospecha hacia lo que somos y hacemos, nunca deberá faltar en nuestra misión. Es distintivo de nuestra vida y de nuestro aporte a la Compañía y a la sociedad.

Vivir y celebrar la vida y la lucha por el Reino desde ese rasgo de marginalidad y de despertar ciertas sospechas por nuestras faltas de cálculos y de amistad con los pobres, siempre sospechosos del mundo bien situado, será siempre un signo inequívoco de estar en el lugar desde donde Dios, el Señor de los Amaneceres, nos sigue siempre invitando a proseguir la causa de Jesús de Nazaret, y jugarnos con él, desde nuestra condición de pecadores, la suerte de los pobres de la tierra.

(Original en español)



**Ismael Moreno, SJ** es jesuita de la Provincia de Centroamérica (CAM). Lleva 43 años trabajando en el Apostolado Social. Actualmente es el Director de Radio Progreso en Honduras.

## Exportación no tradicional

*José Fco. Yuraszeck Krebs, SJ*

En estos tiempos que corren es de lo más común que una buena cantidad de la ropa que vestimos sea elaborada en distintas partes del mundo, muy lejos de donde vivimos. Fijese en la etiqueta de la camisa que usa: seguro que dice Made in China, o Vietnam, o Bangladesh, incluso si la ha comprado en una tienda que lleva años en su país y que antes la elaboraba en su propio taller. Lo mismo ocurre con casi todo lo que usamos a diario.

Yo vengo de Chile, y en distintos momentos de mi vida me ha alegrado profundamente encontrarme en varias partes del mundo con la presencia de una exportación no tradicional: la figura del Padre Hurtado, san Alberto Hurtado.

El 18 de agosto del año 2015 tuve la suerte de recordarlo, en un aniversario más de su muerte, en Scampia, Nápoles. El centro que llevan los jesuitas ahí, al alero de la parroquia, y con la colaboración de muchas personas, lleva por nombre el del Padre Hurtado. Es uno de los barrios con más dificultades de toda Nápoles, donde según nos contaron, durante



años la Camorra se apoderó plenamente del territorio –le llamaban el supermercado de la droga– tanto que la policía no se atrevía a entrar, hasta que años atrás hubo una fuerte intervención y se pudo restaurar en parte la paz y el orden, a la vez que construyeron muy cerca una de las cárceles más grandes de Europa. En el Centro Alberto Hurtado de Scampia, entre



otros programas que ofrecen, hombres y mujeres de distintas edades se reúnen, aprenden un oficio, y confeccionan libretas y cuadernos, gorros y camisetas, con la marca Made in Scampia, intentando mostrarle al mundo que lo que se produce y comercializa ahí no es solo droga, conflictos y violencia, sino también esfuerzo, superación y comunidad.

Me he encontrado en tantos otros momentos de mi vida con este nombre. Primero en el tiempo anterior a su beatificación en 1994, cuando mostraban por la televisión la historia de su vocación y su vida entregada al servicio del Reino. Un poco más tarde conocí de cerca el Infocap – Universidad del Trabajador en Santiago de Chile– inspirado en la figura del Padre Hurtado, que hablaba de la inmoralidad de una sociedad que no le hacía un lugar central a los trabajadores. En esta misma institución comenzó a funcionar un proyecto de voluntariado que invitaba a jóvenes universitarios a acercarse a la realidad de las familias que vivían en asentamientos informales y que con los años tomó cuerpo en “Un Techo para Chile”, hoy sencillamente “Techo”, presente en 19 países de América Latina. En ese tiempo y tras conocer la riqueza de la espiritualidad ignaciana en los Ejercicios, se despertó mi vocación a la Compañía de Jesús, que fue confirmada tras un tiempo como voluntario en la sala de enfermos terminales, Padre Hurtado, del Hogar de Cristo.

Ya siendo jesuita he tenido el regalo de colaborar por un par de años en la parroquia Jesús Obrero, vecina a la gran obra del Padre Hurtado, el Hogar de Cristo, y al santuario donde descansan sus restos. Y volví a colaborar en Techo al año siguiente de la canonización del Padre Hurtado en el año 2005, momento de fiesta que a algunos nos hizo despertar la necesidad de animar comunidades cristianas en los campamentos y barrios donde trabajábamos, colaborando con las familias y dirigentes a construir sus casas y soñar un país mejor. En la misma parroquia Jesús Obrero celebré junto a tanta gente querida mi primera misa como sacerdote hace ya casi 4 años, y los siguientes tres años colaboré en el Centro Universitario Ignaciano de la Universidad... ¡Alberto Hurtado!

La primera versión de este escrito me tenía en Roma, estudiando Teología Moral en la Universidad Gregoriana. Y me he encontrado con que existía ahí un Centro Fe Cultura que lleva el nombre de Hurtado, y que por todas partes del mundo los jesuitas y también comunidades cristianas de otras tradiciones espirituales han acudido a su nombre, inspiración e intercesión para bautizar lugares e iniciativas de lo más diversas. Particularmente

significativa es la existencia de la Familia Grande Hogar de Cristo en Argentina, que ha tomado al padre Hurtado como su patrono: con la presencia liberadora en las villas y barrios, promoviendo la reconstrucción del tejido social, formando comunidades acogedoras e inclusivas, y también ofreciendo tratamiento para el consumo problemático de alcohol y otras drogas ¡Ni un pibe menos por la droga! También es muy conocida la labor del Hogar de Cristo en Ecuador, focalizado particularmente en las enormes necesidades de vivienda, aunque también en otros aspectos de la vida en sociedad: microcréditos, nutrición, acogida a migrantes y desarrollo comunitario.

Ahora que vuelvo a leer este escrito, e intento actualizarlo, caigo en la



cuenta de que desde hace 4 años soy el Capellán General del Hogar de Cristo en Chile y que he tenido también algunas responsabilidades en otras de las obras inspiradas por el legado del Padre Hurtado, como TECHO, Fundación Vivienda e INFOCAP. En estos últimos años he podido ser testigo de lo actualizada que es la propuesta espiritual y de acción social y política del Padre Hurtado. He podido ser testigo de que cuando ponemos a las personas en el centro, podemos desatar iniciativas de colaboración de lo más diversas. Es lo que hicimos en los tiempos más duros de la pandemia, con la iniciativa Chile Comparte: llevamos calor, alimentos, conectividad a internet, salud, y sobre todo esperanza y sentido de comunidad, a personas que estaban sufriendo los estragos de la pandemia. O también con los Círculos Territoriales, espacios de conversación para compartir dolores y esperanzas, particularmente entre quienes no son comúnmente tomados en cuenta a la hora de diseñar y proponer políticas públicas. La voz de los ciudadanos, especialmente de quienes viven en los márgenes, requiere

ser amplificada. En el camino deliberativo de redacción de una nueva constitución para nuestro país, Chile, elaboramos colaborativamente una propuesta titulada Constitución y Pobreza, que fue entregada a la mesa directiva de la convención constitucional.

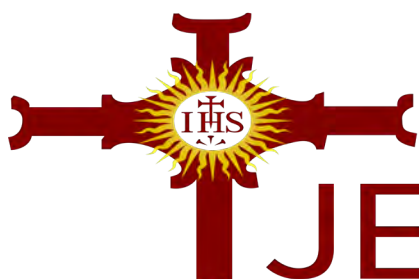
Hemos estado celebrando el año ignaciano, con motivo de los 500 años de la conversión de San Ignacio. La bala de cañón que cambió los planes y la vida entera de Íñigo de Loyola, y posibilitó el despliegue de la profunda espiritualidad que sigue vigente hasta nuestros días, ha tomado distintas formas en las vidas de hombres y mujeres bien concretos, en lugares del mundo de los más diversos. Se pueden ver muchos de estos testimonios en el canal de You Tube Jesuitas Global.

El Padre Hurtado vivió en la primera mitad del siglo XX. Era un apasionado seguidor de Jesús, que vivía con los sentidos atentos para reconocer la presencia actuante e interpeladora de Dios en el mundo y la historia. Tuvo también su momento “bala de cañón” en el encuentro con un mendigo que hervía de fiebre en una lluviosa noche en Santiago de Chile. Desde esa experiencia transformadora convocó a otros: al servicio, al trabajo académico e intelectual, a la organización sindical y comunitaria, a hacer del mundo un lugar más cariñoso, acogedor, fraterno y solidario. Y esto de muy diversas formas: dando una mano, un plato de comida, un techo donde dormir, ofreciendo un espacio de formación o capacitación. También promoviendo iniciativas de desarrollo integral con un sentido hondo de lo que significa ser cristiano en sintonía con lo que el Concilio Vaticano II afirmó algunas décadas después, y lo que la Compañía de Jesús declaró como su misión para el tiempo de hoy: el servicio de la fe y la promoción de la justicia que esa fe exige. El Hogar de Cristo de Chile cumplirá 78 años en octubre del año 2022: la inspiración del Padre Hurtado sigue viva y vigente entre todas las personas que colaboramos acá.

(Original en español)



**José Fco. Yuraszeck Krebs, SJ** es un jesuita de la provincia de Chile. Tras su ordenación, marchó a Italia, donde obtuvo un máster en teología moral. Desde hace cinco años es capellán general del Hogar de Cristo, institución social fundada en Chile por Alberto Hurtado en 1944 y extendida por todo el mundo en el apostolado social jesuita.



# JESUITS



---

Conference of Africa and Madagascar

Conférence des Jésuites d'Afrique et Madagascar

Conferência dos Jesuítas de África e Madagáscar

---



## Transformación a través de los Jóvenes

*Alain Nzadi, SJ*

Me incorporé al CEPAS para ocuparme ante todo de la revista *Congo-Afrique*, el órgano de expresión del centro, que publica artículos sobre economía, política, vida social y cultura.

Fue, pues, en función de la revista *Congo-Afrique* como se definió mi pertenencia al CEPAS, con muy poco o ningún «compromiso social» directo al margen de la edición de los artículos enviados a la revista.

Sin embargo, cuando en septiembre de 2015 el Provincial de los jesuitas de África Central me nombró asimismo director del CEPAS, el grado de mi compromiso social dio un giro con el que no contaba, cuando me incorporé al centro.

A partir de ese momento, tengo que definirme ya no sólo por mi relación con la revista *Congo-Afrique*, sino también por mi relación con la institución CEPAS, comprometida en numerosos «frentes sociales»: acompañamiento de jóvenes, escritos dirigidos a quienes toman las decisiones políticas, reflexión sobre cuestiones que afectan a la sociedad (justicia, democracia, participación ciudadana, etc.) organizando las Jornadas Sociales, etc.

¿Cómo repercute este compromiso social en mi fe cristiana en general y en mi ministerio sacerdotal en particular?

Ahora, el compromiso social forma parte de mi vocación sacerdotal y de



la manera en que vivo mi fe sin más. Es en el centro de este compromiso donde vivo hondamente mi vocación como sacerdote del Señor al servicio de los numerosos hermanos y hermanas que he conocido y conozco en mi ministerio sacerdotal de impronta social.

Recuerdo todas las experiencias transformadoras que he vivido con muchos de los jóvenes que asisten a nuestro centro. Me maravilla el potencial que albergan. Al mismo tiempo, comparto la preocupación de estos numerosos jóvenes, cuyo porvenir sigue estando condicionado por la deprimente situación sociopolítica y económica de nuestro país, la República Democrática del Congo. En sus ojos puedo ver una permanente



mirada de ansiedad, que llega a ser desorientación. Al terminar la universidad, tienen la impresión de que el futuro les cierra las puertas y de que la sociedad les está dejando tirados en la calle. En la medida de lo posible, los tengo presentes en mis oraciones y en todo lo que puedo hacer para contribuir al cambio social.

Viendo a esta masa de jóvenes, cuyo futuro se nubla constantemente, me siento interpelado a convertirme cada día más, en mi ministerio sacerdotal, en un agente de cambio y un seguidor de Cristo capaz de contribuir a la liberación de aquellos a los que la misión de Dios me envía. Trabajar en un entorno sociopolítico, tan poco esperanzador para los jóvenes, me lleva a suplicarle a diario al Señor que me ayude a vivir mi ministerio sacerdotal de otro modo, no solo intentando encontrar palabras liberadoras, sino también –y sobre todo– llegando a ser, en virtud de mis opciones diarias,

un agente de cambio y liberación. Trabajando en este entorno sociopolítico, capaz de hacer añicos las esperanzas de tantos jóvenes, pido cada día al Señor que me ayude a vivir mi ministerio sacerdotal de otra manera, tratando no sólo de encontrar las palabras que liberan, sino sobre todo de convertirme, con mis opciones cotidianas, en agente de cambio y fuente de esperanza para los jóvenes que se cruzan en mi camino. Para eso vino Cristo al mundo, para eso fui ordenado sacerdote.

Le pido al Señor que me haga crecer en la convicción de que Él está en el corazón de mi compromiso social y que es allí donde estoy llamado a vivir mi vocación sacerdotal y mi fe cristiana.

(Original en francés)



**Alain NZADI, SJ** es un jesuita congoleño, ordenado sacerdote el 14 de julio de 2013. En septiembre de 2014 me incorporé al Centro de Estudios para la Acción Social, CEPAS, un centro jesuita fundado en enero de 1965 y con sede en Kinshasa (República Democrática del Congo).



## Feliz de formar parte del esfuerzo colectivo...

*Charles B. Chilufya, SJ*

Durante muchos años de mi infancia y juventud viví animado por la convicción de que mi destino era labrarme una carrera como ingeniero. Crecí en una ciudad minera de Zambia –Mufulira– y, viendo la próspera situación de los ingenieros de todo tipo que trabajaban para las minas, me sentía atraído por esa clase de vida. A la vez, la mía era una familia muy católica, por lo que desde muy pronto también albergué un profundo deseo de ser sacerdote. Así, durante mis primeras tres décadas, mi visión de la vida osciló entre la dedicación a mis metas profesionales y los objetivos más profundos del servicio a Dios y la humanidad.

Tres cosas cambiaron mi vida orientándola al servicio a Dios y la humanidad. En primer lugar, sentía una fuerte atracción hacia la oración en silencio y, ya desde niño, pasaba mucho tiempo en oración callada y leyendo las Escrituras. En segundo lugar, el amor que sentía por la reflexión personal y la eucaristía diaria me llevó a descubrir que mi vida



estaba llamada a ser partida como el cuerpo de Cristo y compartida por todos. Esta imagen de mi vida devino tan vívida que no podía escapar de ella. Además, este descubrimiento de la relación entre mi vida y la eucaristía me encaminó a indagar en su significado.

Así, en tercer lugar, ya mucho más tarde en mi vida de estudiante, durante mi último año en la universidad, hice unas prácticas en el Centro Jesuita de Reflexión Teológica (JCTR por sus siglas en inglés) en Lusaka, Zambia. Allí comencé a descubrir qué podía significar “partir y compartir la vida” y a trabajar por la promoción de la fe que obra justicia. Durante esos tres meses en el JCTR, comprometiéndome en el trabajo, leyendo y familiarizándome con las tareas del centro y de otros grupos relacionados, fui cobrando creciente conciencia de lo roto que está nuestro mundo. Me convencí de que estaba siendo llamado a ser parte de la solución para aportar sanación y justicia a un mundo roto. También me convencí de que tenía la vocación jesuita y de que esta vocación tenía que ver con la promoción de la fe que hace justicia.

Para completar el giro, mis estudios de grado en Planificación Urbana y Regional y en Economía del Desarrollo en la universidad y mi experiencia en el JCTR me dieron unos ojos nuevos con los que mirar al mundo. La injusticia y el sufrimiento en mi país y en el mundo se me hicieron así patentes. Desde muy pronto supe que tenía que hacer algo para luchar contra la injusticia que estaba comenzando a descubrir en nuestro mundo. Así, más tarde, cuando ingresé en la Compañía y como parte de la formación jesuita, conocí a refugiados, pobres y personas hambrientas y vi de cerca el sufrimiento. Estos encuentros me infundieron nueva energía para afrontar la injusticia y el sufrimiento. Llegué a la convicción de que mi vida significaba ponerme de parte de los marginados, alzar la voz por ellos o estar simplemente con ellos o acompañarlos en sus luchas. No podía permitirme permanecer callado, ni distante. Pero me di cuenta de que en el mundo existe una inmensa agonía silenciosa, y la tarea de toda persona humana es ser voz de los pobres expoliados, impedir la profanación del alma y la violación de nuestro sueño de honestidad.

Además, conforme fui estudiando teología y biblia, mi exposición a los profetas bíblicos y a nuestro mundo contemporáneo intensificó mi deseo de comprometerme en la lucha por la justicia. Cuanto más profundamente me sumergía en el pensamiento de los profetas, tanto más claro me resultaba lo que sus vidas trataban de transmitir: que no hay límite a la preocupación que uno debe sentir por el sufrimiento de sus semejantes. También se me evidenció que, por lo que respecta a las crueldades cometidas en el nombre de una sociedad libre, algunos son culpables, pero todos somos responsables. Yo no me sentía culpable, como

individuo africano, de la injusticia y el sufrimiento existentes en mi país, en África y en el mundo en conjunto, pero sí profundamente responsable. “No declararás en falso contra la vida de tu prójimo” (Levítico 19,15) no es una recomendación, sino un imperativo, un mandamiento supremo.

Así pues, decidí cambiar mi estilo de vida y comprometerme activamente en la causa de la justicia y la paz en África y en el mundo. Cuando ahora conmemoramos el Año Ignaciano centrándonos en la conversión de san Ignacio, también yo me siento llamado a una conversión continua para



orientar mi vida hacia la promoción de una fe que hace justicia. Tengo muy claro que todos los cambios hacia un estilo de vida más auténtico y una vida entregada al servicio de otros no son meras teorías aprendidas en el aula. Es el Espíritu de Dios actuando en mí, ayudándome a mirar al mundo con ojos nuevos, a estudiar y reflexionar, a encontrarme con quienes padecen injusticia. Siento que soy de hecho el guardián de mis hermanos y hermanas y, por consiguiente, me alegro de formar parte del esfuerzo colectivo para promover el ministerio social jesuita en África y en el mundo.

Ser el “guardián de mi hermano y mi hermana” y apoyar a quienes sufren ha sido algo bastante real para mí, en especial durante estos dos últimos años de pandemia global. Recientemente, la pandemia de

covid-19 asoló el mundo entero, menoscabando las vidas de las personas y las economías. En África, la sacudida económica de la pandemia acabó con muchos medios de subsistencia y condenó a millones de personas a la pobreza extrema. En la estela de la pandemia, en la Red Jesuita Africana de Justicia y Ecología (JENA por sus siglas en inglés), donde yo desempeñé mi ministerio, redefinimos nuestras tareas y nos comprometimos con obras que respondieran directamente al sufrimiento de personas que habían perdido o iban perdiendo sus trabajos, negocios o medios de subsistencia en general. Comenzamos a realizar trabajos dirigidos no sólo a mitigar el sufrimiento inmediato, sino también a posibilitar una transformación de corazones, mentes y estructuras hacia un nuevo modelo de desarrollo que prepare un futuro mejor para todos.

Entre los diversos impactos de la pandemia de covid-19, a los que tratamos de responder, hubo uno que atrajo mi atención en particular. Fue el impacto de la pandemia en las niñas y las jóvenes. La aplicación de medidas de confinamiento para controlar la enfermedad trastocó los medios de subsistencia y la educación de chicos y chicas, ya que las escuelas cerraron durante periodos prolongados para impedir que la propagación del virus dañara a las comunidades. El cierre de las escuelas tuvo implicaciones para las niñas y las jóvenes, que devinieron más vulnerables a los abusos al permanecer en casa sin la protección de que disfrutaban en la escuela: no pocas fueron víctimas de abusos sexuales, lo que se tradujo en un aumento de los embarazos de adolescentes. Además, como permanecían en casa, muchas de ellas eran entregadas precocemente en matrimonio o enviadas a realizar trabajos remunerados para contribuir al sustento de sus familias, especialmente en zonas rurales y asentamientos urbanos informales. Ello ocasionó que muchas niñas y jóvenes abandonaran los estudios, situación que ha revertido avances realizados en las tres últimas décadas para incrementar la matriculación escolar de niñas y jóvenes.

No podía permanecer de brazos cruzados mientras estas niñas y muchachas y mis prójimos sufrían (cf. Levítico 19,15), no podía ver vidas privadas de futuro y no hacer nada. Así que uní fuerzas con otras personas preocupadas por esta realidad. Junto con religiosas en Kenia, Uganda y Zambia creé el Bakhita Partnership for Education (BPE) con el fin de dar una respuesta a la situación de las niñas y las jóvenes. El proyecto ayuda a niñas y jóvenes a retornar a la escuela y fomenta un tipo de educación

que las empodera. También tiene que ver con la incidencia a favor de la protección de las niñas y las jóvenes vulnerables y con la creación de escuelas y comunidades amables en las que estas chicas se sientan seguras y protegidas.

Hay varios ejemplos más que podría ofrecer, pero este es uno clásico sobre cómo yo siento que mi fe es movida a la acción. La gracia que percibo es la compasión que Dios siembra en mi corazón para que haga todo lo que está en mi mano para dar respuesta a quienes sufren, especialmente a aquellos con quienes tengo contacto. La emoción que me lleva a dejar de hacer lo que estoy haciendo y actuar en pro de la justicia es la compasión que Dios pone en mi corazón para que yo pueda sentir de algún modo el sufrimiento de otros y ser movido a marcar la diferencia.

(Original en inglés)



**Charles B. Chilufya, SJ** es un sacerdote jesuita de Zambia. Pasó la mayor parte de su misión en el Apostolado Social. Ahora es el actual director de la Jesuit Justice and Ecology Network Africa.

## Devolver el pulso, la alegría y el gusto por la vida a los niños

*Stanislas Kimpeye Mundibi, SJ*

Dado que estamos celebrando este Año Ignaciano bajo el lema: “Ver nuevas todas las cosas en Cristo”, me gustaría humildemente reconocer la presencia del Señor en nuestra misión de acompañar a niños y familias que viven en las calles de la ciudad de Kinsasa, capital de la República Democrática del Congo. Esta misión nos ayuda a concretar las Preferencias Apostólicas Universales de la Compañía de Jesús. Renovamos nuestro compromiso con la llamada a la conversión en nuestra forma de:

- Caminar junto a los pobres, los descartados del mundo, los vulnerados en su dignidad en una misión de reconciliación y justicia.
- Acompañar a los jóvenes en la creación de un futuro esperanzador.

Así, como director del Centre Monseigneur Munzehirwa (CMM) desde



el 31 de julio de 2015, mi equipo y yo tenemos asignada la misión específica de “devolver el brío, la alegría y el gusto por la vida a los niños y familias

que viven en las calles de Kinsasa”.

De hecho, en Kinsasa, aproximadamente 30 000 niños y jóvenes viven en las calles. El fenómeno de los “niños de la calle” crece sin cesar. Ahora, uno puede encontrar familias enteras en la calle: “papá, mamá y los llamados niños de la calle”.

Confrontado con este fenómeno social, el Centre Monseigneur Munzehirwa, un centro social de los jesuitas de la provincia de África Central, lleva desde 1995 tratando de acompañar todos los años a alrededor de un centenar de niños y jóvenes de la calle y sus familias con vistas a la reconciliación y la reunificación familiar. El objetivo del CMM es “la reintegración familiar, escolar y socioprofesional de los niños que viven en las calles de Kinsasa”.

Para cumplir esta misión específica de “devolver el brío, la alegría y el gusto por la vida a los niños y familias que viven en las calles de Kinsasa”, trabajo con un dinámico equipo de educadores sociales cuya tarea consiste en acoger, escuchar, acompañar, ofrecer alojamiento provisional (de unos nueve meses), propiciar la reconciliación y abogar por la dignidad y el bienestar de los niños que viven en la calle, así como promover la reintegración y la reunificación familiar, acompañar a las familias de los llamados niños de la calle y hacer un seguimiento tras la reunificación.

Gracias al apoyo económico de Misereor, las contribuciones de los jesuitas y los donativos de personas de buena voluntad, el CMM trata de responder a las necesidades inmediatas o urgentes de los niños y familias que viven en las calles de Kinsasa. Así, por ejemplo, unos sesenta niños “sacados de la calle” asisten a once centros de enseñanza primaria y secundaria en Kinsasa, dos jóvenes (ex niños de la calle) están matriculados en dos universidades de Kinsasa (uno en la facultad de Económicas de la Universidad de Kinsasa y otro en la Facultad de Ciencias Agronómicas y Veterinarias de la Universidad Loyola del Congo) y unos cuarenta están recibiendo formación profesional en el Centre Monseigneur Munzehirwa. El CMM ofrece formación profesional en carpintería, soldadura, costura, artes plásticas, agricultura, ganadería, conducción y mecánica de motocicletas.

Gracias a sus dos albergues en Matonge, su centro de formación profesional en Cogelos y su granja-hogar en Kimwenza, el CMM es capaz de supervisar y formar de manera efectiva a los llamados “niños de la

calle”, devolviéndoles el brío, la alegría y el gusto por la vida.

En lo concreto, sobre el terreno son enormes las dificultades que plantea el contactar con los llamados “niños de la calle”, acogerlos, escucharlos, acompañarlos, albergarlos, escolarizarlos y ofrecerles una salida profesional. En efecto, las razones que empujan a los niños a la calle son diversas. La principal razón es social: la pobreza y la miseria de las familias. Por otra parte, el mensaje profético de las Iglesias de renacimiento espiritual acusando a los niños de ser “hechiceros” desestabiliza a muchas familias. Como resultado, algunos niños son expulsados de sus casas y



terminan en las calles. Una vez que se ha identificado el problema del niño y se ha analizado su situación, mi dinámico equipo de educadores sociales y yo nos esforzamos por mediar entre el menor y su familia. La reconciliación y la reunificación familiar son una tarea difícil para el equipo del CMM. Sin embargo, los casos exitosos de reunificación familiar nos han enseñado al equipo del CMM que las familias de los niños que han de reincorporarse a ellas también necesitan acompañamiento antes y después de la reunificación familiar.

Cuando se produce la reunificación familiar, nuestra alegría es inmensa. Me marcó fuertemente la integración profesional de un joven que había sido excluido de su familia desde pequeño. Tras ser acogido en el Centre Monseigneur Munzehirwa, el joven cursó la educación primaria y



secundaria y luego tuvo la oportunidad de matricularse en el primer ciclo de los estudios universitarios de Ingeniería Agrónoma en la Universidad Loyola del Congo. Al terminar estos estudios, se reconcilió con su familia, que lo acogió de vuelta. El testimonio de este joven muestra que acompañar a los niños, a los jóvenes y a las familias que atraviesan dificultades o que viven en la calle puede llevar tiempo y requiere paciencia, perseverancia y recursos, tanto espirituales como materiales y económicos. A la llamada a la conversión y a “ver nuevas todas las cosas en Cristo” respondemos cuando caminamos con los excluidos, ayudándoles a entrar en contacto con los valores, dones y talentos ocultos en ellos. Una vez que entran en contacto con estos valores y talentos, los jóvenes crecen y se sienten realizados y valorados.

“Devolver el brío, la alegría y el gusto por la vida a los niños y familias que viven en las calles de Kinsasa” es algo que no puede lograrse más que prestando atención individualizada a cada niño. Mi deseo es que los niños y jóvenes de la calle cobren conciencia de que la calle no los conduce al mundo, que la vida sigue siendo sagrada, que la familia es la unidad básica de toda sociedad y que cada persona tiene un valor singular a los ojos de Dios. Ojalá el obispo Munzihirwa interceda por el centro que lleva su nombre de forma que podamos devolver eficazmente el brío, la alegría y el gusto por la vida a los niños y familias que viven en las calles de Kinsasa, en la República Democrática del Congo.

(Original en francés)



**Stanislas Kimpeye Mundibi, SJ** Congoleño (RDC), Director del Centre Monseigneur Munzihirwa, Centre de Réinsertion des Enfants en Situation de Rue (Centro de Reinserción de Niños en Situación de Calle) en Kinshasa, es también profesor de Matemáticas en la Universidad Loyola del Congo (RDC).



JESUIT  
CONFERENCE  
of ASIA PACIFIC



## Seguir adelante con los exiliados

*Andrew Hamilton, SJ*

En el nido de la justicia social, soy un cuco que pone sus huevos y se marcha volando. Mi ministerio ha consistido en enseñar teología y, más recientemente, escribir para distintas publicaciones jesuitas y para los Servicios Sociales Jesuitas.

No obstante, en los últimos treinta años he estado ofreciendo gran parte de mi tiempo libre a – y pensando mucho sobre– personas que buscan refugio frente a la persecución. Los tres veranos que pasé en campos de refugiados camboyanos en la frontera tailandesa en los primeros tiempos del Servicio Jesuita a Refugiados me conmovieron hondamente. Hoy veo que mi decisión de acudir allí estuvo guiada por el Espíritu. Mi propio espíritu estaba en aquel entonces un poco hastiado, y en esos campos encontré renovación. Fui a ellos pensando que las ideas eran importantes y que esas buenas ideas resolverían los problemas de las personas. Allí me percaté de que son las personas quienes importan y de que compartir con ellas sus vidas –con todos sus problemas– podría ayudarles a ser dueños de éstas.



En los campos de refugiados reinaba la tranquilidad de día; por la noche, se convertían en lugares infernales. Pero me impresionaba menos la penuria de los refugiados que su resiliencia. Por ejemplo, los enfermeros y enfermeras jóvenes con camisas o blusas blancas y pantalones arrugados que trabajaban sobre suelos de tierra roja. O el hombre que, tras almorzar un sencillo plato de arroz, recogía los restos de comida de la mesa y los tiraba fuera de la choza; o la mujer madre de seis hijos que juntaba un grupo de chicas para formarlas como trabajadoras sociales. Todos ellos y ellas hablaban de coraje y esperanza. Fui a los campos a transmitir mi sabiduría, y recibí mucho más de lo que di: tanto de los propios refugiados como de los generosos y jóvenes voluntarios que los atendían.

Los programas educativos y sociales en el campo tenían gran valor. Trataban de dar respuesta a la principal preocupación de los refugiados jemer: sus hijos. Sin embargo, las iniciativas jesuitas que más me impresionaron tenían que ver con el acompañamiento personal. El P. Pierre Ceyrac se entregaba en cuerpo y alma a aquellas personas; la pena y el amor que sentía por ellos se expresaban en su rostro cuando se dirigía a toda prisa hacia el campo en su abollado utilitario mientras caían las bombas y otros trabajadores se marchaban. La experiencia de amor y fidelidad semejantes después de los años de Pol Pot, marcados por la crueldad y la traición, contribuyeron a restaurar la fe de aquellas personas en la humanidad.

Asimismo, me enseñaron a valorar la constancia. Varias personas, yo incluido, entrábamos en y salíamos de sus vidas, pero ellos no tenían más remedio que vivir durante muchos años en los campos. Así, cuando regresé a Australia, quería ser constante. He tenido el privilegio de ser, desde aquella época, capellán de las comunidades católicas camboyanas y laosianas en el país. También he podido reflexionar en mis escritos sobre asuntos relacionados con los refugiados. De las comunidades de refugiados aprendí el valor de la hospitalidad, y siempre he disfrutado de que personas recién llegadas entablen amistad con los jesuitas y con la comunidad australiana en general.

Todavía soy capellán a tiempo parcial en un centro de detención de inmigrantes donde son reclusos muchos solicitantes de asilo. Ésta es para mí una tarea privilegiada, pero dura, y constantemente me percato de nuevos niveles de incompetencia en mí. Lucho por encontrar la palabra justa, el silencio justo, el nombre adecuado. Las personas llegan llenas de

vitalidad y energía después de haber tomado la decisión más importante de sus vidas y de haber realizado el viaje más peligroso que jamás harán. Al cabo de seis meses, se les vidrian los ojos y permanecen despiertas toda la noche para conjurar el miedo, la vergüenza que sienten por ser incapaces de ayudar a sus familias, sus traumáticos recuerdos.

En un nivel más profundo, el trabajo es duro porque estoy allí como representante no sólo de la Iglesia que les da la bienvenida, sino también del pueblo australiano, que los encierra y quiere expulsarlos. En una ocasión trabajé allí con un amigo que era el capellán protestante. Nuestra



praxis era no bautizar a nadie mientras permaneciera detenido. Porque, estando detenidos, no podían tomar una decisión libre. Pero el Espíritu en ocasiones se salta las reglas de prudencia. Hicimos una excepción bautizando a un iraní que iba a ser repatriado y estábamos seguros de que en su país sería torturado o ejecutado por haberse convertido al cristianismo. Mi conflicto interior se reflejó en los versos de un poema sobre el bautismo.

*Llamado a introducirte a la vida, sacándote del agua,  
sacerdote y carcelero, te envió a la muerte por el agua.*

En mis textos y conferencias sobre refugiados he tratado de mostrar a las personas la realidad humana de las vidas de los refugiados y de invitarlas

a la compasión. Por desgracia, tengo que reconocer mi fracaso. Aunque habrá quienes individualmente se sientan conmovidos por los rostros y experiencias de las personas que demandan protección, la actitud pública hacia ellas ha devenido mucho más hostil de lo que era cuando comencé a escribir al respecto.

Cuando redacto estas líneas, Australia se enfrenta a unas elecciones, y los principales partidos rivalizan para ver quién es capaz de tratar con mayor brutalidad a los solicitantes de asilo. Un partido quiere recurrir a la Armada para obligar a las pateras a regresar a Indonesia; el otro los traslada a campos y tiendas de campaña en Nauru y Papúa-Nueva Guinea. Entre ellos habrá jóvenes, mujeres y niños como los que yo he conocido. Ya hemos visto cómo este trato destruye a las personas.

La brutalidad ofrece rédito electoral porque es popular. En Lampedusa, el papa Francisco habló de la “globalización de la indiferencia”. La indiferencia y la hostilidad brotan del miedo que lo barre todo, incluidas las vidas de las personas que encuentra a su paso.

El reto al que siento que debo hacer frente ahora es personal: cómo gestionar mi indignación, mi tristeza, mi vergüenza y mi impotencia al ver segadas las vidas de personas que me importan sin apartar el rostro ni culpar de todo a nuestros líderes políticos. De lo que se trata es de la solidaridad del corazón que acerca a los excluidos y a quienes los excluyen.

Aquí es donde la oración deviene importante. Los campos camboyanos fueron para mí una escuela de oración. Regresar del campo a casa al final de la tarde me daba el espacio y el tiempo necesarios para recordar las historias, los rostros y los olores del campo y los sentimientos que suscitaban. Las lecturas de Adviento, en particular la evocación que hace Isaías del retorno desde el exilio, encontraban eco en la belleza de los arrozales, verdes y apacibles a la luz del sol poniente. Desde mi infancia, el Espíritu siempre me ha hablado a través de la naturaleza, ya fuera mientras hago senderismo por el monte, paseo por los arrozales después de un día de trabajo en el campo de refugiados o recorro en bicicleta el valle de un arroyo después de visitar el centro de detención. Es un tiempo de gracia, de discernimiento, de dejar que el corazón se reorienta. Así, en el campo de refugiados era natural dar gracias a Dios por las personas que había conocido y rememorar sus rostros, darle gracias también por el don de estar vivo en un mundo tan maravilloso, sufrir junto con aquellos cuyas

vidas habían sido hasta tal extremo torturadas y orar para que también ellos pudieran encontrar un floreciente final a su exilio.

Hacer sitio para introducir a las personas y su dolor en una oración de acción de gracias por el amor que Dios nos tiene y por el encanto del mundo que él ha creado y nos ha prometido es la única manera de conjugar la indignación, la tristeza, la compasión y la realidad del mundo de Dios. Cuando regreso a casa en bicicleta desde el centro de detención por la orilla del río mientras el sol se va poniendo, a veces le presento a Dios los rostros que he visto y las historias que he escuchado. Y también la vergüenza de pertenecer a un pueblo que, en vez de compasión, ofrece a los desesperados nada más que un campo cercado por alambre de púas. Y en ocasiones puedo sentirme agradecido por el don de compartir la vida con las personas –y en el mundo– que Dios ama con tanta constancia.

Reflexionando en este Año Ignaciano sobre la experiencia que he descrito en el presente artículo, puedo ver tanto la necesidad de la conversión a la que somos llamados los jesuitas en este Año Ignaciano, como algunas pequeñas e insuficientes respuestas en mi vida a esa llamada. Experimenté la conversión como un don más que como una acción propia. El tiempo que pasé en el campo de refugiados me enseñó a encontrar el rostro de Cristo en las personas que sufren. Además, me orientó a buscar y encontrar a Dios en la belleza de la naturaleza.

(Original en inglés)



**Andrew Hamilton, SJ** es escritor involucrado en el Sector de Comunicación de la Compañía y en los Servicios Sociales Jesuitas. Sigue siendo capellán ocasional en un centro de detención de inmigrantes y escribe sobre cuestiones relacionadas con los refugiados.



## La alegría del servicio

*Erik John J. Gerilla, SJ*

Ingresé en el noviciado en Manila en 2003. En aquel entonces no tenía ninguna preferencia sobre en qué ministerio me gustaría participar y lo único que esperaba era llegar a ser un día presbítero y terminar en una parroquia. No podía imaginar que los apóstolados a los que fui asignado, siendo novicio y escolástico jesuita, moldearían mi interés y deseo de comprometerme en el apóstolado social durante la mayor parte de mi vida jesuita. El apóstolado social de los jesuitas filipinos cubre un amplio espectro. Además, la Doctrina Social de la Iglesia y otras herramientas que aprendí durante la formación, dieron forma a mi deseo de explorar en mayor profundidad este ministerio, con frecuencia complejo, un apóstolado donde se entreveran gozos y penas.

En cuanto fui ordenado sacerdote, mi primer destino fue justo en el campo de trabajo que había aprendido a amar. Fui enviado a Timor Oriental, donde previamente había pasado unos cuantos buenos años de magisterio. Para esta nueva misión, fui nombrado director de un grupo incipiente, el recién creado Servicio Social Jesuita de Timor Oriental. Cuando tomé las riendas, el grupo puso en marcha algunos pequeños proyectos e identificó áreas de trabajo prioritarias. Toda vez que el grupo ya había realizado cierta planificación y debatido sobre diversos asuntos sociales que afectaban a las distintas comunidades a las que sus miembros servían, me resultó relativamente sencillo realizar una planificación estratégica con éstos. El proceso llevó al equipo a proseguir lo que ya había iniciado, pero centrándose en cuatro cuestiones estratégicas y con un mandato más matizado como ministerio social.

Nuestra principal preocupación como Servicio Social Jesuita es el bienestar de las comunidades a las que servimos en Timor Oriental. Puede parecer que tener esto presente es pan comido. Así y todo, hemos aprendido que, cuando organizamos comunidades y movilizamos todos los recursos a los que logramos tener acceso, a menudo pasamos por alto la consideración crítica de respetar el punto en el que se encuentran las personas y aquello por dónde pueden, de forma realista, empezar. Así, por ejemplo, traté de aplicar lo que sé sobre el enfoque de desarrollo

comunitario basado en activos. Sin embargo, este enfoque se las trae y no resulta fácil de aplicar en el contexto de Timor Oriental, donde casi todo es rudimentario. Pero es fundamental afirmar que estas personas poseen recursos tanto tangibles como intangibles. Ver que su vaso de agua está “medio lleno en vez de medio vacío” es clave para ganarse su confianza y también para que nosotros podamos trabajar de forma más efectiva en lugar de perseguir con excesiva tenacidad objetivos variables.

Nuestros proyectos hidrológicos son el punto de partida en la



organización de las comunidades para un plan integral de desarrollo comunitario. En zonas en las que el acceso a agua potable es deficiente construimos sistemas hídricos sostenibles perforando hoyos para bombas de agua que aprovechen acuíferos subterráneos o sencillamente manantiales superficiales. Puesto que el agua es un recurso vital para la supervivencia, es relativamente fácil solicitar y organizar

la acción comunitaria. El impacto de estos proyectos varía de unas comunidades a otras. Los cambios que estos servicios de agua han introducido en las vidas de las personas pueden tener algún rasgo común en todas las comunidades; pero en cada una de ellas la índole del impacto es, curiosamente, distinta. Por ejemplo, una comunidad construyó más cuartos de baños seguros para las mujeres con objeto de evitar que tengan que bañarse en público en el río. Otra comunidad mejoró la atención sanitaria a los niños en lo que respecta a enfermedades dermatológicas. Asimismo, varias escuelas públicas facilitaron el acceso a agua potable. Y una tercera comunidad amplió las actividades agrícolas cuando hubo

agua disponible para las tierras de cultivo. El mayor impacto de disponer con facilidad de agua limpia y segura se dio en la salud de mujeres, niños y niñas. Además, los niños y las niñas en edad escolar dispusieron de más tiempo para asistir a la escuela en vez de tener que ir a por agua a lugares distantes. Ver estos cambios, grandes o pequeños, reforzó la moral de nuestro quipo para proseguir con la misión y llegar a más comunidades necesitadas.

El mayor reto a la hora de sostener la acción colectiva de estas comunidades a favor del bien común radica en expandir su visión y hacer salir a la luz sus aspiraciones comunes, a pesar de las enormes dificultades que desaniman a sus miembros. Suele ser todo un desafío ayudarles



a soñar lo que les gustaría ver realizado al cabo de cinco o diez años y generar ideas para lograr que así sea. Con frecuencia nos encontramos con personas que, a causa de su constante lucha y su prolongada experiencia de privación, tienen visiones de poco alcance. Suele resultarles difícil imaginar perspectivas de un futuro más brillante. A menudo me hallo en un dilema cuando me enfrento a una compleja red de cuestiones en la que las soluciones rápidas no están dando respuesta a los asuntos más importantes. En estos casos, resulta crucial llevar a cabo un adecuado discernimiento en común. Lo que de verdad ayuda es ofrecer a las comunidades una base espiritual para que sean capaces de ver con los ojos de la fe. Pueden apreciar así más fácilmente que Dios crea, sostiene y transforma de continuo la totalidad de la creación; y a recuperar su

confianza en la intervención divina –en apariencia lenta, pero palpable– en la historia de su vida. Yo también me descubro a mí mismo discerniendo y escuchando las mociones del Espíritu. Con frecuencia he dudado de si nuestro equipo puede mover los corazones de las personas alejándolos de la indiferencia, los motivos egoístas y la escasa consideración por el bien común. Pero Dios sigue inspirándonos a mantener la esperanza pese a los múltiples obstáculos que prácticamente insensibilizan a la gente a causa de la prolongada inaccesibilidad de agua potable.

En los pocos años que llevo comprometido en el apostolado social, sobre todo en el contexto de Timor Oriental, he aprendido que uno, durante su tiempo de vida, puede plantar semillas y cuidar las plantas que nazcan de ellas; las generaciones futuras recogerán la cosecha a su debido tiempo. Por consiguiente, estamos llamado a ser más pacientes con este, en cierto modo, lento ministerio. La paciencia puede hacer que aflore lo peor o lo mejor de nosotros. Tener gran confianza en el ritmo lento de transformación de las comunidades puede brindarnos una más amplia y honda apreciación de nuestros esfuerzos. Cuando celebramos el don de la conversión de Ignacio en este Año Ignaciano, no puedo por menos de recordar los años de espera y de paciente acompañamiento de personas sufrientes, la época en la que no podíamos siquiera sospechar que estábamos a punto de alcanzar los indicadores de impacto que nos habíamos propuesto como objetivo. No hay solución rápida para asuntos sociales complejos. Nuestros mejores esfuerzos por englobar todos los posibles impactos de facilitar a una comunidad acceso al agua potable se quedarán siempre cortos en comparación con las inmensas posibilidades que ello abre a las vidas individuales.

Servir a quienes sufren es una gran fuente de alegría. La sonrisa en sus rostros y su entusiasmo son tan conmovedores que nos hacen más apasionados en nuestro trabajo. Cometemos errores, pero nos recuperamos de ellos, porque aprender cosas nuevas abre puertas y nos motiva aún más a ser portadores de esperanza. Ésta viene con la confianza de que hemos hecho algo, no importa cuán insignificante parezca ser. Algo que hemos aprendido y a lo que continuamos aferrándonos es que, si hoy servimos a las personas con corazones rebosantes de alegría, el futuro es prometedor. Por supuesto, hay todavía luchas y retos inquietantes que

afrontar, pero el gozo de ayudar a estas personas pesa mucho más, aun cuando alberguemos dudas.

(Original en inglés)



**Erik John J. Gerilla, SJ** entró en la Compañía de Jesús en 2003. Cuando fue ordenado en 2014 fue enviado a Timor Leste y se le confió la misión del Servicio Social Jesuita - Timor Leste como Director Ejecutivo. También se convirtió en el Tesorero de la Región de Timor-Leste y actualmente sirve como párroco en un pueblo remoto de Railaco.”

## El poder de hacer buenas elecciones

*Gabriel Lamug-Nañawa, SJ*

El Programa de Ecología del Servicio Jesuita de Camboya comenzó en enero de 2013, y nuestro primer proyecto consistió en construir un vivero para cultivar árboles de madera noble autóctonos. Fue nuestra respuesta directa a la extendida deforestación y al declive de algunas especies de árboles fundamentales en Camboya. Buscamos socios para este emprendimiento y juntos plantamos y cuidamos árboles autóctonos en escuelas públicas, pagodas budistas, terrenos de la Iglesia católica y en áreas protegidas. Trabajar con comunidades locales para mejorar sus bosques tuvo diversos beneficios, incluida la aportación de nuestro granito de arena a la lucha contra el cambio climático, por cuanto los ecosistemas forestales sanos también absorben y retienen dióxido de carbono. Sin embargo, comenzamos a darnos cuenta de que así como estábamos esforzándonos, de una parte, por capturar dióxido de carbono, así también estábamos contribuyendo, de otra, a emitirlo a la atmósfera. Teníamos la sensación de que la forma en la que accedíamos a la energía –por ejemplo, la electricidad que usábamos en nuestra oficina– estaba en contradicción con nuestros esfuerzos en pro de la conservación de los bosques y la absorción de dióxido de carbono. Nos sentíamos obligados a dar un golpe de timón.

Así, en marzo de 2015 instalamos en nuestra oficina de Nom Pen un sistema de energía solar para cubrir las necesidades eléctricas de toda la oficina. Con solo tres ordenadores, una impresora, tres ventiladores, un par de luces para poder trabajar una vez oscurecido y la carga periódica de teléfonos y otros aparatos, no era una oficina inmensa. No obstante, decidimos desconectar nuestra línea eléctrica del edificio principal y tratar de ser en adelante por completo dependientes de la radiación solar.

Al cabo de dos años de depender del sol para la satisfacción de nuestras necesidades eléctricas, en marzo de 2017 informamos de que había sido una experiencia muy positiva para nosotros. He aquí algunas lecciones que hemos aprendido por el camino.

En primer lugar, hemos cobrado mayor conciencia de la situación

energética del país y de cuáles son las principales fuentes de electricidad que empleamos. Hemos aprendido que la capital del país, Nom Pen, consume alrededor del 90 % del total de la electricidad que se produce en Camboya, dejando solo el 10 % para el resto del país. Esta distribución está sin duda sesgada, dado que aproximadamente el 80 % de la población total de 16 millones vive en zonas rurales.

En la actualidad, las principales fuentes de energía de Camboya derivan de combustibles fósiles. Hasta 2011, el 90 % de la electricidad era producido por generadores diésel, un proceso ineficiente que emite a la atmósfera gases de efecto invernadero como el dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) y el óxido nitroso (N<sub>2</sub>O). Toda vez que el desarrollo económico de estos últimos años ha ido acompañado de mayores demandas energéticas, la energía



hidráulica y el carbón han entrado a formar parte del surtido (o mix) de fuentes energéticas. Así, en 2015 los generadores diésel proporcionaron tan solo el 5 % del consumo total de electricidad en Camboya, y las presas hidroeléctricas (43 %) y el carbón (51 %) pasaron a ser las principales fuentes energéticas. Sin embargo, el aumento del uso del carbón se tradujo en emisiones de CO<sub>2</sub> mayores que las de los generadores diésel.

Además, puesto que Camboya depende también en alto grado de combustibles importados, el precio de la electricidad resultante, alrededor de 0,21 US\$/kWh en Nom Pen, es uno de los más elevados en la región y en el mundo. En comparación, el coste de la electricidad es de 0,10 US\$ /

kWh en los Estados Unidos, 0,15 US\$/kWh en el Reino Unido y 0,19 US\$/kWh en Alemania.

Saber de dónde procede nuestra energía y cómo se produce nos hace estar mejor informados y nos habilita para responder de forma más apropiada a la situación.

La segunda lección aprendida fue descubrir qué aparatos de la oficina eran los que menos energía consumían y cuáles los que más. Por ejemplo, nos dimos cuenta de que los ordenadores portátiles utilizaban por regla general menos energía que los fijos. Un portátil con pantalla de catorce o quince pulgadas suele consumir 60 vatios cuando está activo y 20 cuando está en reposo, mientras que un fijo de tipo medio requiere entre 200 y 300 vatios cuando está en uso y 60 cuando está en espera. Los portátiles consumen, pues, alrededor del 80 % menos de electricidad que los fijos.

Por lo que respecta a la iluminación, la opción más eficiente y duradera en la actualidad son las bombillas LED (siglas que en inglés quieren decir diodo emisor de luz). Por ejemplo, para irradiar los mismos lúmenes (es decir, la cantidad total de luz emitida por una fuente), pongamos por caso 800, una bombilla incandescente consume 60 vatios y dura unas 750 horas; una bombilla CFL (lámpara fluorescente compacta) consume 14 vatios y dura 10 000 horas; y una LED consume 12 vatios y dura más de 50 000 horas. Así, las bombillas LED son las que más duran y menos energía consumen. Además, las bombillas CFL con bastante peligrosas, ya que sus tubos contienen vapor de mercurio tóxico, que se libera si la bombilla se rompe.

También decidimos prescindir de nuestro dispensador de agua caliente y fría, que gasta él solo 550 vatios. Aunque esto implicó dejar de tener fácil acceso en la oficina a bebidas frías o té caliente, asumimos con alegría este pequeño sacrificio para seguir usando energía solar y reducir la cantidad de CO<sub>2</sub> que emitimos a la atmósfera.

Cobrar mayor conciencia de los diferentes consumos energéticos de los aparatos y dispositivos que todos utilizamos significa que podemos controlar mejor la cantidad total de energía que consumimos. Por desgracia, no podemos gestionar lo que no somos capaces de medir.

La tercera lección que nos enseñó el depender de la energía solar y no estar conectados a la red nacional, aparte de no contribuir a la emisión



de gases de efecto invernadero, fue que nos sentimos capaces de dar un paso más en el establecimiento de unas relaciones más adecuadas con la creación. Nuestro trabajo de reforestación y de educación medioambiental o, en general, nuestro trabajo a favor de la creación estaba siendo alimentado desde el punto de vista energético por la creación misma, sin los residuos destructivos asociados a la emisión de CO<sub>2</sub>. Este ciclo hizo que nos sintiéramos más integrados con todos los demás seres, englobados e incluidos en la intrincada red de dependencias que todos los seres compartimos. La fuente de energía para nuestras actividades



era benigna, y resultaba grato saber que no estábamos contribuyendo a la crisis climática, ni causando más daño a la Tierra.

También creíamos que nuestra dependencia del sol tenía valor profético y que de algún modo iluminaba otras posibilidades. De hecho, hace poco nos alegró escuchar que Banteay Prieb, la escuela de formación profesional que los jesuitas tenemos en Camboya para personas con discapacidad, también había decidido pasarse por completo a la energía solar.

Comprendemos que no todo el mundo opte por la energía solar. Pero existen otras innumerables formas en las que individuos e instituciones pueden cuidar de la creación. El magis de san Ignacio nos recuerda que siempre hay una opción mejor, una elección más respetuosa y amable que puede llevarnos hacia una mayor armonía y reconciliación con todos nuestros prójimos, humanos y no humanos. Este es un poder nuestro, dado por Dios. Ojalá no lo desperdiciemos.

Se han producido numerosos cambios en el Programa de Ecología y en Camboya desde 2017. Aunque ha cambiado de lugar, nuestra oficina sigue alimentándose en exclusiva de energía solar; tampoco ha cesado nuestro trabajo de apoyo a las comunidades locales, en especial a las minorías indígenas, en la protección de los bosques. Los principios de Laudato sí siguen proporcionándonos guía e inspiración.

Durante este año Ignaciano, la Conferencia Jesuita de Asia Pacífico ha puesto en marcha su proyecto bandera: «Cuidar las Comunidades y la Creación», para fomentar la conversión ecológica a la hora de abordar los asuntos relacionados con la pobreza y la ecología. Este proyecto tiene tres ramas: energía, jóvenes y espiritualidad, comunidades locales. En lo que concierne a la energía, el objetivo es la descarbonización, es decir, el alejamiento de la economía basada en el carbono, reduciendo el consumo de combustibles fósiles en un 50 % para 2030. Ello solo se podrá lograr sustituyendo las fuentes de energía actuales por otras más limpias y reduciendo el consumo energético. Esto es importante, porque la región de Asia Pacífico fue responsable en 2019 de aproximadamente la mitad de las emisiones globales de CO2 procedentes del uso de la energía y se espera que represente casi dos tercios del crecimiento de la demanda global de energía a lo largo de las dos próximas décadas, según señaló la Agencia Internacional de la Energía en su World Energy Outlook 2020.

A medida que la crisis climática se despliega, somos llamados a cuidar con más esmero la creación de Dios, incluidos todos nuestros hermanos y hermanas, en esta generación y las venideras. Descarbonizar y reducir nuestro consumo de energía son intervenciones en las que todas nuestras comunidades e instituciones pueden comprometerse. Es una llamada urgente, un grito de la Tierra y de los pobres que reclama una respuesta generosa de todos nosotros.

(Original en inglés)

**Gabriel Lamug-Nañawa, SJ** es un sacerdote jesuita de la provincia de Filipinas. Antes de su actual misión como Asistente Provincial para la Justicia Ecológica, trabajó en el apostolado social como Coordinador de Reconciliación con la Creación, JCA; Coordinador Nacional del Servicio Jesuita de Camboya (JSC) y Coordinador del Programa de Ecología, JSC.



## Ser “universal”, ser un rostro compasivo de Dios para todos los suyos

*Girish Santiago, SJ*

Cuando empiezo a escribir mi testimonio, experimento un intenso sentimiento de “universalidad”. Aunque ingresé en la provincia jesuita de Gujarat hace muchos años, ahora pertenezco a la región dependiente de Myanmar (MYN), que es parte de la provincia de las Filipinas. Durante diecinueve años me dediqué como presbítero en cuerpo y alma a los servicios socio-pastorales en Gujarat (India). Durante todo ese tiempo estuve plenamente comprometido en los ministerios pastorales y sociales, en especial en los servicios educativos inclusivos para personas con discapacidades de todo tipo y categoría. “Capacitar al discapacitado” ha sido mi lema. Los pobres, los huérfanos, las viudas, las mujeres embarazadas, los desfavorecidos y los discapacitados fueron parte de mi misión humanitaria y compasiva en la tierra acérrimamente hindutva –o sea, proclive al fundamentalismo hinduista– de Gujarat (India). Este era mi modo de llevar a cabo la nueva evangelización: ¡imitar a Jesús y ser la persona de los anawim!

En 2016 decidí ir como “misionero” desde Gujarat a Myanmar. De hecho, Myanmar no era un país extraño para mí. Probablemente fue como volver a casa. Mis padres nacieron allí, en Pyapon, en el Bajo Myanmar. Fueron bautizados, contrajeron matrimonio y tuvieron tres hijos. Debido a la inestabilidad política y a una inquietante situación en lo que entonces



se llamaba Birmania, abandonaron el país en 1964. Algunos de nuestros parientes siguen viviendo allí; pero mi familia marchó a una tierra desconocida, Tamil Nadu, en la India, donde nacimos mi hermano pequeño y yo. Éramos desplazados. Al cabo de 49 años, encontré a muchos de mis parientes en Yangon y me encantó el reencuentro. ¡Qué gran alegría poder vivir semejante experiencia de reunión!

Durante cuatro años fui subdirector del St. Luke's College, un centro de formación socio-pastoral en Myitkyina, ciudad que pertenece al estado de Kachin, en el Alto Myanmar. Es una de nuestras iniciativas socio-pastorales y prepara a jóvenes de ambos sexos para ser ministros socio-pastorales y líderes comunitarios laicos de frontera en sus respectivas diócesis del norte de Myanmar. Tenemos un centro de estudios jesuita para formar catequéticamente a líderes comunitarios. Aquí también transmitimos a jóvenes estudiantes, varones y mujeres de diversas confesiones cristianas y grupos basados en la fe, habilidades para la vida con objeto de ayudarles a convertirse en varones y mujeres para otros como parte del ejercicio de construcción de la nación. En todo lo que hago me esfuerzo por ser una persona para los demás. Además de las actividades docentes, el personal y los estudiantes son motivados para –y dirigidos en– el acompañamiento de los marginados de nuestra sociedad, sobre todo de las personas desplazadas internas, que desde 2011 llevan sufriendo mucho en diversos campos debido a la guerra civil. La guerra prosigue incluso ahora. La dictadura se ha apropiado del poder político de la democracia. Continúan las protestas contra este régimen. Debido a todo esto, la paz está en peligro. En este contexto, nuestras intervenciones son un movimiento hacia la reconciliación y la paz.

Como misionero precursor en el Alto Myanmar, desempeñé un papel importante dando testimonio, actualizando y propagando el aspecto socio-pastoral de los Ejercicios Espirituales entre los jóvenes, los excluidos, el clero secular y los religiosos. Sinceramente, ¡merece la pena ser parte de una misión así para vivir el gozo del Evangelio! Con profundo discernimiento, hemos elaborado un plan apostólico para el decenio 2020-2030. De aquí en adelante, el tiempo revelará el acierto o no de nuestras iniciativas, intervenciones y compromisos en el contexto de Myanmar. Con gran celo hemos planificado continuar e incluso intensificar el acompañamiento de personas del mundo rural y urbano –por ejemplo, desplazados internos, pobres, marginados, excluidos (desfavorecidos) y discapacitados– a través

de diversos programas participativos concretos en esta época de crisis ocasionadas por la covid-19 y los golpes de Estado.

Quiero destacar ahora dos importantes experiencias en las que sentí la presencia, el apoyo y el amor de Dios en mi trayectoria en el apostolado social, pero también cierta desolación.

Primero, después de mi ordenación en 1997, cuatro días a la semana visitaba de manera regular diversas aldeas para llevar a cabo mi ministerio pastoral. Durante una de estas visitas, en 1998 vi a un grupo de personas



con discapacidades que, a pesar de que tenían dificultades para caminar, se arrastraban para acercarse a mí y saludarme. Esto me conmovió en mi interior y sentí la llamada de Dios a hacer algo por ellas, una llamada englobada en la llamada a mi ministerio pastoral. Sentí que Dios me llamaba a acompañar a todo su pueblo. Darle cuenta de ello cambió por completo mi enfoque pastoral. La mera presencia de los pobres me retó a ser pobre y a caminar con los pobres y necesitados. En todos estos encuentros experimenté intensamente la presencia de Dios. ¡Sentí la necesidad de acompañar a todo el mundo de la manera en que Jesús acompañó a los anawim de su época! A causa de este enfoque de mi ministerio, la Iglesia y la provincia jesuita, así como el gobierno estatal de Gujarat y el gobierno federal de la India, apoyaron en gran medida nuestros compromisos

sociopastorales. Todos vieron nuestro planteamiento como un intento de cuidar compasivamente de la nación.

Mi segunda experiencia fue en Myitkyina (Myanmar). La dolorosa situación vital de las personas en los campos de desplazados internos en Myitkyina, en el estado de Kachin, en el Alto Myanmar, me conmocionó. Un domingo, mientras celebraba la eucaristía para estas personas, me entrecorté al saludarles: “El Señor esté con vosotros”. Me vino a la cabeza la pregunta: “¿Creo de verdad que el Señor está con ellos?”. Al final de la eucaristía, cuando vi lo generosos que habían sido con sus donativos, me persuadí, a pesar de mi incredulidad, de que el Señor estaba con ellos. Me pregunté: “¿Qué les hace ser tan generosos pese a las penalidades que sufren en los campos?”. Me sentí interpelado a hacer algo por los niños pobres y desplazados internos de nuestro barrio. Sentí intensamente que Dios me estaba llamado a no permanecer en el campus del centro superior de estudios, sino a acompañar también a las personas necesitadas fuera de él. Así, en la actualidad, además de prestar nuestros servicios en el campus, también fuera de él atendemos a pobres, desplazados internos, viudas, huérfanos y personas con discapacidades. Los participantes fueron generosos en sus donativos.

En ambos lugares, mi desolación ha sido recibir muchas críticas de unos cuantos clérigos seculares y religiosos anquilosados. Cuando las personas no son capaces de reconocer las obras dinámicas de Dios para su pueblo, me asalta la desolación y me planteé preguntas fundamentales: “¿Por qué es Dios de esta manera?”.

Por último, le estoy agradecido a Dios por una cosa. Ha hecho que me percate de que soy su rostro bondadoso y compasivo para todos los suyos en todos los momentos y lugares.

(Original en inglés)

**Girish Santiago, SJ** es un jesuita de la provincia de Gujarat, en la India. Tras 19 años como sacerdote inmerso en los servicios sociopastorales en la India, optó por ir a Myanmar como “misionero” desde Gujarat en 2016. Durante cuatro años, ejerció como director asociado en el St. Luke’s College. Es un misionero pionero en la región del alto Myanmar.



## Una noche de confluencia llena de gracia

*Jojo M. Fung, SJ*

Era sábado por la noche, una noche para la Propagación de la Oración por la Paz. Estábamos realizando un paseo oracional nocturno por las calles de Geylang (Singapur) en las que mujeres migrantes y víctimas de la trata aguardaban clientes. El paseo nocturno era una iniciativa de las franciscanas misioneras de María, respaldada por la Asociación de Superiores Mayores de Malasia, Singapur y Brunéi, para responder a los asuntos candentes de la migración y la trata de personas, una forma moderna de esclavitud.

La velada comenzó con una paraliturgia en la que experimentamos una confluencia de mentes y corazones impregnada de la gracia divina. Un grupo de dieciséis personas –profesionales, religiosas, religiosos y sacerdotes, unos jóvenes, otros con más experiencia, vinculados a las franciscanas misioneras de María, hermanas del Buen Pastor, la orden de los franciscanos y los jesuitas– estábamos cómodamente sentados alrededor de una mesa. Hicimos una breve pausa para reflexionar sobre la oración introductoria y compartir impresiones.

La intervención de Mal encontró eco en muchos de nosotros. Mal es una joven profesional que colabora en el Ministerio de Sociedad y Familia. “La mayoría de mis amigos estarían de discoteca y de fiesta en una noche de sábado como esta”. Y tras reírse, añadió: “Y me exhortan a disfrutar de la vida”. Y luego concluyó: “Pero mis padres me apoyan. Yo también tengo una vida, y quiero disfrutar dando y compartiendo el amor incondicional de Dios con estas mujeres de las calles de Geylang”. Mal comparte sus experiencias con sus amigos y amigas instándolos a ver los lados heridos de estas muchachas dedicadas al negocio del sexo. Su deseo es que vengan más jóvenes y vean y que sean “seducidos” por Dios a participar en paseos como el de esa noche, llenos de consolación, deleite y, sobre todo, sorpresas.

También otros miembros del grupo compartieron sus pensamientos: “Desde que me incorporé a la Propagación de la Oración por la Paz hace un año, he perseverado en las preguntas y en la búsqueda y siento que estoy aprendiendo una forma de ver las cosas que enriquece mi vida de franciscano”. “Desde que mi congregación nos invitó a plasmar

la proximidad a los pobres en el ministerio de fin de semana, me siento impelida a regresar a los márgenes, a encontrar a Dios en estas muchachas obligadas a ser parte de este negocio explotador". "Vine porque fui invitado y me quedé tan conmovido que he querido vivir de nuevo la experiencia".

Cuando comenzó el paseo por la paz, sentí en mí una ambivalencia afectiva: una cierta resonancia con las escenas en los márgenes de las que éramos testigos, debido a los largos años de inmersión; y sin embargo, una total disonancia con las escenas de proxenetas y de mujeres jóvenes ligeras de ropas comercializándose a sí mismas. Caminábamos en pequeños grupos formados por tres mujeres y un hombre. De cuando en cuando nos deteníamos para conversar con algunas chicas. Intercambiábamos con ellas apretones de mano y abrazos y les ofrecíamos paquetes con dulces, bocadillos y un refresco. Deslizábamos en sus manos una tarjeta con nuestro número de teléfono por si querían llamar a los miembros del Paseo por la Paz y solicitar ayuda.

Una repentina redada de las patrullas antivicio hizo que, durante la parte final del paseo, corriera por los callejones un cierto aire de pánico. De súbito, las mujeres que desfilaban por las calles se escondieron a toda prisa en las casas, y los proxenetas se apresuraron a cerrar con llave las entradas principales. Aquellas mujeres eran tratadas como bienes "mercantilizados y monetizados" en un tenderete, mostradas sólo con fines de exposición y ocultados a la vista durante la batida. Es una visión humillante, deshumanizadora y angustiada que inunda de pena mi corazón.

Hablando desde la bondad de su corazón, un anciano proxeneta singapurense de origen chino compartió sus pensamientos: "Esto va más allá del llamamiento a hacer el bien. Tenemos que hacer lo que sea para aliviar el sufrimiento de estas mujeres. La pobreza en sus países las ha empujado a esto. Ganan tan poco que hasta tienen que compartir una botella de agua entre cuatro o seis de ellas. Sus vidas son absolutamente miserables".

Por otra parte, la noche estuvo salpicada por dos sorprendentes momentos de "irrupción" de Dios, que se han convertido en mi "experiencia bala de cañón", pues ambos incidentes transformaron mi perspectiva de la presencia encarnada de Dios como Espíritu cósmico.

Al recibir con sincera gratitud el paquete de ricas viandas, una mujer singapurense de origen indio se levantó de su silla, nos tomó de la mano a



dos de nosotros y pronunció una fervorosa oración de bendición: “Benditos todos los hermanos y hermanas cristianos que nos traen el Espíritu Santo. Oh, Espíritu Santo, colma sus corazones, bendícelos mientras recorren las calles y ofrecen los dones de amor esta noche”. La “misión a las mujeres de la calle” se había trocado en una misión al revés. Aquella mujer reivindicó su dignidad y su derecho como hindú a derramar las bendiciones divinas sobre nosotros. Nos contó que había leído la Biblia entera salvo el libro del Apocalipsis. Honestamente, Dios me sorprendió a través de esta mujer que respondió a manos llenas a la generosidad de los “propagadores” de la Oración por la Paz. Los dadores de dones nos habíamos convertido en receptores de las bendiciones de quienes viven en el margen de la



sociedad. Este momento devino “teofánico”, puesto que Dios se manifestó en este encuentro inopinado en los márgenes y abrió mi corazón a la experiencia del poder del Espíritu Santo, emergente desde los intersticios de la sociedad a través de las bendiciones de una mujer hindú. En efecto, Dios es un espíritu cósmico y está plenamente vivo en todas las personas fuera también de los confines del cristianismo y, con mayor razón aún, en toda oración auténtica inspirada por el Espíritu divino. Dios está, de hecho, vivo y activo en todo lo que existe en el cosmos y, en no menor medida, en el mundo de rutilantes luces de neón en medio de los oscuros callejones en los que estas mujeres terminan siendo mercancías monetizadas que se

venden en el mercado del hedonismo.

En otra calle en la que las mujeres eran chinas, una de ellas pidió un segundo paquete de comida. Cuando se lo dimos, preguntó: “¿Puedo ofrecerles una bebida fría?”. Respondimos: “Claro que sí”, y la mujer resplandecía de gozo cuando nos pasó la botella. Indudablemente se produjo una confluencia, un flujo de alegría entre ella y nosotros. A través de estos encuentros, las mujeres liberaron en nuestros corazones una capacidad latente de corresponder plenamente con regocijo. Trabajamos una breve conversación que terminó con reconfortantes abrazos para las mujeres de la Oración por la Paz. Este gesto afirmó su inherente dignidad como mujeres que han padecido tanto la estigmatización social como la violencia del mal sistémico que es la trata de blancas. Este fue otro “momento teofánico”. Esa misma noche me percaté de cómo Dios me había garantizado que estaba “irrumpiendo” a través de estas mujeres víctimas de la trata de blancas. En medio de las condiciones brutales y hedonistas de la “mercantilización humana” en las calles del moderno, pero terrible envés de Singapur, estas mujeres habían reafirmado su inalienable dignidad humana con una profunda conciencia de la gracia. Y habían revelado su inherente capacidad de corresponder al Espíritu cósmico de Dios que las sostiene a ellas y sostiene a la creación.

Este ministerio periódico tiene gran potencial. Muchos han venido y visto; unos cuantos han permanecido y otros no han vuelto. Geylang ha sido para mí un espacio privilegiado donde los “propagadores” experimentan periódicamente a Dios, quien se encarnó en un pesebre y creció humanamente hasta convertirse en un adulto, sólo para ser más tarde rechazado por la sociedad a causa de su radical mensaje sobre el reino de Dios, que sacude todas las fronteras. El reino de Dios que anunció no era sino compasión, justicia y misericordia humanas, un estilo afable de vida desde el amor a Dios y al prójimo. Las calles de Geylang son parte del “teatro cósmico”. A mi Dios lo encuentro en estas calles. Jesús, quien en su día salió al encuentro de quienes vivían en los márgenes, sigue acercándose incluso hoy en día a los seres humanos vulnerables. En este teatro cósmico encuentro a Dios escuchando los gritos de estas personas en demanda de justicia, gritos que forman parte integral de los gritos de la Tierra herida

y constituyen tanto el polvo cósmico de estrellas como el polvo terreno de nuestra oikos.

(Original en inglés)



**Jojo M. Fung, SJ** es un jesuita de la región de Malasia Singapur. Es profesor asistente de teología sistemática en la Escuela de Teología Loyola de Filipinas.

## ‘Ver nuevas todas las cosas en Cristo’

*Srta. Vilaiwan Phokthavi*

Quinto centenario de la conversión de san Ignacio bajo el lema “ver nuevas todas las cosas en Cristo”. El aniversario ignaciano nos permite asomarnos con gratitud a los “momentos bala de cañón” de nuestras vidas. Recuerdo mi primera visita con el P. Olivier al hospital de la cárcel de Klong Perm en abril de 2009 (dos meses antes de empezar ese junio a dedicarme a tiempo completo al ministerio de prisiones). Nos acercábamos a cada uno de los presos allí ingresados y les dábamos algunas cosas, por ejemplo, productos de higiene y galletas. Pensé que íbamos demasiado deprisa y me pregunté cómo podríamos hacerlo mejor.

Entonces, vi a un hombre muy enfermo que tenía un aspecto terrible, con el estómago hinchado como un globo gigante a punto de estallar. Me alejé de él deprisa, haciendo como que no lo había visto y tratando de eludir su cama en aquella sala grande acercándome a otro paciente de aspecto no tan espantoso.

Mientras estaba junto a ese otro paciente, vi que el P. Olivier se detenía más tiempo de lo habitual con aquel hombre tan enfermo. Lo tocó de



un modo muy afectuoso; luego, me llamó para que me acercara a ellos. Hum... Dudé unos instantes, pero no tenía más remedio que ir. Cuando llegué junto a la cama, el P. Olivier tomó mi mano firmemente; quería que permaneciera allí con ellos. Cuando por fin fui capaz de mirar con atención a aquel hombre, poco a poco empecé a verlo con los ojos del corazón. Vi como de sus ojos brotaban lágrimas. En ese momento entendí lo valiosos que eran para mí esos pocos minutos: el P. Olivier, el preso enfermo y yo, los tres éramos uno en el amor de Dios. ¡También él estaba allí!

El P. Olivier se dirigió luego a otra cama, pero yo me quedé un poco más con aquel hombre. Lo toqué y supe que lo amaba. En silencio, le pedí perdón por haberle tenido miedo. Ahora ya no parecía feo; en vez de ello, vi a un gran hombre. El P. Olivier iba a dejar esta misión, y yo recogía el testigo.

Como ya he dicho, esta experiencia ocurrió al comienzo de mi compromiso con el ministerio de prisiones. Es una llamada extraordinaria... "No temas; estoy contigo"... "VEN, SÍGUEME"... La experiencia confirmó que quiero y puedo realizar este trabajo con plena confianza.

El testimonio anterior lo escribí hace más de diez años, en el hospital de la cárcel de Klong Perm, cuando estaba a punto de reemplazar al P. Olivier Morin, S.J. en el ministerio de prisiones. Esa fue una "experiencia bala de cañón" que me enseñó a no tener miedo: "VEN, SÍGUEME", "no temas". Podemos vencer con gran alegría todas las dificultades. Esto me infunde coraje, me hace ser valiente. Confiamos en Cristo.

Ahora trabajo y vivo en la Granja Emaús, en la provincia de Chiang Mai (Tailandia). Se trata de una granja de trabajo y de un hogar para la comunidad Granja Emaús; alberga además la oficina del ministerio jesuita de prisiones en la provincia de Chiang Mai. Es aquí donde exconvictos, jóvenes y otros visitantes pueden reconocer a "Dios con nosotros" cuidando unos de otros y siendo alimentados unos por otros, cuidando y siendo alimentados por la Tierra, nuestra casa común.

¡Acoger a expresos en nuestra casa y vivir con ellos requiere coraje! Pero tenemos ese coraje. Acepté ser fiadora de un preso en libertad condicional, y también acogemos a expresos para que residan con nosotros y podamos compartir con ellos la vida. Una vez que cruzamos la barrera del miedo, la experiencia resulta ser un auténtico don para todos nosotros. Nos divertimos mucho con amigos asombrosos.

El Espíritu Santo proporciona el FUEGO: el fuego en mí confiere el poder dentro y genera más ideas sencillas junto con la energía para actuar (no solo en los sueños). Además, Jesús el Camino nos enseña a amar, a cuidar de los demás, a escuchar la LLAMADA y a respetar la creación entera. Esto resulta estimulante, y me siento orgullosa y feliz de formar parte de la misión de Dios, nuestro Creador.

Conforme avanza mi vida, quiero escuchar las invitaciones de Dios en cualesquiera proyectos o programas. La guía, que llega por los caminos más diversos, puede ser fascinante y divertida. Mi experiencia de cómo el P. Olivier me llamó y tomó firmemente mi mano para asegurarse de que miraba al prisionero enfermo fue uno de los caminos que usó el Espíritu Santo. ¡En efecto! Eso me dio una idea de cómo el Espíritu se comunica poco a poco. Cuando comparto tiempo en silencio para escuchar, ¡se me concede tanta vida alegre con nuestro Señor, quien nos regala su amor incondicional!

Luego vendrá lo que quiera venir: hay que ser prudentes para identificar y aceptar la misión con alegría.

“Ver nuevas todas las cosas en Cristo” ... ¡Esta frase tiene mucha fuerza cuando miramos y somos capaces de ver! San Ignacio compartió con nosotros la gran experiencia que tuvo cuando vio las cosas con los ojos de Cristo. Recordando el testimonio que antes he reproducido, mis



ojos no eran capaces de ver la belleza del preso... peor aún, lo que veía era repugnante. Solamente cuando el P. Olivier, quien me guio un poco, aun a pesar de mi vacilación, me ayudó a abrir los ojos para ver nuevas todas las cosas en Cristo, vi al preso como una persona encantadora y como uno más de mis hermanos.

Esta experiencia ha hecho que esté alerta y agudice mi sensibilidad para percibirlo todo con un corazón abierto, de modo que no desaproveche la oportunidad de sentir y tocar el milagro de Dios.

(Original en inglés)



**Srta. Vilaiwan Phokthavi** colaboradora laica de los jesuitas en Tailandia, trabaja en la actualidad en la Granja Emaús, una obra de la provincia de Chiang Mai. Colaboró 13 años con la Fundación Jesuita - Ministerio de Prisiones Tailandia y 20 años con el Servicio Jesuita de Refugiado Asia Pacífico.



**JESUITS**

Jesuit Conference of  
Canada and the United States





## Caminar con el Crucificado

*Brian Christopher, SJ*

Deon venía a misa casi a diario, con sus chispeantes y desorbitados ojos y dibujando una gran sonrisa que dejaba entrever sus dientes. Le encantaba especialmente entrar en la iglesia en medio de mi homilía y decir a voz en cuello: “¡Hola, padre!”. Por desgracia, padecía algún tipo de enfermedad mental y circulaban numerosas historias sobre su causa. Algunos decían que había sufrido un colapso nervioso meses atrás cuando murió su madre. Otros contaban que un golpe de machete en una pelea entre adolescentes le había ocasionado daños irreversibles. El caso es que, con independencia de cómo fuera Deon, todos nosotros nos retorcíamos incómodos cuando lo oíamos llegar, pues lo teníamos por un balarrasa y nunca estábamos del todo seguros de qué iba a hacer cuando entrara.

En los diez años que he pasado en la parroquia de San Martín de Porres en Ciudad de Belice, he visto a nuestros parroquianos y sacerdotes crear un espacio acogedor (a veces a regañadientes, como en el caso de Deon) para muchos de nuestros hermanos y hermanas más rotos. Éstos recorren las calles sin familia ni acceso a la asistencia sanitaria. Deon era para nosotros un constante recordatorio de la gran paradoja inscrita en el corazón de Belice: en un país tan colmado de belleza como éste, existen a



la vez profundas desgarraduras y una inquietante conciencia de nuestra impotencia para repararla.

Tal vez fuera ésa la razón por la que Deon me sacaba de mis casillas: me recordaba en demasía mi propia desgarradura e impotencia. La mayor parte de los días sentía la tentación de echarlo de la misa, pero en mi interior sabía que las puertas de las iglesias deben estar abiertas para todo el mundo y, si no, es mejor que permanezcan cerradas. Sin embargo, ninguno de nosotros sabíamos cómo atenderlo ni tampoco cómo controlarlo. Tristemente, sé qué podría decir otro tanto de mi propia desgarradura. También a ésta quiero expulsarla la mayor parte de los días, pero la invitación a la compasión, en vez de la exclusión, retorna una y otra vez.

Luego, en una misa matutina de Cuaresma, el Señor habló inconfundiblemente. Deon entró en la iglesia como solía y subió directamente al altar, que estaba decorado para este tiempo litúrgico con una tela morada y una corona de espinas. Sentándose en el suelo justo delante del altar, ¡Deon se colocó la corona de espinas en la cabeza y sonrió con travieso deleite para que todo el mundo lo viera! Proseguí con la misa como si no pasara nada extraño, pero el mensaje era claro como la luz del día: aquí estaba Jesús, roto e impotente, distrayéndonos pícaramente, bajo la guisa de Deon.

Mateo 25,34-46 es uno de los pasajes más chocantes en los evangelios. Jesús se identifica con los enfermos, los presos, los desgarrados y los pobres. Cuando hicisteis esto por uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. ¡Pero Jesús me agota! ¡A veces me distrae en demasía con sus demandas de atención o ayuda! ¡A veces estoy tan ocupado siendo sacerdote que no tengo tiempo ni energía para responder! Deon nos recuerda la paradoja ínsita en el corazón de nuestra fe: en medio de la desgarradura y la impotencia, tanto nuestras como del mundo, el Crucificado nos llama.

Cuando conocí a Deon, yo dirigía una pequeña ONG llamada Centro para el Desarrollo de Recursos Comunitarios. Facilitábamos formación profesional y colocación laboral a jóvenes de ambos sexos que habían abandonado la escuela. Desde entonces, nuestra comunidad jesuita en Belice ha puesto en marcha ministerios con presos varones y con migrantes en Ciudad de Belice. Iniciamos también un proyecto para ayudar a alumnos

de primaria a superar sus traumas psicológicos, que son abundantísimos, así como programas de alimentación para apoyar a familias que durante la pandemia no llegaban a final de mes. Sin embargo, con independencia de los programas o proyectos en que nos comprometamos para ayudar a nuestros hermanos y hermanas marginados, la llamada que recibo sigue siendo la misma: ¡descubrir el rostro del Cristo crucificado en la realidad de estas personas y permitir que ese mismo Cristo me perturbe, que trastoque todos mis grandes planes!

Para mí, este encuentro sacramental capta la conversión a la que la Compañía de Jesús nos ha llamado en este Año Ignaciano. Más importante que nuestras audaces ideas y que nuestros grandiosos programas, además de fundamental para todos ellos, es la invitación a reconocer la presencia de Cristo y a acogerlo cualquiera que sea la forma que elija para acercarse a nosotros.

No he vuelto a ver a Deon desde los primeros meses de la pandemia, pero me acuerdo de él con frecuencia. Oí decir que su familia extensa se lo llevó de vuelta al pueblo de la familia, porque tenía continuos problemas con la policía por no respetar el confinamiento. Buena parte del trabajo que realizamos en Belice nos sitúa a los pies de la cruz, con toda la incomodidad e impotencia que ello conlleva. Muchos días tiene uno la sensación de que damos dos pasos hacia delante y tres hacia atrás. De continuo me veo confrontado con mi inexperiencia y mi falta de idoneidad para el rol que desempeñó. Sin embargo, hay momentos en los que puedo ver mentalmente a Deon con la corona de espinas en la cabeza; y ello me recuerda, tan a menudo como necesito que se me recuerde, que esto es el reino de Jesús, la obra de Jesús, el pueblo de Jesús. Y entonces mi corazón se colma de gratitud por



el hecho de que Jesús, con su sonrisa pícaro, siempre parece encontrar la forma de llamarme más allá de mí mismo a la luz del día para ver con ojos nuevos todas las cosas.

(Original en inglés)

**Brian Christopher, SJ** es el superior de la comunidad jesuita de Belice. Oriundo de San Luis, Misuri (EE. UU.), ha desempeñado su ministerio en Belice entre 2009 y 2014 y desde 2017 al presente. Aunque son una comunidad pequeña, los jesuitas de Belice dirigen dos parroquias, un instituto de enseñanza, una escuela universitaria, actividades de pastoral penitenciaria, un servicio de asistencia a migrantes y un programa de formación espiritual.

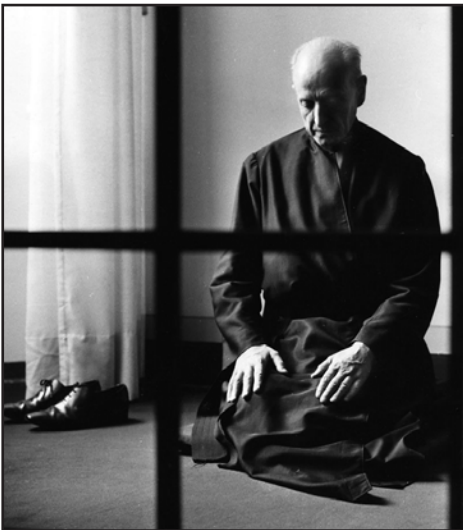


## Un ministerio que transforma la vida

*John Baumann, SJ*

Mi vida como jesuita siguió el patrón habitual de la mayoría de los jesuitas que ingresaron en la Compañía a mitad de la década de 1950. Durante los diez primeros años, la formación fomentó en mí la perspectiva de “ver a Dios en todas las cosas”. Se centraba en las interacciones directas, personales, en un entorno católico en gran medida homogéneo: vivir en una comunidad jesuita y dar clases y entrenar equipos deportivos en un instituto de enseñanza secundaria jesuita.

Si la vida en la Compañía cambió poco para mí durante esos diez años, no puede afirmarse lo mismo del resto del mundo. Ésta fue la época de la reforma y la revolución tanto en el país –los Estados Unidos– como en la Iglesia. El movimiento de derechos civiles, las protestas antibélicas y la libertad de expresión dominaban los titulares de los medios de comunicación. El Vaticano II, que se clausuró en 1965, influyó rápidamente en nuestra comprensión de cómo debía interactuar la Iglesia con la sociedad contemporánea. Al año siguiente, la Compañía de Jesús concluyó su Congregación General 31 y promulgó sus declaraciones sobre la acción social en colaboración con el laicado. Este documento desató la imaginación de muchos jesuitas, incluido yo.



En 1967, el entonces superior general de los jesuitas, el P. Pedro Arrupe, escribió una carta titulada “Relaciones raciales en Estados Unidos” en la que animaba a los jesuitas a responder a la crisis que se vivía en ese terreno con las palabras: “Los jesuitas no podemos permanecer al margen”. Alentado por el compromiso de mi provincia con el ministerio social y espoleado por el Vaticano II y la mencionada congregación

general, aproveché la oportunidad para explorar un apostolado en los ministerios sociales.

Antes de comenzar mi segundo curso de estudios teológicos, en el verano de 1967, viajé a Chicago para asistir al Urban Training Center (Centro de Formación Urbana). El UTC había sido creado en la década de 1960 con la misión de formar a clérigos y laicos para conectar a sus Iglesias con las necesidades críticas de los centros urbanos. Fuimos iniciados en la organización comunitaria y recibimos formación práctica mediante experiencias in situ. Ese verano en Chicago se convirtió en el primer paso, realmente transformador, hacia la aventura que ha sido el resto de mi vida.

Cuando regresé para cursar mi segundo año de teología, mis estudios cobraron vida. La teología dejó de ser una abstracción; se convirtió en concreta y personal. Mi fe se había transformado, y la teología me brindó una manera de reflexionar sobre mi experiencia veraniega, llevando los valores evangélicos a la práctica. Profundicé en mi apreciación del principio ignaciano de que Dios está presente en el mundo y actúa en nuestras vidas. Si creemos verdaderamente que Dios está entre nosotros, ¿cómo podemos permitir que las divisiones basadas en la raza, la etnicidad o la religión generen animosidad, injusticia o violencia? Empecé a comprender mi vocación de jesuita como una vida al servicio de otros trabajando por la justicia y el bien común que brota de la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas. El Espíritu estaba actuando en mí para que buscara un ministerio que empodere a la gente normal y corriente para disfrutar de mayor calidad de vida.

Tras ser ordenado sacerdote en 1969, regresé a Chicago para ampliar mi formación en organización comunitaria. A finales de 1972 me reincorporé a mi provincia. Con el apoyo de ésta, fui de los fundadores de Faith in Action (anteriormente, People Improving Communities through Organizing - PICO; es decir, Personas que, Organizándose, Mejoran Comunidades), una red internacional de organizaciones comunitarias basadas en la fe.

El modelo de Faith in Action (FIA) es transformador. Su centro lo ocupa la fe en el potencial de transformación: de las personas, de las instituciones, de nuestra cultura en conjunto.

El modelo organizativo de FIA se basa en la fe. Existen muchos caminos hacia un mundo más justo, y el organizarse sobre la base de valores y movidos por valores es uno de ellos. Otro camino es, por ejemplo, el

servicio directo, en el que unas personas dan respuesta a las necesidades inmediatas de otras. Un tercer camino es la incidencia, en la que unas personas actúan y alzan la voz en nombre de otras que padecen grandes injusticias y males sociales. El camino de FIA para construir un mundo más justo enseña a los creyentes a desarrollar su propio poder para afrontar las causas principales de los problemas que sufren.

En la actualidad, FIA trabaja en 26 estados federados con más de 3.000 grupos religiosos locales que representan a 34 confesiones y tradiciones cristianas. Nuestro plan organizativo en los Estados Unidos es la red organizativa de base más grande del país que aborda los asuntos más críticos de nuestra época, incluidos la desigualdad económica, la violencia armada, la atención sanitaria, la justicia migratoria, la encarcelación masiva y los derechos electorales. Internacionalmente, hay organizaciones afiliadas a la FIA en el África subsahariana, en Centroamérica y en Haití.



Estas organizaciones se comprometen en luchas a vida y muerte, en tanto en la medida en que batallan por reivindicar la democracia y satisfacer necesidades humanas básicas, incluidos alimentos, agua, seguridad, atención sanitaria y empleo.

Guadalupe Santos, una organizadora comunitaria de la organización afiliada a FIA en El Salvador, Comunidades de Fe Organizadas para la Acción (COFOA), dice: “En la organización a la que pertenecía



anteriormente, el personal decidía sobre qué proyectos desarrollar y quiénes debían ser sus beneficiarios, a diferencia de COFOA, donde los proyectos, los asuntos y las soluciones brotan de la comunidad". Los salvadoreños llevaban luchando por sus tierras más de dos décadas, pero no habían logrado el apoyo del gobierno para poder pedir cuentas a los promotores inmobiliarios particulares. Los derechos sobre la tierra no figuraron como prioridad en la agenda pública en El Salvador hasta que dos docenas de líderes de base comenzaron a trabajar con COFOA en 2018. El primer paso fue organizar sus comunidades locales, y el éxito que se apuntaron al obtener títulos de propiedad de sus tierras en cuatro proyectos de urbanización, les atrajo la atención de personas que habían sido igualmente estafadas a lo largo y ancho del país. En el verano de 2020, en plena pandemia, se reunieron como miembros de COFOA para iniciar una campaña nacional conocida como RENACER, acrónimo que significa "Red Nacional en Acción con Esperanza y Resistencia". Su objetivo era conseguir títulos de propiedad para 350.000 familias aprobando e implementando una permanente Ley de Notificaciones y Subdivisiones Habitacionales y obtener inversión pública para sistemas de suministro de agua, electricidad, pavimentación de calles, espacios verdes, escuelas y centros de salud en estas subdivisiones. En 2022 participan activamente en RENACER equipos de líderes de base de 58 desarrollos urbanísticos, en los que viven más de 7.500 familias. Han atraído la atención de los medios de comunicación de ámbito nacional y han comenzado a negociar con funcionarios estatales para obtener títulos de propiedad de la tierra valorados en más de mil millones de dólares estadounidenses.

La Compañía de Jesús está celebrando este año el quinto centenario de la conversión de san Ignacio. La efeméride ignaciana me brinda a mí también una oportunidad de celebrar el "momento bala de cañón" de vida: un ministerio transformador de vida en el apostolado social. Este verano de 2022, también Faith in Action y yo celebramos el quincuagésimo cumpleaños de FIA. Esta organización ha formado a generaciones de líderes y organizadores comunitarios para "liberar el poder de las personas" y organizarse con vistas a conseguir mejores comunidades. En el Evangelio de Juan, Jesús le dice a Nicodemo que el Espíritu nos permite nacer de nuevo. Crear FIA también fue una suerte de experiencia de cumpleaños o "renacimiento" para mí. FIA ha abierto mis ojos a una fe que se percató de

que el Espíritu actúa allí donde las personas se organizan para afrontar los retos más complejos de la sociedad.

(Original en inglés)



**John Baumann, SJ** es jesuita de la Provincia Occidental de EE.UU.. Es fundador de Fe en Acción y Director de Proyectos Especiales, que incluye la dirección de Fe en Acción Internacional.

## “El don de escuchar a los pobres y excluidos”

*Mary Baudouin*

En una de las cartas en las que anunció el Año Ignaciano, el Padre General Sosa dijo que este año sería una “ocasión privilegiada para escuchar el grito de los pobres, de los excluidos, a quienes su dignidad ha sido irrespetada... Una escucha que moverá nuestros corazones y podrá impulsarnos a una mayor cercanía a los pobres, a caminar con ellos en busca de la justicia y la reconciliación”. Mi propia trayectoria en el apostolado social ha sido un aprendizaje para escuchar esos gritos... y la sorprendente llamada del Espíritu Santo a dejar que esas voces sean las que guíen mi corazón y mi ministerio.

Mientras crecía en una familia católica de clase trabajadora en un suburbio de Nueva Orleans, poblado exclusivamente por blancos en las décadas de 1960 y 1970, nunca imaginé que pasaría toda mi vida adulta trabajando en el apostolado social de la Iglesia católica. Aunque estudié en centros católicos de enseñanza primaria y secundaria, asistía con regularidad a misa y participaba en retiros, no recuerdo que se me hablara de una conexión entre mi fe y las obras de misericordia o de justicia social. No estoy segura de que, cuando decidí ser trabajadora social, supiera lo que eso implicaba; y ciertamente no relacionaba mi fe con mis aspiraciones profesionales.

Estudié en la Loyola University de Nueva Orleans para obtener un grado en Trabajo Social. Durante mi primer curso en la Loyola tenía que asistir a clases de teología, entre ellas algunas centradas en la Doctrina Social de la Iglesia e impartidas por jesuitas jóvenes que hoy son compañeros míos de ministerio. De repente descubrí que mi fe me llamaba no sólo a “practicar” el catolicismo de mi juventud, sino a cultivar la misericordia y la justicia como modo de vivir mi fe. Esto fue, a todas luces, un don del Espíritu Santo, un tiempo de conversión que me ha modelado indeleblemente. Mi recién descubierta comprensión de la fe me llevó a nuevos lugares incómodos como estudiante de Trabajo Social: el servicio de urgencias de un hospital para indigentes, la cárcel, un albergue para personas sin techo. A mi manera, inadecuada, acompañé a personas que padecían alguna enfermedad, carecían de hogar o habían sido indebidamente condenadas

a prisión, pero que eran también víctimas de políticas y prácticas injustas que las mantenían en la pobreza, la enfermedad o la cárcel. Me descubrí a mí misma vinculando mi corazón al suyo. También me di cuenta de que, si bien podía atender a sus necesidades como una trabajadora social involucrada directamente en la práctica, quizá estaba siendo llamada a trabajar en el plano sistémico para luchar contra la injusticia.

Amplíe mis estudios de Trabajo Social en la Washington University en San Luis, especializándome en desarrollo y organización comunitarios. Entonces sabía que quería dedicarme a tareas organizativas en la Iglesia, pero ni siquiera sabía si era posible una carrera como ésta. Pero pronto fui contratada por las Catholic Charities [Instituciones Benéficas Católicas] de la archidiócesis de Nueva Orleans para organizar su Programa de Ministerio Social en Parroquias. Otros cinco organizadores comunitarios y yo trabajamos durante siete años con distintas parroquias para desarrollar el ministerio social y proyectos de justicia social. Todos éramos jóvenes e ingenuos, lo que representaba tanto una bendición como un obstáculo: una bendición, porque estábamos dispuestos a probar cualquier cosa para embarcar a presbíteros y parroquias en el apostolado social; y un obstáculo, porque no distribuíamos nuestros esfuerzos de manera estratégica. Pero aquella era una época fascinante para trabajar en el campo de la justicia social en la Iglesia de los Estados Unidos. Los obispos estadounidenses habían promulgado proféticas cartas pastorales sobre la paz y la justicia económica, la Campaña Católica a favor del Desarrollo Humano estaba financiando esfuerzos de base en organizaciones comunitarias en zonas



residenciales de baja renta y presbíteros, religiosos, religiosas, laicos y laicas se aliaban con las gentes de Centroamérica a favor de las víctimas de torturas y asesinatos perpetrados por militares que contaban con el respaldo de los Estados Unidos.

Tras publicar su carta pastoral Justicia económica para todos, los obispos estadounidenses crearon una oficina para ayudar a las diócesis, parroquias y organizaciones de laicos a llevar la carta a la práctica. Fui nombrada directora de esa oficina. Elaboramos materiales para ayudar a hacer la pastoral “práctica”, algunos de los cuales fueron bien recibidos, mientras que otros fueron rechazados por los obispos cuando se dieron cuenta de que ello implicaba que la Iglesia también tenía que mirar con severidad su propia praxis de justicia económica, como, por ejemplo, la cuestión de si las instituciones eclesiales debían permitir la existencia de sindicatos en ellas o si debían pagar salarios justos.

Cuando se cerró esta oficina, regresé a las Catholic Charities de Nueva Orleans, donde primero fui coordinadora de Misión y Legislación y luego directora de una organización de base para persona mayores de baja renta: Seniors with Power United for Rights (SPUR; Mayores con Poder Unidos para Luchar por sus Derechos). El tiempo que pasé en SPUR fue una cura de humildad y una experiencia formativa, otro momento de conversión. Comencé aquel trabajo pensando que enseñaría a aquellos ancianos a organizarse para luchar por sus derechos de transporte asequible, energía, vivienda y alimentación. En lugar de eso, ellos me enseñaron a decir la verdad al poder con amor, algo que hacían con directores ejecutivos de empresas, representantes públicos y responsables políticos. Y me enseñaron que acompañar a los pobres a menudo implica saber escuchar profundamente y dar un paso a un lado para dejarles ser los protagonistas de su propia liberación.

En 2003 fui invitada por el P. Fred Krammer, SJ., que a la sazón era el provincial, a incorporarme a la plantilla de la provincia de Nueva Orleans como asistente provincial para los Ministerios Sociales. En la provincia no había entonces jesuitas dispuestos a asumir esta tarea. Trabajar con los jesuitas ha sido para mí como regresar a casa y me ha llevado de vuelta a las raíces de la fe que hace justicia, las cuales comenzaron a brotar de una diminuta semilla plantada en la Loyola University.

A lo largo de mi largo periplo en el apostolado social he experimentado

a Dios de múltiples modos sorprendentes. Cuando inicié ese periplo, pensé que haría carrera en el trabajo social; en lugar de ello, he descubierto una vocación. Aunque mi vocación no ha sido una llamada a la vida religiosa (el voto de obediencia me resultaría difícil), se trata de una llamada persistente a un ministerio profundamente enraizado en mi fe. En este periplo vocacional he conocido a Dios a través del amor y la fe de muchas personas, especialmente de aquellas que, a pesar de los numerosos obstáculos en el camino hacia un mundo más justo, conservan la esperanza y la alegría y nunca arrojan la toalla. Mi familia ha sido bendecida con la pertenencia a una pequeña comunidad cristiana que lleva 30 años reuniéndose con regularidad. Mis tres hijos han crecido teniendo a los miembros de la comunidad como sus héroes y heroínas. En la comunidad hay abogados especializados en derechos humanos, capellanes de prisiones, maestros, activistas por la paz, trabajadores sociales, organizadores comunitarios y ecologistas. Ésta es una de las grandes bendiciones que he recibido. Como mis hijos oraban y reflexionaban con la comunidad, si bien en ocasiones a regañadientes, han elegido sendas profesionales comprometidas en el trabajo directo con pobres y marginados.

Pero donde he experimentado a Dios de la manera más profunda ha sido en mi ministerio caminando junto a pobres y marginados, escuchando sus historias de tristeza y valentía, acompañándolos de todos los insuficientes modos en que soy capaz de hacerlo. Ellos son la forma en la que yo conozco a Jesús, algo de lo que cobré conciencia durante el Ejercicio Espiritual de la Anotación 19. Mi director espiritual me había invitado a imaginar durante la oración a Jesús caminando con una “corona de gloria”. Pero, por más que lo intentaba, no conseguía que me viniera esa imagen de Jesús. En lugar de ello, veía una y otra vez a un sintecho con una bella corona de oro en una esquina por la que yo pasaba todos los días, a un preso que había conocido en una prisión estatal coronado de flores y a un niño pequeño migrante con una corona diminuta. Cuando le conté a mi director que no había conseguido hacer el ejercicio y a quién veía yo “coronado en gloria”, el buen padre estuvo a punto de estallar en lágrimas y me dijo, asegurándome que se trataba de un don, que ese era el modo en el que yo veía a Jesús. Este don divino es el más valioso para mí.

A lo largo de todos estos años ha habido múltiples formas en las que he sentido desolación, pero nunca he perdido la esperanza. Estoy frustrada por años de trabajo junto con organizaciones para cambiar leyes y políticas

que oprimen a los pobres y oprimidos. Rara vez veo éxitos; o lo que es aún peor, percibo que las cosas empeoran. Pero no estoy tan desalentada como para abandonar esta lucha. Me inquieta hondamente la creciente polarización entre la Iglesia católica y mi país. Pero no estoy tan inquieta, ni tan enfadada como para dejar de intentar tender puentes. Y también me entristece que, mientras que las mujeres podemos ejercer el liderazgo en casi todos los demás aspectos de la sociedad, seguimos estando excluidas del liderazgo en la Iglesia católica. Muchas de mis increíblemente competentes y comprometidas hermanas en el ministerio no sólo han topado con un techo de cristal en la Iglesia: ¡se han estampado contra un muro de hormigón! No obstante, a diferencia de muchas de ellas, no estoy tan triste como para abandonar la Iglesia, a la cual me satisface poder llamar mi hogar espiritual. Me anima enormemente la reciente creación de una Comisión sobre el Papel de las Mujeres en la Compañía de Jesús, así como de un Comité Asesor sobre las Mujeres en nuestra propia provincia, la de Estados Unidos Central y Meridional.

Oro para que, como nos instó a hacer el Padre General Arturo Sosa, también una vez terminado este Año Ignaciano pueda continuar, junto con mis compañeros en la Compañía de Jesús, “escuchando a los pobres y excluidos” de un modo profundo que “moverá nuestros corazones y podrá impulsarnos a una mayor cercanía a los pobres, a caminar con ellos en busca de la justicia y la reconciliación”.

(Original en inglés)



**Mary Baudouin** es Asistente Provincial de Justicia y Ecología de los jesuitas de la Provincia Central y Meridional de Estados Unidos, cargo que ocupa desde hace 20 años. Ha dedicado toda su vida adulta al apostolado social de la Iglesia católica, en particular en Caridades Católicas de la archidiócesis de Nueva Orleans y en la Conferencia Episcopal de Estados Unidos.

## “La invitación a permanecer con: humanizando relaciones en la misión de Dios”

*Matthew Ippel, SJ*

“Ese khawaja, él es el piloto”. Una refugiada sudanesa pronunció estas palabras en árabe cuando pasó a mi lado un khawaja o extranjero, en un campo de refugiados en el nordeste de Sudán del Sur. Hacía poco que yo había llegado a Maban para trabajar con el Servicio Jesuita de Refugiados (SJR), y estas palabras captaron mi atención. La tentación de huir, de hacer de piloto de uno mismo para entrar y salir de realidades duras cargadas de sufrimiento e injusticia, es real. Las palabras de esta refugiada me recuerdan una de las gracias que he recibido estando entre los pobres y oprimidos en lugares como Sudán del Sur, Honduras, Perú, París (Francia) y Chicago (EE.UU.): la gracia de permanecer con las personas. Yo estoy aquí para acompañar y servir. La gracia de permanecer con los crucificados del mundo, de acompañarlos, conduce a la amistad. La colaboración humaniza los esfuerzos, el trabajo por un mundo más justo y pacífico.



Mi exposición al apostolado de la Compañía de Jesús comenzó en el instituto de secundaria. En viajes de inmersión a Honduras y El Salvador conocí de cerca a algunas de las personas más pobres y vulnerables, así como el increíble testimonio de varones y mujeres que habían estado al lado de quienes vivían en los márgenes. Sin embargo, el 28 de junio de



2009 fue un día memorable. Hacía poco que había regresado de Honduras con convicciones más profundas, hondamente afectado por los gritos de las personas reclamando el fin de la violencia y la marginación en su país. Me consolaba su resiliente compromiso a seguir luchando, con frecuencia en contra de quienes estaban decididos a intensificar su opresión. Ese día estuvo marcado por el golpe de Estado respaldado por los Estados Unidos y Canadá que derrocó al presidente democráticamente elegido, empujando a Honduras a una década de inestabilidad política, social y económica. Una década desbordante de corrupción, de impunidad, de violencia patrocinada por el Estado. Y una década de movilización colectiva de organizaciones de base en resistencia no violenta contra las fuerzas destructivas en juego.

Mi trayectoria en el apostolado social fue iniciada y reavivada por una profunda transformación personal. La exposición a las causas estructurales de muchos asuntos globales se entrelazó con mi trabajo, estudio y acompañamiento en Centroamérica durante una buena parte de mis años de estudiante de grado en la Universidad de Georgetown. Antes de ingresar en la Compañía, trabajé en la Oficina de Justicia y Ecología de la Conferencia Jesuita en Washington, D.C., centrado principalmente en Honduras. Ello llevó al establecimiento de lazos con Radio Progreso y con el Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC), en especial con su director, el P. Ismael Moreno, SJ, conocido como Padre Melo, quien se ha convertido en un querido amigo y mentor. Llevo años acompañando al Padre Melo y su equipo y colaborando con ellos en diversos esfuerzos de incidencia. Durante mis estudios de Filosofía en el Perú trabajé con los Servicios Educativos El Agustino, un centro social jesuita en un suburbio marginal de Lima, ayudando a organizaciones juveniles locales a fortalecer su participación en el distrito. Y antes de iniciar mis estudios de teología en el Centre Sèvres en París, Francia, trabajé durante tres años con el SJR en Maban, Sudán del Sur, acompañando a refugiados sudaneses en el mayor campo de refugiados de la zona.

En la actualidad, a la vez que estudio teología, estoy desempeñando tareas de acompañamiento de solicitantes de asilo en el Programa de Acogida del SJR en París, que les ofrece alojamiento temporal en una red de familias y comunidades religiosas. Aunque la persona cambia de familia cada cuatro o seis semanas, yo permanezco como punto de referencia fijo para ella en medio de muchas transiciones e incertidumbres

sobre su estatus migratorio. Como acompañante tengo un punto de vista singular que me permite observar como en el Programa de Acogida del SJR un solicitante de asilo recorre un camino de descubrimiento. Si bien el programa lleva asociados numerosos beneficios prácticos, como aprender francés y participar en diferentes actividades psicosociales, al vivir con distintas familias, los solicitantes de asilo experimentan una diversidad de formas de convivencia, aprendiendo así a gestionar relaciones y sortear muchas diferencias culturales. Con el crecimiento de la retórica y las acciones antiinmigración en nuestras sociedades, los solicitantes de asilo y quienes les acogen en sus casas a través del Programa de Acogida del SJR tienden un puente de diálogo, de negociación sociocultural que continuamente nos conecta a unos con otros. En este espacio construido sobre la reciprocidad y el diálogo, observo admirado cómo el Espíritu nos mueve, con independencia de nuestro estatus migratorio, hacia una más profunda autoconciencia y una mayor confianza mutua, al tiempo que teje lazos de solidaridad y amistad más firmes.



Nuestra opción por permanecer con los excluidos es profundamente encarnacional. Jesús no se evadió de las realidades estremecedoras, no hizo de piloto de sí mismo para escapar de ellas; no, él aterrizó el avión y permaneció en tierra. Optó por quedarse con nosotros, en la espesura de la lucha y en las profundidades de nuestra búsqueda de un mundo más justo. Jesús nos invita –en nuestras distintas obras y entornos– a “ir y

hacer lo mismo”, a ponernos explícitamente de parte de los abandonados, oprimidos y descartados. Y a comprometernos con sus luchas. Las personas que honran este compromiso y se esfuerzan en mantenerse fieles a él y se entregan a las víctimas del mundo y sus causas son signos elocuentes de la presencia de Dios y del apoyo que nos presta en nuestros esfuerzos.

La desolación, sin embargo, puede colarse sutilmente o entrar en aluvión. Las injusticias y la indiferencia impregnan las estructuras sociales y políticas. Algunos corazones endurecidos pueden aplastar los resultados deseados de nuestras acciones. La tarea que tenemos entre manos puede parecernos inabarcable. Y podemos pensar que Dios está ausente. Entonces me asalta la tentación de hacerlo todo yo solo, de llevar yo solo las cargas de aquellos con quienes me encuentro en los campos, de intentar aliviar su sufrimiento por mi cuenta y riesgo. Lo cual puede conducir a una sensación de insuficiencia, derrota y desesperanza.

En la asamblea de la provincia jesuita de África Oriental celebrada tras el asesinato del P. Victor-Luke Odhiambo en Cueibet, Sudán del Sur, varios jesuitas hicieron comentarios sobre nuestra misión en Sudán del Sur. Un compañero proclamó audaz, honesta y humildemente que nosotros éramos los jesuitas de Sudán del Sur... en “primera línea”, en referencia a la carta enviado por los delegados participantes en la CG 36 a los compañeros jesuitas y laicos que desempeñan su servicio en ambientes hostiles y peligrosos. Durante mis primeros meses en Maban, fuimos testigos de violencia entre distintos grupos étnicos, escasez de alimentos e inundaciones que destruyeron casas y medios de subsistencia. Los elevados niveles de violencia e inseguridad no solo son alarmantes, sino también desoladores. Van en dirección contraria a la liberación de la que Jesús habla en el Evangelio, frustrando el florecimiento humano y cortando los lazos de solidaridad que compartimos. Aun así, los rescoldos del Espíritu, por tenues que puedan parecer en esos momentos de dificultad, no se apagan. Por eso, es justo esta misión en primera línea la que describe de forma muy adecuada mi experiencia en el apostolado socio-ecológico. Refleja acertadamente nuestra inserción en los Mabanés de este mundo, donde la miseria y la esperanza se encuentran y la vida y la muerte se miran cara a cara. En primera línea, nos esforzamos por ofrecer palabras y acciones que consuelan, reconciliar y transforman. Además, a través de las voces de innumerables individuos y comunidades excluidas y olvidadas, oímos más claramente al Espíritu en acción, denunciando las barbaridades

---

que ocurren en nuestro mundo y forjando un mundo más justo y afable.

Si se me preguntara cómo consigo mantener una actitud positiva y apasionada en esta misión de fe y justicia, diría que tres elementos me sostienen en mi coligación con Dios y me colman de gratitud.

En primer lugar, está la profunda gracia de permanecer con los pobres y marginados, de hacer nuestro hogar en Jesús, en las personas que nos ha confiado y a las que hemos sido confiados.

En segundo lugar, la transformación estructural o personal es un esfuerzo en colaboración fortalecido por nuestros compromisos individuales y colectivos. Como colaboradores jesuitas y laicos en la misión de Dios, avanzamos junto con innumerables organizaciones religiosas, grupos de la sociedad civil, movimientos sociales, etc., trabajando por una sociedad donde reinen las virtudes de la justicia y la solidaridad.

En tercer lugar, la nube pasada y presente de testigos inspira nuestros esfuerzos continuados. Testigos que manifiestan la ternura de Dios y su opción preferencial por los olvidados y oprimidos poniéndose de su parte y trabajando incansablemente con ellos. Varones y mujeres que llevan a la práctica el mandamiento cristiano, pues no hay mayor amor que dar la vida por los amigos.

En este Año Ignaciano hemos sido invitados a ver nuevas todas las cosas en Cristo. Al igual que Ignacio, no hemos sido invitados necesariamente a emprender esfuerzos nuevos o adicionales, sino a entender nuestra historia y nuestro presente de un modo distinto. Cuando reflexionó sobre el apostolado socioecológico y sobre mi pequeña contribución a la misión de Dios, veo al Jesús resucitado a través de nuestros imperfectos pero generosos esfuerzos y, en especial, a través de las vidas de aquellos con quienes caminamos. Al conmemorar el Año Ignaciano, siento gratitud por ver las cosas de un modo muy diferente... Cristo resucitado y resucitando en medio de las injusticias y desigualdades, de la violencia y la retórica perversa. La conversión a la que inicialmente me sentí llamado, cuando era estudiante de un instituto jesuita de enseñanza secundaria, en una experiencia de inmersión continúa moldeándome y me lleva a lugares, personas y experiencias que nunca habría imaginado. Y la invitación de Jesús no ha perdido ni un ápice de su claridad: "Permaneced en mí como yo permanezco en vosotros". Permanecer con Jesús es sinónimo de ahondar nuestro acompañamiento, servicio, investigación e incidencia

para transformar nuestras sociedades y la casa común. Rezo para que tú, querida lectora, querido lector, y yo sigamos respondiendo alegre, creativa y magnánimamente a la exhortación de Jesús a “ir y hacer lo mismo”.

(Original en inglés)

**Matthew Ippel, SJ** es un escolar jesuita de la provincia de Estados Unidos – Medio Oeste (UMI). Tras trabajar con el Servicio Jesuita de Refugiados (SJR) en Maban, Sudán del Sur, en la actualidad estudia teología en el Centre Sèvres en París, Francia, y colabora con el SJR de Francia.



## Creciendo en la fe, llamados a la escucha y la humildad

*Ted Penton, SJ*



Mi momento de despertar espiritual ocurrió en 1997 en Wat Suan Mokkh, un monasterio budista en Tailandia. Tenía 22 años y era agnóstico, pero sentía un considerable interés por las grandes religiones. Por sugerencia de alguien que había conocido viajando, me había apuntado a un retiro de introducción a la meditación que duraba diez días. El retiro resultó exigente: tras haber sido despertado por un gong a las cuatro y media de la mañana y haber aguantado numerosas sesiones de meditación silenciosa con sólo dos pequeñas comidas de arroz integral y verduras al vapor, al caer la tarde la mayor parte de lo que meditaba tenía como objeto la comida. Pero Dios atravesó mi hambre y, al séptimo día, experimenté una breve y repentina sensación de paz, amor y alegría abrumadores, muy superiores a todo lo que había sentido hasta entonces. Ese momento contenía la semilla del resto de mi vida. En aquel entonces nacieron, entre otras cosas, el deseo de recorrer una senda espiritual, el deseo de trabajar por la justicia con quienes viven en los márgenes y el conocimiento de que mi propio hogar espiritual estaba en la Iglesia católica de Roma, en la que había sido educado, pero que había abandonado unos cuantos años antes.

Un par de meses después del retiro, comencé a cursar el grado de Filosofía. Y lo que es más importante, empecé a asistir con regularidad a misa y a participar en el grupo de Pax Christi que se reunía en el campus. A lo largo de los dos años siguientes, si bien disfrutaba de las clases, cada vez fui encontrando más vida y energía en mi voluntariado, en especial en las visitas a un comedor social franciscano y a una casa del Catholic Worker. Algo misteriosamente atrayente en esta cercanía a personas que vivían en la pobreza material interpelaba a mi corazón más directamente que mis estudios de filosofía.

Abandoné los estudios de grado para realizar un voluntariado a tiempo completo a través del Jesuit Volunteer Corps. El puesto que se me asignó fue en Legal Aid de Carolina del Norte y, en concreto, en una unidad especial que ofrecía servicios jurídicos a trabajadores migrantes en la agricultura y la ganadería. La mayoría de las personas a las que atendíamos eran mexicanos que se encontraban en los Estados Unidos con visados para trabajos estacionales. La naturaleza de esos visados, que no permiten cambiar de empleador, les deja expuestos a muchos abusos. Muchos de los hombres que conocí entonces daban por supuesto que, como extranjeros, simplemente carecían de derechos en los Estados Unidos o, cuando menos,



no tenían ninguno que pudiera ser reclamado. El objetivo de nuestros esfuerzos era hacerles saber que por supuesto tenían derechos aquí, que podían, por ejemplo, presentar una queja si se rociaban los campos con pesticidas mientras estaban trabajando en ellos o si no recibían la totalidad de sus salarios. En general, estas personas eran muy renuentes a actuar, y es comprensible que lo fueran, dado el temor a las represalias por parte del empleador. Sin embargo, cuando algunos tenían la valentía de reclamar sus derechos, era una verdadera bendición ser testigo del despertar de una acrecentada conciencia de dignidad personal.

El Jesuit Volunteer Corps me introdujo también en la espiritualidad ignaciana. La manera en la que Ignacio conjuga su misticismo con una aproximación pragmática al compromiso con el mundo encontré profundo eco en mí. Empezaron a aflorar pensamientos de una vocación religiosa.

---

Pero sólo empecé a tomármelos en serio varios años más tarde, tras haber estudiado derecho y trabajado durante algunos años como abogado.

Ingresé en la provincial del Canadá Inglés en 2009, atraído a la Compañía en particular por la espiritualidad ignaciana y el compromiso jesuita de vivir de forma concreta una fe que obra justicia. Estos aspectos de mi vida han ganado considerablemente en profundidad a lo largo de mis años de jesuita, sobre todo por la formación que recibí en dirección espiritual y los tres años que pasé trabajando con el Ignatian Spirituality Project (ISP). El ISP organiza retiros de fin de semana para varones y mujeres que no tienen hogar y están recuperándose de una adicción. Los retiros se basan en la sabiduría de la espiritualidad jesuita y en las tradiciones de los Doce Pasos, que se complementan bien. Al igual que en retiros más “típicamente” ignacianos, siempre era una enorme alegría y bendición caminar con algunos participantes en los retiros del ISP conforme cobraban una conciencia más profunda de las honduras del amor que Dios siente por ellos, amor que se manifiesta de forma única para cada individuo.

En 2018 fui nombrado secretario de la Oficina de Justicia y Ecología de la Conferencia Jesuita del Canadá y los Estados Unidos. Ha sido un privilegio trabajar con las inspiradoras personas que lideran los ministerios sociales jesuitas y nuestros esfuerzos de incidencia en los dos países, así como con nuestros colaboradores en el mundo entero. Si bien gran parte de este trabajo se centra en mejorar las políticas y condiciones actuales, el área en la que yo he trabajado más de cerca ha sido el intento de dar respuesta a la obra de nuestros antepasados.

Los Estados Unidos como país están empezando a mirar a su historia de creación y mantenimiento de internados para alumnos indígenas. Durante muchas décadas, las políticas federales obligaron a los niños indígenas a asistir a escuelas en las que se les separaba de sus familias y se les prohibía hablar su lengua y practicar su cultura, con el fin de asimilarlos a la cultura estadounidense blanca, dominante desde hacía poco. Algunos países, sobre todo Canadá, llevan años abordando historias parecidas, pero sólo ahora está concitando este asunto mayor atención en los Estados Unidos. Los jesuitas administramos muchas de tales escuelas en este país y recientemente hemos comenzado a examinar esta parte oscura de nuestro pasado. Por mucho que nos avergoncemos de algunos aspectos de esa historia, la única manera de avanzar es mirar de frente a la verdad.



La mayoría de los jesuitas y colaboradores que trabajaron en estas escuelas de misión parecen haber tenido buenas intenciones o, al menos, intenciones loables por sus contemporáneos. A buen seguro, no lo hicieron en busca de recompensas materiales, y la vida en estas misiones era muy dura. Pero adolecieron de los mismos puntos ciegos morales prevalentes en el conjunto de la sociedad en aquella época, puntos ciegos que desvalorizaban a los indígenas y sus culturas. Esto plantea la difícil cuestión de cómo jesuitas bienintencionados pudieron ser partícipes de un trabajo que, retrospectivamente, parece tan equivocado, de un trabajo que ha tenido consecuencias tan devastadoras para tantas personas y tiene todavía hoy profundas repercusiones, como, por ejemplo, el trauma intergeneracional y la pérdida de la lengua y la cultura.

Admitir y compartir ese pasado posee una importancia vital, y hemos empezado a realizar ese trabajo. Pero ¿podemos aprender de estos fracasos? ¿Cuáles son nuestros puntos ciegos morales en la actualidad? Nuestras obras y ministerios actuales, ¿están causando algún daño significativo que no somos capaces de ver, todo bajo guisa del servicio al prójimo? Es imposible tener seguridad al respecto –no serían puntos ciegos si pudiéramos verlos–, pero lo



que sí está en nuestras manos es mantenernos alerta a esa posibilidad. Podemos ser reflexivos y discernidores en nuestra práctica. Un distintivo de la era de los internados en los Estados Unidos fue una arrogancia abrumadora en la no recapitada suposición de que nosotros –como jesuitas, como católicos, como herederos de la cultura europea– sabíamos lo que era mejor para los indígenas de esta tierra. Había poca escucha y poca humildad. Solo a través de la escucha y la humildad podemos oír la voz de Dios y podemos esperar evitar errores análogamente graves.

A medida que avanzamos, me siento alentado por las Preferencias

Apostólicas Universales, que guían este Año Ignaciano. Nos llaman repetidamente a la escucha y la humildad: a escuchar el grito de los pobres y el grito de la Tierra, a caminar con los excluidos, a acompañar a los jóvenes en camino. Somos llamados a mostrar el camino hacia Dios a través del discernimiento, no a imponer a otros un camino determinado. A la hora de vivir estas preferencias, tomo como ejemplo a los numerosos jesuitas y colaboradores cuyo trabajo por la justicia está profundamente fundado en relaciones con quienes se encuentran en los márgenes de la sociedad. También tomo como modelo a aquellos monjes budistas tailandeses que durante unos días caminaron conmigo cuando era joven, mostrándome su senda hacia la vida religiosa, lo que me llevó de vuelta a mi propia fe católica. Y suplico la gracia de la conversión continua para mí, para la Compañía de Jesús, para la Iglesia y para nuestro mundo.

(Original en inglés)



**Ted Penton, SJ** tras una breve carrera en la Sección Jurídica de Derechos Humanos del Departamento de Justicia en Ottawa, Penton ingresó en la Compañía de Jesús en Canadá en 2009. Tras completar sus dos primeros años de estudios de teología, trabajó durante tres años para el Proyecto de Espiritualidad Ignaciana, una red de voluntarios que ofrecen retiros en Estados Unidos y Canadá a hombres y mujeres sin hogar y en recuperación de adicciones.







## “La espiritualidad como palanca para afrontar los desafíos de hoy”

*Claire Brandeleer*

Llevo desde 2010 trabajando en el Centre Avec, uno de los dos centros de análisis social en la provincia jesuita de Europa Occidental francófona (EOF). Nuestra misión es concienciar sobre asuntos sociales tanto locales como globales y capacitar a los ciudadanos para actuar a favor de una sociedad más justa. Dedicamos una parte importante de nuestro trabajo a la reflexión y el análisis. Otro aspecto es promover ideas y vías de acción para asumir mayor responsabilidad en la humanización del mundo, algo a lo que todo ser humano está llamado. Esta tarea la realizamos a través de nuestra revista trimestral *En Question*, así como mediante la organización de congresos, conferencias y cursos de formación. Valoro en especial la posibilidad que ofrece el Centre Avec de relacionar las cuestiones sociales con la espiritualidad.

Las situaciones que me afectan con más intensidad son las de las personas que padecen a causa de las diversas crisis que atravesamos y se hallan en condiciones de exclusión. En Occidente, también muchas personas viven cómodamente, pero luchan por encontrar sentido a sus vidas. El individualismo es una lógica que no hace sino reforzarse a sí misma. Nuestra relación con la temporalidad (el papa Francisco habla de “rapidación”) no se ajusta ya a una vida buena con sentido ni a la situación ecológica. Otra situación contra la que me sublevo es la desigualdad



de condiciones económicas (en el plano nacional, pero también internacionalmente, entre países), que no deja de aumentar. Tengo la impresión de que esto genera miedo a los otros: tememos a los otros que podrían revelarse, pero también estamos atemorizados porque intuimos que las desigualdades son insostenibles y que antes o después nos veremos obligados a vivir con menos. El consumismo está tan extendido que, para superarlo, es necesario un cambio fundamental de cultura, un salto en el plano de la conversión espiritual. De ahí que piense que la espiritualidad ofrece una palanca real para afrontar los retos actuales: debe entenderse como un espacio de libertad interior en el que los seres humanos pueden dirigir su deseo, que está profundamente asociado a un compromiso en pro de la transformación de las estructuras de la sociedad. En este sentido, toda acción ciudadana es espiritual.



En las crisis actuales, lo que me infunde esperanza y gran gozo es la multitud de iniciativas de la sociedad civil que están inventando un mundo más unido, socialmente justo y ecológicamente sostenible. Muchas mujeres y varones de buena voluntad quieren poner rostro al eslogan: "Otro mundo es posible". Muchos están descubriendo que vivir frugalmente es una fuente de alegría. El descubrimiento de esta

plétora de alternativas al sistema neoliberal dominante ha modificado mi visión de la vida, y trato de orientar mi vida dejándome inspirar por ellas. Reconozco a Dios presente y activo en esta muchedumbre de personas que trabajan por el reino de Dios sin rotular con estas dos palabras su compromiso.

Desde que empecé a trabajar en el Centre Avec, he descubierto la riqueza de la espiritualidad ignaciana. La considero una ayuda para mi trabajo a causa de la llamada a la libertad y la responsabilidad humanas en que

se basa. También la red ignaciana, en virtud de la comunidad que crea, representa un valioso apoyo para mí. Este sentimiento de pertenencia a algo más significativo que el “pequeño” Centre Avec me sostiene a la vez que me infunde el coraje y la esperanza para proseguir mi compromiso al servicio de la sociedad y el mundo, de la Iglesia y la familia ignaciana.

Desde 2015 y la publicación de *Laudato sí'*, gran parte de mi trabajo consiste en dar a conocer esta encíclica social y su llamada a la conversión ecológica y proponer lugares y momentos en los que personas de diferentes trasfondos puedan dialogar entre sí sobre cosas que importan: la Tierra, sus habitantes, el clima, las desigualdades; nuestros temores, nuestra indignación, nuestras motivaciones, nuestra esperanza; el sentido que damos a nuestra vida. Veo que *Laudato sí'* ofrece muchos recursos y es un tesoro del que todas las personas puede extraer algo para dar sentido a su compromiso y hacer de la ecología integral una forma de ser en el mundo. En esta medida, *Laudato sí'* es una importante contribución para entrar, junto con otros, en un proceso de discernimiento compartido sobre el futuro de nuestra casa común: la Tierra.

Este trabajo relacionado con *Laudato sí'* y, más en general, mi compromiso con el centre Avec, me ayuda a mantener el equilibrio entre una sensación de impotencia, por una parte, y una sensación de omnipotencia, por otra: en el espacio que hay entre ambas se despliega el trabajo paciente, que debe llevarse a cabo juntamente con otras personas, por hacer realidad el reino de Dios, que “está ya aquí, pero todavía no...”. Un trabajo que soy llamada a hacer allí donde estoy anclada, a asumir de continuo con cuidado, amabilidad y respeto por los demás, pero también con vigilancia, determinación y generosidad. Es una senda de conversión en mi vida diaria para ver nuevas todas las cosas en Cristo.

(Original en francés)



**Claire Brandeleer** lleva trabajando en el Centre Avec desde 2010. Es autora de la breve guía “Dialoguer autour de *Laudato sí'*. Pour donner du sens à notre engagement”, publicada en 2019 por el Centre Avec. Está casada y es madre de dos hijas.



## Sector social: descubrimiento y conversión permanente

*Filipe Martins, SJ*

Siempre son curiosos los caminos por donde Dios va llevando y moldeando nuestras vidas. En mi caso, y después de haber conocido a los jesuitas y la fe adulta que proponen en sus Centros de Pastoral Universitaria, me sentí llamado a hacer un año de voluntariado en Mozambique nada más terminar la carrera de ingeniería. Volví a Lisboa y trabajé en mi área de estudios durante unos meses, pero luego entré en la Compañía, muy ilusionado con la posibilidad de ayudar a otros a “descubrir” el mismo Dios que yo había descubierto. Durante la formación, en Portugal y fuera, mis trabajos apostólicos siempre fueron en pastoral. Y por ello no fue sorpresa que, al volver a la Provincia después de la ordenación, me hayan encargado de seguir trabajando en el sector de la pastoral universitaria y promoción vocacional.

Unos años después, me tocó hacer la experiencia de ministerios de la tercera probación en Ceuta, ciudad española fronteriza con Marruecos. Y ahí pude conocer muchos rostros e historias concretas de la difícil realidad de la inmigración africana hacia Europa. Historias que están muy cerca, pero a la vez tan lejos, de nuestra “normal” realidad occidental. Al volver a mi país, fui de nuevo destinado a pastoral universitaria, pero



también me encargaron, como tarea secundaria, dirigir un centro de acogida de inmigrantes en Oporto, el Centro Comunitario São Cirilo. Era la oportunidad de no perder contacto con esta realidad nueva para mí. Pero poco a poco, como suele pasar en la Compañía, la tarea secundaria se volvió principal, porque la realidad así lo fue pidiendo. En seguida me hicieron responsable de la coordinación del sector social de la Provincia, colaborando también con varias otras instituciones sociales (acogida de refugiados, menores y familias disfuncionales, personas sin hogar). Y desde entonces he estado casi siempre en contacto con la realidad social de los más desfavorecidos.

Estos cambios exteriores de misión fueron provocando también cambios interiores. Como alguien una vez me comentaba, muchas veces llegamos al trabajo social con la idea de que somos nosotros, y no la gente en situación de exclusión, los que sabemos lo qué es mejor para ellos. Escucharles de verdad, aprender la verdadera y transparente cercanía, ponerse a caminar a su lado y no por delante, es un proceso de cambio de actitud lento y no automático. En el trabajo social nos encontramos muchas veces con nuestra necesidad de sentirnos necesarios, o que la gente nos dé las gracias o al menos reconozca nuestro esfuerzo. Pero en Oporto pude descubrir que “ayudar” y “capacitar” pide gratuidad y discernimiento, y que empoderar a alguien es ayudarle a descubrir la belleza y la gratitud en la vida. Pero gratitud no hacia mí, sino hacia la vida misma (y a Dios por detrás), y que es esa gratitud la que pone cada uno en camino de ser él mismo constructor de justicia y de paz. En aquél Centro de Oporto solíamos celebrar cada “autonomización” en equipo y con la persona que retomaba su andadura. Y qué alegría cuando después nos visitaban a contar las alegrías (y también dificultades) del camino, y se hacían ellos mismos cargo de otros, o incluso pedían colaborar con el Centro. “Para ayudar a otros”, decía alguno con una larga sonrisa, “de la misma forma que vosotros me habéis ayudado a mí”.

Desde aquellos años, el sector social de Portugal ha experimentado un cambio hermoso. Por mucho tiempo ha sido sector de gente buena y entregada, pero cada uno de forma un poco aislada. Por entonces hemos empezado (directores y jesuitas responsables de obra, gente de parroquias y grupos de voluntariado) un camino bonito de trabajo y formación común, en parte inspirados por el recorrido de otras Provincias. Se empezó a realizar una “Asamblea Social” una vez al año, donde se juntan casi

una centena de personas de las diversas obras. Se montaron módulos de formación ignaciana, criadores de lazos de “amistad en la misión” entre los equipos, así como “ejercicios espirituales sociales”, donde muchos descubrieron, por primera vez, la gozosa experiencia de la cercanía del Señor. La alegría y el ánimo de pertenecer a un cuerpo grande y universal como es la Compañía, trabajando con otros en la construcción de un mundo mejor, es uno de los grandes frutos de este recorrido, que hoy día se sigue viviendo en el sector social portugués.

Después de haber también pasado por un colegio durante un par de años, estoy desde el verano pasado en Bruselas, donde me toca colaborar con el actual delegado social europeo, estando también involucrado con los varios proyectos del Jesuit European Social Centre (JESC). Mentiría si dijese que no echo de menos el “trabajo de terreno”, el contacto diario con gente más desfavorecida y que a diario nos enseña tanto sobre sencillez y acogida (y resiliencia). A la vez, coordinar y trabajar en la retaguarda es



también fundamental para la misión social, y trabajo que alguien tiene que asumir. Me anima confirmar que en todos los contextos y con todos puedo seguir intentando ejercitar lo aprendido, en particular el “escuchar al otro de verdad”, de forma transparente y abierta, y el caminar de verdad en conjunto, la “sinodalidad en acción” de la que el Papa Francisco tanto habla últimamente. Como dice el refrán, “vete solo si quieres ir deprisa, pero vete con otros si quieres ir lejos”.

Vivimos ahora mismo el Año Ignaciano, con su reto a “ver nuevas todas las cosas en Cristo”. No sabría decir si habrá una conversión que es propia de este año. Lo que sí sé es que en la vida me siento continuamente llamado a esta “conversión permanente”, la relectura con Dios de todo lo vivido, valorando lo bueno recibido y hecho, y aprendiendo de las actitudes y gestos equivocados. Hay una gratitud muy grande por todo lo que el sector social ya me ha enriquecido y hecho crecer, como “efecto secundario” de la misión compartida con otros y de la cercanía a gente en situaciones difíciles. Y sigo confiado en que intentar permanecer abierto y atento a Dios y a los demás, en particular los más pobres (“la amistad con los pobres nos hace amigos de Dios”, decía también Ignacio), es garantía segura de que la conversión e crecimiento seguirán acaeciendo hasta el final de la vida.

(Original en portugués)



**Filipe Martins, SJ** es un jesuita de la Provincia de Portugal. Ingresó en la Compañía tras licenciarse en ingeniería. Durante su formación y su primera misión trabajó en el apostolado social y llegó a ser responsable de la coordinación del sector social de la Provincia. En el verano de 2022 fue nombrado Delegado Social para Europa.

## Amar a un Dios desplazado

*Pau Vidal Sas, SJ*

*“Paradójicamente es entre los que han conocido más íntimamente el poder de la muerte donde encontramos la fe más recia en el poder de la vida y, por consiguiente, en el poder de Dios que es fuente de vida”.*

- Roberto Goizueta

Vengo de Barcelona, Cataluña, España. Entré en la Compañía de Jesús en el año 2000 con un profundo deseo de servir a los pobres. Este impulso inicial se ha ido ajustando y purificando, pasando de un simple servicio a algo más profundo y más recíproco, que consiste en caminar con personas que están en los márgenes de la historia y de la sociedad y que resuena con la Preferencia Apostólica Universal: “Caminar junto a los pobres, los descartados del mundo, los vulnerados en su dignidad”. Con ocasión del quinto centenario de la conversión de Ignacio de Loyola, recuerdo lo que escribió el 7 de agosto de 1547 a los jesuitas de Padua: “Son tan grandes los



pobres en la presencia divina, que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra... La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”. Ignacio cultivó profundas amistades con personas descartadas allí donde le llevó su vida de peregrino, como se llamaba a sí mismo:

---

Montserrat, Manresa, Barcelona, Alcalá, Salamanca, París, Venecia, Roma, etc.

He tenido la bendición y el privilegio de colaborar con el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) durante ocho años. Primero en Liberia (2005-2007), luego brevemente en Nogales (en la frontera entre EE.UU. y México), entre 2012 y 2014 en el campo de refugiados de Kakuma (Kenia) y entre 2014 y 2018 en Maban y Juba (Sudán del Sur). En 2019 regresé a mi ciudad natal, Barcelona, donde continúo acompañando a refugiados y migrantes sin papeles en uno de nuestros centros sociales, que forma parte del Servicio Jesuita a Migrantes (SJM) en España.

En el compartir con desplazados forzosos en los campos de refugiados me di cuenta de que lo que realmente agota sus energías es la memoria de la brutalidad de lo vivido, la pérdida de sus seres queridos y, sobre todo, la incertidumbre de cara al futuro, sin saber cuándo terminará su largo exilio. Añoran sus tierras, y esa añoranza es una herida abierta en sus corazones. Recuerdo que, estando en el campo de refugiados de Kakuma, un día traté de brindar algo de consuelo a un matrimonio congoleño que había tenido que enterrar a su hija de cuatro años en un país extranjero. En aquella época, no podían más que elevar a Dios un profundo y desesperado lamento: “¿Por qué nos ha sucedido estos a nosotros?”. Yo tan sólo podía ofrecer mi presencia y mi silencio.

Hoy en Barcelona, acompañando el periplo migratorio de quienes se ven obligados a vivir sin papeles, me enfado e indigno con la Fortaleza Europea y su sistema jurídico, económico y social profundamente injusto y racista, que les impide prosperar y los empuja a los márgenes de la sociedad. Así, en un sentido real, como dijo un día un compañero jesuita, acompañar a las personas desplazadas a la fuerza significa tocar con la mano el fracaso de la humanidad en su más radical expresión.

Sin embargo, en Liberia, Nogales, Kakuma, Maban, Juba y ahora en Barcelona, he sido testigo de que las vidas de las personas desplazadas a la fuerza no están solamente agarradas por el dolor, la violencia, el sufrimiento y la desdicha, sino que están también punteadas de gozo, de celebraciones, de sanación, de transformación y de belleza. Con los refugiados y los migrantes sin papeles he experimentado una y otra vez la capacidad humana y misteriosa de celebrar la vida en medio de la violencia, la persecución e incluso la muerte.

En mi actual ministerio en Barcelona, apoyamos a refugiados y migrantes sin papeles buscando a familias que estén dispuestas y se atrevan a abrir sus casas, su espacio más íntimo, para hospedar durante algunos meses a uno de ellos. Algunas de estas casas son comunidades jesuitas y de otras congregaciones religiosas, si bien la mayoría son de familias con hijos. El proyecto trata de fomentar la hospitalidad recibiendo en nuestras casas y familias a aquél que es percibido como extranjero, para así deconstruir y contrarrestar las narrativas dominantes de hostilidad hacia el otro. También se convierte en una oportunidad para construir de formas muy concretas una sociedad más abierta, diversa y multicultural, no sólo ofreciendo un lugar donde residir a alguien que lo necesita, sino abriéndonos nosotros mismos y compartiendo nuestras alegrías y tristezas cotidianas.

En los años transcurridos desde que se inició el proyecto, anfitriones y huéspedes reconocen que compartir las tareas diarias de cocinar, así como la cena, los fines de semanas y tiempos y espacios, con alguien que es percibido como “otro”, ha llegado a ser una experiencia transformadora para unos y otros. La hospitalidad confiere realidad a los valores evangélicos, que acaban convirtiendo nuestros prejuicios y estereotipos: sorprendentemente, el anfitrión se transforma en huésped, y el huésped en anfitrión, como de manera tan conmovedora cuenta el Evangelio de Mateo en su relato del juicio final en el capítulo 25.

De hecho, en la mayoría de las tradiciones religiosas acoger al extraño



y albergar al otro no se ven sólo como un acto de caridad, un imperativo moral o una norma ética, sino –más radicalmente– como una profunda práctica espiritual, esto es, como un acto de piedad, devoción y oración. Para las tradiciones monoteístas, Dios es el anfitrión definitivo, quien, paradójicamente, sólo se revelará a sí mismo si estamos dispuestos a acogerlo en el extraño, en aquel que viene de lejos cruzando fronteras.

Hace algunos años, cuando estaba en Sudán del Sur, meditando sobre esta preciosa oración atribuida al P. Pedro Arrupe, el fundador del SJR:

“Nada es más práctico que encontrar a Dios;  
que amarlo de un modo absoluto, y hasta el final.  
Aquello de lo que estés enamorado,  
y arrebate tu imaginación, lo afectará todo.  
Determinará lo que te haga levantar por la mañana  
y lo que hagas con tus atardeceres;  
cómo pases los fines de semana,  
lo que leas y a quien conozcas;  
lo que te rompa el corazón  
y lo que te llene de asombro  
con alegría y agradecimiento.  
Enamórate, permanece enamorado,  
y eso lo decidirá todo”,

de repente, lo vi todo con claridad: Sí, realmente he encontrado a Dios en las personas desplazadas a la fuerza, me he enamorado realmente, de una manera absoluta y definitiva. Mi imaginación está llena de rostros –alegres y tristes– de personas desplazadas. Por la mañana me levanto por los desplazados, por las noches preparo las cosas para poder ser un mejor compañero para ellos al día siguiente.

Durante los fines de semana celebro la misa con ellos, leo sobre ellos, conozco a muchos por su nombre, mi corazón se parte cuando veo una vez más a mujeres y a niños que tienen que huir de sus casas. Me maravillo del gozo y la esperanza que comparten conmigo.

Sí, pienso que estoy –y estaré siempre– locamente enamorado de Dios, de este Dios desplazado. Esto lo ha decidido todo en mi vida.

Echando la vista atrás a todos estos años, me siento profundamente



agradecido a la Compañía de Jesús y, en particular, al SJR y al SJM, por haberme permitido caminar con las personas desplazadas a la fuerza, haberme regalado algunas profundas amistades y haberme enseñado a descubrir a Dios con ellos y en ellos. En el caso de san Ignacio, lo decisivo para la conversión fue la bala de cañón; en el mío, parece que esa función les corresponde a los desplazados a la fuerza.

(Original en español)



**Pau Vidal Sas SJ** es jesuita, arquitecto y teólogo. Ha estado con el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) en Liberia, en el campo de refugiados de Kakuma (Kenia) y en Sudán del Sur. En la actualidad trabaja en Barcelona en la Fundació Migra Studium (que es parte del SJM - Servicio Jesuita a Migrantes), coordinando un proyecto de acogida a refugiados y migrantes (<https://www.hospitalaris.org/>). Colabora además con el centro social *Cristianisme i Justícia*, donde coordina la Escuela Ignacia de Espiritualidad (EIDES).





## Acompañar a trabajadores migrantes en apuros

*Martin Puthussery, SJ*

Mi primera experiencia con trabajadores migrantes la tuve cuando era un escolar jesuita de 23 años. A causa de una emergencia, viajaba en tren desde Calcuta a Kerala, mi estado natal, en un vagón sin reserva. El vagón iba lleno a rebosar de jóvenes varones bengalíes que estaban haciendo un viaje de más de 2500 kilómetros hacia el sur en busca de trabajo. Durante el trayecto de unos 45 minutos, algunos de estos jóvenes, que tenían más o menos mi edad, me contaron cosas sobre sus familias, su trabajo en sus pueblos, las razones para emigrar, los tipos de trabajo que iban a hacer, sus aspiraciones, etc. Uno de ellos incluso me ofreció una taza de té.

Este primer encuentro influyó años más tarde, en 2011, en que me ofreciera como voluntario para iniciar una experiencia con trabajadores migrantes en Kerala. Visitaba a los trabajadores migrantes en los campos de trabajo por las tardes y entablaba relación con ellos. Poco a poco fui implicándome en sus asuntos, como el robo del salario o su impago, denuncias policiales, encarcelamientos, accidentes, enfermedades, fallecimientos, agresiones físicas, acoso, engaño, explotación, discriminación por parte de los nativos del lugar, etc. Así se formó, con más de 500 miembros, el Jeevika - Movimiento de Trabajadores Migrantes.

Uno de los compromisos más arriesgados, pero también más satisfactorios, con migrantes que he asumido en mi vida fue en el caso de Dipen Konra, un trabajador migrante indígena oriundo de Bengala



Occidental. Lo conocí estando él ingresado en un hospital general, escayolado del cuello hasta los pies con ambas piernas atadas entre sí y custodiado por dos oficiales de policía. Más tarde me enteré de lo que había ocurrido. Dipen iba de camino en un sofocante vagón de tercera a trabajar en una obra en Kerala; en la estación de Aluva, se bajó en busca de agua y luego no pudo volver a subir al atestado vagón para llegar a



Kollam, su destino. Sin saber qué hacer e incapaz de hablar una palabra de malabar, el mal vestido Dipen echó a caminar. A última hora de la tarde, cansado y sucio, fue encontrado por la policía e interrogado en malabar. Puesto que no podía responder a las preguntas y parecía extranjero, fue llevado a la comisaría. A primera hora del día siguiente, movido por el mero deseo de escapar, huyó y entró por error en el adyacente complejo aeroportuario. Sospechoso de ser ya maoísta, ya terrorista, fue golpeado tan brutalmente que le quebraron las piernas y las manos y quedó inconsciente. Habida cuenta de que estaba bajo custodia policial, no tardó en ser enviado a prisión. Yo lo visité en la cárcel y me hice cargo de su caso en los tribunales. También le hice de traductor en estos.

Mientras tanto, me puse en contacto con la Comisión Estatal de Derechos

Humanos, gracias a cuya intervención Dipen fue trasladado de nuevo al hospital para recibir tratamiento adicional. Nueve meses después de la agresión, Dipen fue puesto en libertad y, el domingo de Pascua, se subió a un tren para regresar a su tierra. Más tarde lo visité en su casa de Bengala Occidental.

Mi implicación en el caso de Dipen hizo que me diera cuenta de que varios trabajadores migrantes estaban languideciendo en prisión por crímenes que no habían cometido. Después de aquello, visité otras prisiones en Kerala y, con el apoyo de distintas personas, logré que algunos de ellos fueran puestos en libertad. Esto supuso en algunas ocasiones liberarlos de la implicación en denuncias policiales fabricadas.

También constaté un número sobrecogedor de muertes accidentales de migrantes. Con la ayuda de otros, incluidos el gobierno y empleadores, enviamos más de cien cadáveres a sus estados de origen para que fueran enterrados allí. En unos veinte casos, tuvimos que ocuparnos nosotros de organizar un entierro o cremación adecuados en presencia de amigos cerca de los lugares de trabajo.

Durante el mes siguiente en la tercera probación, me sentí profundamente afectado por la meditación sobre la huida de la Sagrada Familia a Egipto. Ello me aguijonó aún más a seguir trabajando con migrantes. Acabada la tercera probación, me ofrecí como voluntario para poner en marcha el Departamento de Migraciones Laborales en el Indian Social Institute (ISI) de Bangalore.

En Bangalore tomé, de acuerdo con el arzobispo, la iniciativa de crear la Comisión para Migrantes con el fin de atender a las necesidades pastorales y de otro tipo de los migrantes, incluidos los oriundos de África. Preparé para la Confederación de Religiosos y Religiosas Católicos de la India (CRI por sus siglas en inglés) una presentación sobre “Jesús migrante y nuestra respuesta”, en la que se narraban cinco misterios de Jesús migrante, residente y excluido.

Mi compromiso para que Dipen fuera liberado de la cárcel fue también un “momento bala de cañón” en mi deseo de continuar acompañando a trabajadores migrantes afligidos. Este incidente me espoleó a visitar a migrantes que languidecían en distintas cárceles de Kerala, Chennai y Bangalore y a hacerme cargo de algunos de sus casos. Este incidente también se convirtió en la base para elegir el tema de mi investigación

doctoral sobre áreas de exclusión y vulnerabilidades de trabajadores migrantes en apuros.

El papa Francisco ha sido para mí una inspiración en mi acompañamiento de trabajadores migrantes en apuro en la India. Sus mensajes anuales con ocasión de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado son una gran fuente de inspiración para mi trabajo con migrantes. “Construir el futuro con los migrantes y los refugiados”: así se titula el mensaje del papa para el año 2022. En su mensaje, el papa afirma que el “proyecto [de Dios] es esencialmente inclusivo y sitúa en el centro a los habitantes de las periferias existenciales. Entre ellos hay muchos migrantes y refugiados, desplazados y víctimas de la trata. Es con ellos con los que Dios quiere edificar su reino, porque sin ellos no sería el reino que Dios quiere”.

En la India, la migración ha sido para millones de personas un mecanismo de supervivencia y un refugio frente a los desórdenes sociales. Campesinos sin tierras, jornaleros agrícolas y



campesinos marginales que han perdido sus medios de subsistencia a causa de las prácticas agrícolas y ganaderas globalizadas constituyen el grueso de estos migrantes en apuros. El confinamiento nacional en la India en respuesta a la pandemia de covid-19 desencadenó no solo una migración, sino un éxodo de más de diez millones de migrantes internos en apuros. El coronavirus trajo consigo nuevas formas de discriminación que afectan principalmente a la vida y los medios de subsistencia de migrantes y han exacerbado los prejuicios xenófobos entre los habitantes y empleadores locales hacia los migrantes. La pandemia ha incrementado los niveles de alienación, soledad, exclusión social, miedo, pobreza emocional, estrés, ansiedad y depresión de los migrantes.

La conmemoración del Año Ignaciano y la llamada a la conversión armonizan bien con mis encuentros personales con migrantes en apuros

y con las ricas experiencias de acompañamiento de estos que he vivido desde 2011. Así pues, es un placer compartir lo que escribí hace algunos años con un poco más de filo en mis reflexiones.

El Año Ignacio nos invita a los jesuitas y colaboradores a “ver nuevas todas las cosas en Cristo” con el fin de renovar nuestro compromiso de ser contemplativos en la acción, prestar atención a cómo se mueve Dios en nuestras vidas y responder a las necesidades del mundo. Poner en marcha la Red de Asistencia e Información a Migrantes (MAIN por sus siglas en inglés) en la Conferencia Jesuita del Sur de Asia (JCSA) es una manifestación concreta de este renovado compromiso jesuita. Es una empresa en colaboración iniciada por los jesuitas de la India sobre la base de la percibida necesidad de una respuesta coordinada, colectiva e innovadora para llegar a los trabajadores migrantes en apuros, tanto los que permanecen en su propio estado como los que han marchado a otros estados. Se creará una línea telefónica nacional para acompañar y servir a los migrantes en apuros e incidir a favor de ellos. Ello debería traducirse en múltiples resultados positivos en la mejora de la calidad de vida de los migrantes en apuros. Me satisface poder ser parte de esta nueva empresa para acompañar mejor a los trabajadores migrantes en apuros que se pone en marcha en el Año Ignaciano.

(Original en inglés)

**Martin Puthussery, SJ** es el director de la Red de Asistencia e Información a Migrantes (MAIN por sus siglas en inglés) y coordinador de GIAN de Migraciones en la Conferencia Jesuita del Sur de Asia.





## Agnipuri: un pueblo en marcha hacia la liberación

*Peter Daniel, SJ*

**Una semilla de justicia social:** haciendo yo el noviciado (1977-1979) en el Beschi College de Dindigul, nuestro maestro de novicios, el P. Donatus Jeyaraj, nos pidió que tradujéramos al tamil los documentos de la CG 32. A mí me correspondió traducir el Decreto 4 (Servicio de la fe y promoción de la justicia). Este trabajo me marcó indeleblemente para recorrer el camino de Jesús con la inspiración dada por nuestro antiguo superior general, el P. Pedro Arrupe. Este aspecto de vivir con los pobres y compartir la vida con ellos en su lucha, tal como lo fomenta la Compañía de Jesús, me atrapó con fuerza. Esa experiencia me infundió el coraje necesario para trabajar entre las víctimas de un ciclón en el área de Deviseema, en el estado indio de Andhra Pradesh, en 1978, siendo todavía novicio. Así, acabé en Andhra en 1980 para comprometer mi vida a un servicio perpetuo. Pero, conforme fui avanzando en mi formación, me sentí atraído por nuestras grandes instituciones y soñé con trabajar en ellas enseñando matemáticas.

**Una experiencia “bala de cañón”:** cuando me preparaba para iniciar mis estudios de teología en 1986, mi padre, Daniel, murió de un ataque



al corazón mientras rezaba el vía crucis en la iglesia de nuestro pueblo el 7 de marzo de 1986, tercer Viernes de Cuaresma. Viajé rápidamente desde Andhra Pradesh a casa (Tamil Nadu) para el entierro. Después, me quedé allí una semana para realizar todos los trámites asociados al deceso. Durante ese tiempo, los pobres del pueblo me contaron cuánto les había ayudado mi padre. Me sorprendió gratamente oírlos hablar sobre los actos caritativos de mi padre, un granjero de clase media. Estos relatos fueron una constante interpelación para mí mientras cursaba la teología en Pune. “Si mi padre pudo hacer tanto por los pobres, ¿por qué no voy a poder yo?” Tenía cerca de mí a un gran jesuita, el P. George Soares Prabhu, que me guió en el discernimiento de que mi misión futura debía consistir en estar entre los más pobres de los pobres, dejando atrás la soñada carrera de profesor de matemáticas. El provincial de entonces escuchó al deseo de mi corazón y me nombró párroco de Darsi, que tenía siete comunidades dalits (parias) a las que acompañar.

**Ubicación:** Darsi es una pequeña ciudad en el distrito de Prakasam en el estado de Andhra Pradesh (India). Voy a compartir contigo, querida lectora, querido lector, el periplo de fe de la comunidad dalit de Agnipuri que luchó por la justicia.

**Trasfondo:** el pueblo de Erraobanapalli, una de las filiales de la parroquia, estaba habitado por 65 familias de casta superior y 250 familias dalits. En la comunidad dalit había católicos, protestantes y musulmanes. Desde la independencia, este pueblo sólo había tenido como alcaldes a



personas de casta superior, nunca a un dalit. Las elecciones para el concejo local (Panchayat) fueron anunciadas durante mi estancia en Darsi. Puesto que había estado yendo al pueblo semana tras semana para celebrar la sagrada eucaristía, conocía muy bien la situación del pueblo. De ahí que me planteara: “¿Por qué no animo a la comunidad dalit a que se presente a las elecciones?”.

**La semilla sembrada:** en una eucaristía semanal tocó, como lectura evangélica, la parábola del sembrador. Una vez leído el Evangelio, fui inspirado para sembrar en los corazones de los fieles la semilla de que se presentaran a las elecciones para el concejo local. Así, audazmente anuncié durante la homilía que el Señor me estaba pidiendo que sembrara ese día en sus corazones la semilla de planificar la elección de un alcalde dalit en los siguientes comicios municipales.

**La semilla fue creciendo:** después de eso, no hablé más a la gente sobre las elecciones. Al cabo de unos cuantos meses, un anciano me dijo: “Nos animaste en una ocasión a presentarnos a las elecciones, pero luego no has vuelto a hablar al respecto”. Entonces sentí que la semilla de la inspiración estaba creciendo en el pueblo. Entablé conversación con el anciano y le animé a que, para mi próxima visita, reuniera a diez jóvenes. Así lo hizo; reunió a los jóvenes y yo hablé con ellos sobre las venideras elecciones. Pero ellos manifestaron un miedo enorme, alegando que los terratenientes los matarían. Yo seguí animándolos y les dije que estaría a su lado pasara lo que pasara y los motivé para que convocaran a más jóvenes a una nueva reunión. Dos meses más tarde, conseguí reunir a toda la comunidad. Con motivación constante, logré fortalecer a estas personas y unir las para votar conjuntamente a uno de ellos como alcalde. Corría junio de 1995.

**Las elecciones:** finalmente, nominaron a un candidato para alcalde y a otros como candidatos a concejales. El día de las elecciones, la comunidad dalit votó valientemente por sus candidatos e hizo historia eligiendo a un dalit como alcalde. Pero ¡ay!, la alegría de haber ganado las elecciones no duró mucho, porque los terratenientes prendieron fuego a sus chozas a los pocos minutos de anunciarse públicamente el resultado de las elecciones.

**Personas sintecho y un sueño:** los dalits, con sus hijos y con lo que llevaban puesto, corrieron hacia el bosque para refugiarse allí. Al enterarme de lo ocurrido, compré comida en el hotel, fui al bosque en una furgoneta y repartí la comida. Cuando me acosté esa noche, le pedí a Dios que me

diera una señal de que estaba conmigo –o, mejor dicho, con nosotros– en estos momentos tan críticos. Durante las escasas horas que dormí, soñé que conducía un autobús y que todos los habitantes del pueblo iban conmigo en él. Mientras viajábamos, el autobús resbaló hacia un estanque lleno de agua, pero yo no detuve el vehículo y logramos atravesar el estanque y llegar a la otra orilla. Una vez allí, paré, me levanté del asiento del conductor y comprobé el estado de todo el mundo presionándoles el estómago. Ninguno había tragado agua, y todos estaban vivos. Con aquel sueño, desperté totalmente vigorizado. A la mañana siguiente, nos dirigimos a pie a la sede principal de gobierno del mandal (subdistrito) en Darsi, e iniciamos la manifestación con una sentada delante de la oficina



de tributos del mandal. Permanecimos allí siete días hasta que el gobierno accedió a nuestra demanda de proveer 250 solares en un nuevo lugar, construir todas las casas con suministro de electricidad y agua y urbanizar la zona.

El subgobernador del distrito vino y escuchó nuestras demandas y accedió a hacer todo lo que reclamábamos salvo la construcción de casas para 250 familias, alegando que solo habían sido quemadas 77 chozas, no todas las 250. El gobierno tenía registradas 77 casas de cuatro paredes, pero no el número de familias que vivían en esas 77 casas. Entonces yo le presenté la lista de las 250 familias y le exigí que accediera a la

construcción de las 250 viviendas. Pero él se mantuvo firme diciendo que solamente construirían 77. Habiendo experimentado en mi sueño la presencia fortalecedora de Dios a nuestro lado, audazmente requerí al subgobernador que concediera solares para 250 casas y construyera sólo 77. Le aseguré que yo me encargaría de la construcción del resto. Entonces firmamos el memorándum de entendimiento con el gobierno.

**La marcha hacia la nueva tierra:** llevé a la comunidad a la nueva tierra, situada a 5 kilómetros del antiguo pueblo de Erraobanapalli, y fue como cuando Moisés guio a los israelitas desde Egipto a la tierra de Israel. Los funcionarios del gobierno se presentaron en esos nuevos terrenos, los midieron y entregaron a cada familia algo más de 200 m<sup>2</sup>. Con el apoyo del provincial de la provincia jesuita de Andhra, levantaron ahí las chozas provisionales.

**El ángel de lo alto:** habiéndome comprometido a construir el resto de las casas, empecé a buscar financiación. Por fortuna, el Dr. Robert Wychera, del Entwicklungshilfeclub de Viena (Austria), se encontraba casualmente en Guntur en aquel entonces con el P. Windey. De ahí que el padre A.X.J. Bosco, a la sazón nuestro provincial, me pidió que le mostrara el pueblo. El Dr. Robert accedió a financiar la construcción del resto de las casas (173). Me di cuenta de que, a través de este generoso acto de Robert, el Señor estaba revalidando la firmeza que había mostrado en mi sueño.

**Agnipuri:** Agnipuri (un pueblo de fuego) se convirtió en realidad, gracias al duro trabajo de la gente, en enero de 1997. Mientras construíamos las casas, motivábamos a los jóvenes del pueblo a aprender albañilería de los albañiles, de suerte que, cuando se terminó la construcción de las casas, habíamos formado ya como albañiles a 200 jóvenes. La victoriosa marcha de la comunidad hacia la liberación se celebró debidamente ese día. Fue también el día de la reconciliación con los terratenientes, que acudieron a la inauguración del nuevo poblado, “Agnipuri”, e hicieron las paces con los dalits. La reconciliación con los terratenientes duplicó nuestra alegría.

**Conclusión:** resulta muy apropiado relatar la historia de éxito de esta comunidad en el vigésimo quinto aniversario de la creación de Agnipuri (1997-2022) y durante la celebración del Año Ignaciano. La paz sin justicia no es real. La paz verdadera se alcanza sólo cuando van de la mano.

Capacitar a los pobres para la liberación es el camino auténtico hacia la Paz.

(Original en inglés)



**Peter Daniel, SJ** miembro de la provincia jesuita de Andhra, en la India, fue párroco de Darsi, trabajó entre las tribus de los koya, gothikoya y kondareddy en el área administrativa del bosque de Bhadrachalam, asumió la responsabilidad de dirigir la Oficina de Desarrollo de la provincia y ahora es director de operaciones de la Village Reconstruction Organisation-India en Guntur.

## “Padre, Ud. es Dios, ¿verdad?”

*Trevor Miranda, SJ*

Esta pregunta me la formuló hace años un niño de corta edad de un barrio de chabolas situado junto a las vías del ferrocarril en Jogeshwari, en el extrarradio de Bombay. Recuerdo vivamente que yo iba caminando por las vías hacia el barrio de chabolas cuando de repente, como si saliera de la nada, este niño apareció en frente de mí y me dijo: “Father, aap bhagwaan hai, na” (Padre, Ud. es Dios; ¿verdad?).

Esta pregunta me llegó al alma. Y fue el punto de inflexión de mi vida y mi trabajo. Fue, para mí, un “momento bala de cañón”. Definí y moldeé mi vida y confirmó mi sueño y mi visión.

Era a finales de la década de 1990 y acababa de empezar mi trabajo de educación no formal con niños que habían abandonado la escuela o vivían en la calle, en barrios de chabolas o en zonas rurales remotas. REAP estaba dando a la sazón sus primeros pasos. Estábamos creando centros de alfabetización en los barrios de chabolas situados a lo largo de la línea del Ferrocarril del Oeste y otras áreas. No era tarea fácil. Teníamos que afrontar



múltiples problemas. Mencionaré sólo unos cuantos de ellos. El primero: atraer a niños que no estaban interesados en recibir educación y cuyos padres no podían sentir mayor despreocupación al respecto. El segundo: encontrar un lugar donde impartir las clases. ¡El barrio estaba lleno a reventar como una lata de sardinas! La educación no era la prioridad de sus habitantes. Les interesaba más la supervivencia; veían la educación como un lujo que difícilmente podían permitirse. El tercero: las demoliciones. La empresa ferroviaria, para afirmar sus derechos, derribaría antes o después las chabolas. No había garantía de permanencia. Las personas vivían con inseguridad; y cuando se activa el modo de la supervivencia, nadie piensa de inmediato en la educación.

Fue una tarea titánica convencer a los padres para que enviaran a sus hijos al menos durante unas horas a la “escuela”. Tropezamos con resentimiento por doquier. Necesitamos varias rondas de reuniones con padres y “líderes” locales para convencerlos de la importancia de la educación. Además, los padres eran renuentes a enviar a sus hijos lejos de casa porque temían que pudieran ser atropellados por un tren. La amenaza de demoliciones se cernía como la espada de Damocles, anulando todos los esfuerzos por penetrar en la mente de aquellos niños.

Fue frustrante. Yo había confiado en que la gente me recibiría con los brazos abiertos, a mí y a mis esfuerzos por llevar la educación a la puerta de sus casas. Pero sólo encontraba obstáculos y dificultades. Consideré incluso la posibilidad de poner fin a esta obra de educación no formal. Era demasiado difícil, insatisfactoria. Incluso se me pasó por la cabeza la idea de crear una “escuela con el inglés como lengua vehicular” y empecé a jugar con ella. En una escuela así, las personas acudirían a mí e incluso estarían dispuestas a pagar tasas para que sus hijos fueran admitidos.

Estos pensamientos ocupaban mi mente mientras caminaba aquel día por las vías. Era algo parecido a lo de los discípulos de Jesús que, cabizbajos y abatidos, se dirigían a Emaús. Justo entonces, de repente delante de mí apareció de un salto, como saliendo de la nada, este niño pequeño y me preguntó si yo era Dios. Me quedé estupefacto, casi paralizado, sin palabras. Me detuve en medio de las vías, ajeno al posible paso de algún tren. Miré a aquel niño, que era miembro de una de mis clases. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Empezaron a asaltarme preguntas: este niño, ¿era un ángel enviado, era





el mensajero de Dios? Me estaba planteando dar por finalizada esta obra de educación no formal porque me sentía frustrado, ¡y hete aquí a este niño llamándome Dios! Sentí que le estaba haciendo bien. ¿Quién soy yo para dejarlo ahora en la estacada? Ese fue el momento decisivo en mi vida y mi trabajo, el “momento bala de cañón”; fue como mi propia experiencia de conversión y confirmó mi sueño de llevar la educación a la puerta de la casa de los pobres a pesar de todos los obstáculos y frustraciones; me persuadió de que eso es lo que san Ignacio habría querido. Confirió agilidad a mis pies y vitalidad a mi corazón. Este momento cambió todo el curso de mi trabajo. Me infundió pasión y energía renovadas. Amplíe la red de alfabetización para cubrir los barrios de chabolas a lo largo de otras dos líneas de ferrocarril, la Central y la de la Bahía, así como zonas rurales remotas, llevando la educación a decenas de miles de niños a través de unas 450 escuelas “de cuneta”. ¡Mis amigos la llamaban la “Universidad de las Veredas”... y a mí, vicerrector!

Para apoyar a toda esta red, REAP apostó por la formación de maestros e invirtió en ello. Se crearon tres centros de formación de maestros para ofrecer programas formativos de seis meses de duración. Esta fue la mejor inversión que pudimos hacer. Los resultados fueron múltiples. Sencillas chicas de los pueblos y los barrios de chabolas se convirtieron de la noche a la mañana en “maestras” y recorrían los barrios de chabolas con la cabeza bien alta; ahora eran maestras. Ello les infundió dignidad y amor propio. Se dice que ninguna nación puede elevarse por encima de la calidad de sus

maestros. Esta inversión en nuestras maestras descalzas resultó rentable.

Ya no hubo vuelta atrás. REAP comenzó a crecer a pasos agigantados. Creamos un internado para niñas y adolescentes en Dolkhamb, un pueblo distante y apartado, para facilitarles terminar la educación secundaria. La razón de fondo era, por supuesto, impedir que se las obligara a contraer matrimonio infantil. Fue una gran alegría para nosotros ver que muchas chicas cursaban luego estudios superiores: algunas hacían enfermería y otras se formaban como maestras. Así se convertían, a su vez, en modelos de rol para otras muchachas en las aldeas.

Las mujeres son la fuerza más potente para cualquier cambio social. “Si educas a una mujer, educas a una familia”. Conscientes de esto, creamos 300 grupos de autoayuda de mujeres con vistas a empoderarlas. Las reuniones de estos grupos se centraban en el ahorro, la alfabetización de adultos y la concienciación. Miles de mujeres se convirtieron en emprendedoras.

Aquel “momento bala de cañón” convirtió a un hombre renqueante, san Ignacio, en un buscador. Él inspiró a otro hombre renqueante, como era yo, a salir a las periferias en busca de las “ovejas perdidas”. REAP empezó a ser reconocida como una de las obras más innovadoras de la provincia. Los institutos de gestión y administración envían a sus alumnos en prácticas a estudiar el modelo de gestión de este movimiento de educación no formal a gran escala. Nuestros esfuerzos se vieron coronados cuando a REAP se le concedió desde los Estados Unidos el Premio OPUS, dotado con un millón de dólares, y el P. Trevor, el fundador y director, fue investido doctor honoris causa por su inmensa contribución a la causa de la alfabetización masiva. Ese día, el 5 de noviembre de 2005, cuando recibí el premio, se lo dediqué a aquel niño que ocasionó un giro en mi vida y mi trabajo.

(Original en inglés)



**Trevor Miranda, SJ** miembro de la provincia jesuita de Bombay, en la India. Fundador de REAP (Reach Education Action Programme, Programa de Acción Educativa en Salida)

## ¡No estoy solo!

*Xavier Jeyaraj, SJ*

“¿Se ofrece alguien de voluntario para ir a Bombay y ayudar en una investigación-acción sobre el desalojo de habitantes de las aceras y los barrios de chabolas que va a realizar una escuela de trabajo social?” Esta pregunta la hizo mi rector en 1985, cuando yo estaba cursando mi primer año de filosofía en Pune. Muchas de las personas que vivían en estos barrios de chabolas o en las aceras eran migrantes oriundos de Tamilnadu y hablaban mi lengua materna, el tamil, y los investigadores necesitaban a alguien que conociera esta lengua y pudiera ayudarles en su estudio. Como joven escolar, interesado no tanto en participar durante las vacaciones de Puja (festividad de otoño) en un trabajo de investigación sobre los desalojos cuanto en ver Bombay durante sus fiestas, me ofrecí como voluntario para ir a Bombay junto con unos cuantos amigos. Los caminos de Dios son misteriosos, y Él/Ella actúa en y a través de los deseos humanos.

En ningún momento sospeché que esta visita a Bombay iba a convertirse en una experiencia que transformaría mi vida... para siempre. El primer día nos explicaron en qué consistía la investigación. Al día siguiente fuimos a un barrio de chabolas en el que vivían migrantes tameses para comenzar



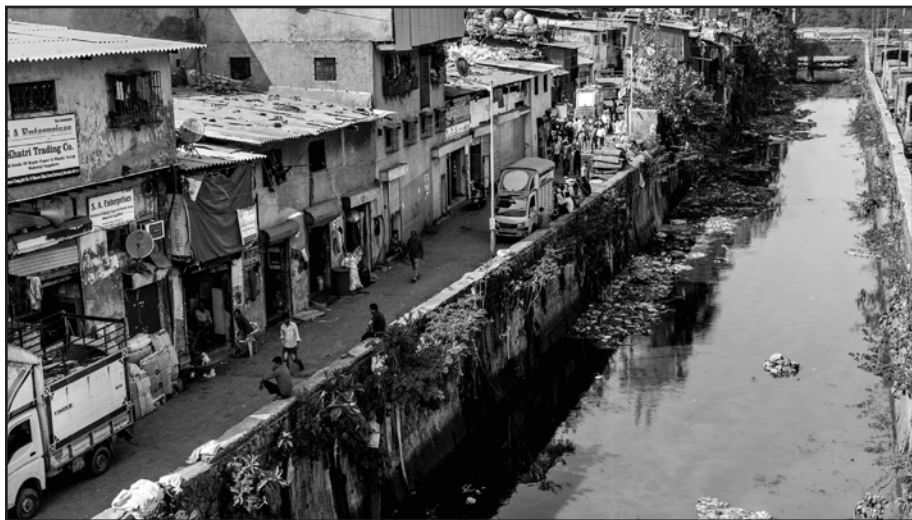
las entrevistas. Cuando llegamos, me conmocionó ver las chabolas en el suelo, pues habían sido derribadas solo unas cuantas horas antes; los utensilios y las ropas de estas personas estaban esparcidas por doquier, y los niños lloraban mientras trataban de recuperar lo que podían de entre los restos de los que hasta hace poco habían sido sus hogares. Regresé a la casa jesuita en la que nos alojábamos algo afectado. Esa noche no dormí bien, pues me atormentaban tanto esas imágenes de destrucción como el llanto de los niños. Alguno de los habitantes del barrio de chabolas nos dijo que los equipos de demolición solían aparecer de noche, no durante el día; así que unos cuantos de nosotros fuimos instados a ir a ver qué ocurría por la noche. Y tres nos decidimos a pasar una noche en las aceras de Bombay. Esa noche no ocurrió nada, y dormimos en la acera en solidaridad con los despreciados. Pero me conmovió ver la camaradería que existía entre ellos: un sentimiento de comunidad y de compañía en medio de la inseguridad de sus vidas. Este fascinante contraste en la vida resultaba del todo patente. Me surgieron muchas preguntas, pero no recibí respuesta alguna. Seguí reflexionando sobre ello y me sentí llamado a responder. Por un lado, llantos y gemidos; por el otro, ¡amor, alegría y esperanza!

Este fue el comienzo de mi búsqueda interior y de una pasión genuina por trabajar en pro de la justicia. Desde entonces, mi amor por el ministerio social no ha disminuido ni flaqueado hasta la fecha. Antes al contrario, ha devenido más agudo e intenso, entrelazándose con una profunda sensación de fe en la persona de Jesús. No sólo la persona histórica de Jesús, asesinada por el sistema político y religioso de hace 2000 años, sino el Jesús que todavía es crucificado en los pobres y, sin embargo, sigue resucitando a diario con amor, humanidad y sacrificio a través de numerosas personas, con independencia de su fe.

El "momento desalojo" en Bombay ha continuado siendo una experiencia fundacional para mi inserción en el ministerio de la justicia social. No puedo afirmar ni imaginar que ésta fuera una experiencia singular de conversión como la de san Pablo en Damasco. Cada vez que he sido testigo de una violación de los derechos humanos similar o mucho peor, de calamidades ocasionadas por el hombre o del abuso de vidas humanas en nombre del desarrollo o el progreso, he empezado a sentir la llamada a cuestionar mi vida personal, mi estilo de vida y mi compromiso pese a mis vulnerabilidades.

Con frecuencia me siento desolado y tentado de arrojar la toalla y

veo más fracasos que éxitos a despecho de los esfuerzos de numerosas personas bienintencionadas. Fuerzas hostiles y antidemocráticas parecen prosperar, mientras que todo esfuerzo por construir una sociedad pacífica y solícita fracasa. Me pregunto: “¿De qué me sirve mi trabajo?”. Pero los pobres me infunden esperanza y coraje. La sonrisa en los rostros de niños que viven en las aceras de Calcuta y la hospitalidad de los indígenas en Jharkhand que me hospedan en sus casas contrarrestan todo el dolor y la desolación que experimento. Me pregunto: “¿De qué me quejo yo si ellos pueden vivir en medio de sus abundantes sufrimientos y dificultades?”.



Tras concluir los estudios de filosofía y hacer el magisterio, decidí regresar a la misma escuela superior de Bombay para cursar un máster en trabajo social a fin de prepararme para seguir trabajando con los pobres. Debo reconocer que Dios me ofreció innumerables oportunidades de ver, oír y ser testigo del sufrimiento de los pobres debido a las injusticias perpetradas contra ellos por un sistema sociopolítico y económico corrupto. El grito de los pobres fue alto y claro. Mientras estudiaba en la universidad, tuve el privilegio de trabajar –pues no fue tanto una elección mía– en el valle del río Narmada con Medha Patkar, una activista social contra la presa del Narmada famosa en la India. Nunca olvidaré su vida sencilla y su compromiso con la defensa de los derechos de los indígenas. Ella nunca ha dejado de ser una importante interpelación para mi vida y mi compromiso religiosos.

Mi primer destino como presbítero fue enseñar sociología en el St. Xavier's College de Calcuta. Lo acepté a regañadientes. Al tiempo que enseñaba, seguí cultivando mi pasión por trabajar con los excluidos, especialmente los habitantes de los barrios de chabolas y las aceras. Para ofrecer educación a niños desfavorecidos, motivé a algunos estudiantes de la universidad, a través del área de servicios sociales de ésta, para que dieran clase a última hora de la tarde a grupos de niños en las aulas de la universidad. Esta iniciativa se denominó "TITLI", que significa mariposas, y acabó integrándose como una escuela paralela en el centro jesuita de primaria y secundaria St. Xavier's Collegiate School.

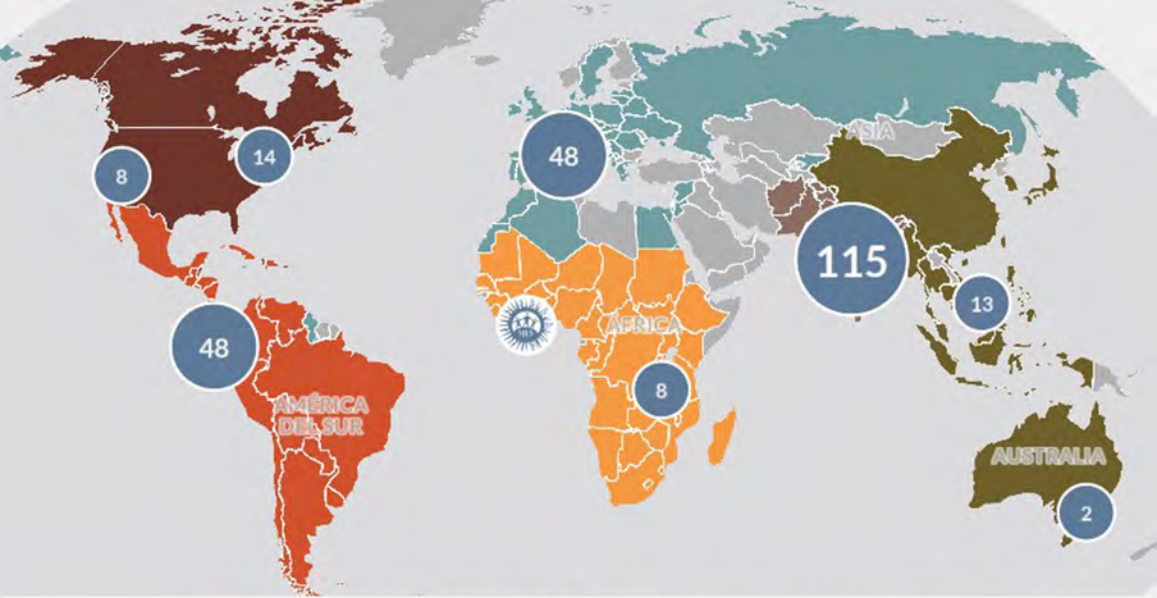
Al cabo de cuatro años trabajando en la universidad, decidí abandonar la docencia y comprometerme plenamente en el ministerio social para crear un centro social llamado "Foro de Acción Social Udayani", focalizado en especial en el empoderamiento de los indígenas santhal y los pobres urbanos con mayores carencias a través de la educación, la capacitación y la concienciación. Mi periplo en la justicia social, que comenzó en Calcuta en 1998, ha dado muchos giros en el curso de los años, pero siempre con increíbles experiencias de complejidad en el mundo entero. Creo firmemente que la lucha no ha terminado. Al contrario, cada día se torna más desafiante y requiere discernimiento colectivo y profunda fe en Dios y en el plan divino. ¡La sensación de que no estoy solo en este esfuerzo y de que hay alguien detrás me infunde esperanza!

(Original en inglés)

**Xavier Jeyaraj, SJ** es un jesuita indio de la Provincia de Calcuta. Es el actual Secretario para la Justicia Social y la Ecología, Roma, Italia.







## Centros Sociales de los Jesuitas

